

EL “GLOBALISMO DEMOCRÁTICO NEOLIBERAL” Y LA CRISIS LATINOAMERICANA



**Eduardo E. Saxe Fernández
Christian Brügger Bourgeois**



INDICE

INTRODUCCION

CAPITULO I

UN CONTEXTO DE CRISIS MUNDIAL

REFLEXION

**EL "GLOBALISMO
DEMOCRÁTICO NEOLIBERAL"
Y LA CRISIS
LATINOAMERICANA**

Por

Eduardo E. Saxe Fernández

y

Christian Brügger Bourgeois



CUADERNOS PROMETEO #15

Departamento de Filosofía, Universidad Nacional

Escuela de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional

Heredia, Costa Rica

Junio 1996

EL GLOBALISMO
DEMOCRÁTICO NEOLIBERAL
Y LA CRISIS
LATINOAMERICANA

Por
Eduardo E. Saxe Fernández
y
Christian Brügger Bourgeois

327.101

S272g Saxe Fernández, Eduardo E.

El globalismo democrático neoliberal y la crisis latinoamericana / Por Eduardo E. Saxe Fernández y Christian Brügger Bourgeois. — Heredia, C.R.: Universidad Nacional, Departamento de Filosofía, 1996.

157 p. : il. : 22 cm. — (Cuadernos Prometeo ; N° 15)

1. RELACIONES INTERNACIONALES. 2. GLOBALIZACIÓN. 3. DEMOCRACIA. 4. CRISIS ECONOMICA. 5. AMERICA LATINA — POLITICA Y GOBIERNO. I. Brügger Bourgeois, Christian, coautor. II. Título.

INDICE

| | |
|---|------------|
| INTRODUCCION | 7 |
| CAPITULO I | |
| UN CONTEXTO DE CRISIS MUNDIAL Y REGIONAL..... | 11 |
| I.1 Aspectos económicos y estratégicos:..... | 11 |
| I.1.a. La crisis neoliberal:..... | 11 |
| I.1.b. Crisis mundial y crisis latinoamericana:..... | 33 |
| I.2. Los nuevos peligros ontológicos:..... | 51 |
| I.2.a El peligro ontológico termonuclear: | 52 |
| I.2.b. El peligro ontológico ecosocial. | 55 |
| I.3. Globalismo democrático, crisis neoliberal y peligros ontológicos. | 60 |
| CAPITULO II: | |
| LA DEMOCRACIA EN EL GLOBALISMO NEOLIBERAL LATINOAMERICANO..... | 77 |
| II.1 Globalismo..... | 77 |
| II.1.a. Aspectos teóricos críticos:..... | 77 |
| II.1.b. Algunos actores «globalizantes»:..... | 82 |
| Regímenes internacionales:..... | 83 |
| Las Corporaciones Transnacionales (CTNs):..... | 91 |
| Organizaciones no gubernamentales (ONGs), organizaciones inter gubernamentales (OIGs), y las fundaciones: | 95 |
| II.2. Democracia | 106 |
| II.2.a. Democracia neoliberal:..... | 116 |
| II.2.b. La nueva república oligárquica. | 135 |
| El deterioro democrático en Venezuela. | 139 |
| La nueva república oligárquica en Costa Rica. .. | 141 |
| BIBLIOGRAFIA CITADA | 149 |

PRESENTACION

Me complace particularmente presentar a los lectores un trabajo de la calidad del que hoy presentamos, escrito por un reconocido intelectual como lo es Don Eduardo Saxe Fernández. Como maestro que es, formador de nuevas generaciones de estudiosos en el campo internacional, Don Eduardo ha querido compartir la co-autoría de esta obra con un distinguido estudiante de nuestra Maestría en Relaciones Internacionales Christian Brügger Bourgeois. Su excelente participación en este ensayo, no sólo señala la irrupción de un nuevo intelectual, quien viene a enriquecer el claustro de nuestra Escuela, sino que recuerda el alto nivel académico que hemos logrado alcanzar en los estudios de post-grado en relaciones internacionales.

Conviene así mismo señalar la importancia de la obra. «El globalismo democrático neo-liberal y la crisis latinoamericana», se refiere a un tema de candente actualidad, sobre el cual existen múltiples enfoques teóricos y una profusa y creciente crítica. En esta perspectiva se sitúa el trabajo de los autores. Independientemente del enfoque adoptado por ellos para el análisis de una problemática en sí misma compleja y multidisciplinaria, la obra merece, por su cali-

dad, una lectura reposada y convertirse en libro de texto en aquellos cursos en donde se trata el fenómeno de la globalización.

La Escuela de Relaciones Internacionales, conjuntamente con el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional y la Maestría de Teorías Críticas del Derecho y la Democracia en Iberoamérica de la Universidad Internacional de Andalucía, España, se honra una vez más, en poner en las manos de nuestra Comunidad un texto de tanta calidad y actualidad.

Dr. Alvaro López-Mora

Director

Escuela de Relaciones Internacionales

INTRODUCCIÓN

Este tiempo y el tiempo futuro próximo parecen ser la época de decadencia y crisis civilizacional mundial, y el «globalismo democrático neoliberal», correspondientemente, sería la organización político-económica que buscan imponer el «Norte», el capitalismo y la cultura «europeo occidental» dominantes. De tal manera, sin embargo, esta civilización profundiza y continúa reproduciendo su crisis general, esto es, empujando al planeta entero hacia el agotamiento de la estructura cuaternaria de la naturaleza y precipitando el concurrente colapso histórico general.

La situación actual sería en algunos sentidos comparable a la que enfrentaba la administración del imperio romano, a partir de la crisis del siglo III: hoy como entonces, para tratar de garantizar la cohesión y la continuidad de un orden secular órbico en agotamiento, se utilizan las nociones e instituciones de imperio («democracia» ahora) y de ecumenismo totalizante (o universalismo según Kaplan - 1957) que han dado en llamar «globalismo», y que nosotros combinamos en la noción de globalismo democrático neoliberal. El componente precipitante de crisis, tanto en Roma como en el mundo actual, es político económico. Y es el sistema económico llamado «neoliberal» (con posiciones teóricas y políticas totalmente conservadoras, sin embargo) que

introduce niveles de violencia social (y consecuentemente política de una u otra forma) intolerables. El globalismo democrático sería la forma extrema, de carácter político e institucional, para asegurar la continuidad de las prácticas neoliberales.

Respecto al ámbito regional, Latinoamérica está hoy día bajo la renovada égida de Estados Unidos (USA), en un semiencierro re-neocolonial intrahemisférico de reactualizado monroísmo. Una situación con muchos rasgos similares a la de exactamente hace un siglo, por ejemplo con el neoporfiriato priista en México, con la política Republicana del neo-Big-Stick, con la utilización de la deuda latinoamericana para justificar y ejecutar intervenciones en los estados de la región, con la penetración a gran escala en los recursos estratégicos latinoamericanos (petróleo y energía en general, comunicaciones, infraestructura y bancos, por ejemplo) de empresas norteamericanas. Hoy al igual que entre 1870-1930, USA establece nuevas formas de «proteccionado» en la región y articula el conjunto hemisférico en función de sus intereses nacionales e internacionales.

Las instituciones políticas de los países de la región están siendo reestructuradas de acuerdo con las necesidades de los intereses metropolitanos. La región ocupa una posición cada vez más marginal en la cada vez más decisiva economía internacional, al mismo tiempo que se vuelve imprescindible para la supervivencia internacional, como potencia, de USA. Las políticas económicas y sociales nacionales, y la política exterior, siguen directrices foráneas. Más aún, tal como se observa en los casos de Panamá y de Cuba, así como respecto a la pretensión norteamericana de forzar la resolución de contenciosos comerciales en las cortes norteamericanas, la administración en Washington busca que su legislación tenga un alcance extraterritorial, no solamente hemisférico sino eventualmente mundial. Está por verse si las regulaciones internacionales a las que USA

se compromete en la Organización Mundial del Comercio se aplicarán en el continente americano, o si el neomonroísmo y la rápida asimilación (*Anschluss*) (incorporación) norteamericanas de América Latina, implantan definitivamente su soberanía hemisférica. El obstáculo que hoy tiene la potencia norteamericana es, otra vez, ya no tanto las burguesías y los estados nacionales (que han sido cooptadas y desmantelados, respectivamente), sino sus competidores internacionales, la Unión Europea y Japón en primer término, pero también otros actores del Pacífico.

Como resultado de la aplicación de programas y políticas neoliberales y «pro business», hoy se pueden constatar catastróficas y crecientes marginalización y polarización sociales al interior de los países de la región, que además sufren, paralelamente, de marginalización y subsidiarización política internacional. El desmantelamiento de los estados nacionales en cuanto tales procede aceleradamente, en un entorno que agrega a la descomposición social la descomposición política («mafiización de la política», «narco-repúblicas»). Hay procesos traumatizantes y catastróficos de empobrecimiento general (más y mayor redistribución regresiva de la riqueza), y descomposición comunales y personales. Son «los tiempos del cólera y del SIDA» (García Márquez; Schifter), nuevamente las pandemias, el hambre y el hampa dominan el paisaje. La región está en un período de violencia comparable al medio siglo que siguió a la independencia de la corona española. La violencia que ha signado típicamente a la región se ve exacerbada por la nueva forma de violencia sistémica internacional (psicosocial e institucional), desatada con particular fuerza desde la última fase de la llamada Guerra Fría -el exitoso esfuerzo de penetración y corrupción de la dirigencia soviética, se infiltra en todo el cuerpo político, se generaliza y se transforma en la forma dominante de la política mundial. Esto ya sucedió con la cúpula hitleriana antes. Es la mafiización de la política.

El trabajo de análisis crítico que exige la realidad latinoamericana nos empuja a comprender los alcances y las características de los procesos (políticos, sociales, económicos) actuales. En este trabajo desarrollamos aspectos teóricos y políticos de lo que llamamos el «globalismo democrático neoliberal». Este concepto tripartito tiene al globalismo como miembro central por representar los intereses con mayor poder (o «eminencia») en el mundo, y por ser la forma institucional correspondiente a lo político estrictamente (lo democrático), y a lo económico estrictamente (lo neoliberal en sentido restringido). El globalismo democrático neoliberal es la ideología que enarbolan y promueven las nuevas élites y alianzas hegemónicas -para el caso, de las élites neo oligarquicas latinoamericanas y de USA.

La literatura sobre globalismo y democracia tiende a ser laudatoria, particularmente para la democracia como única forma decente de vida colectiva. El hecho que se trate de la ideología triunfante de la Guerra Fría, hace que el globalismo democrático neoliberal esté recargado de connotaciones positivas. En el sincretismo posmoderno característico de la época, a estos tres aspectos se les ha atribuido todo lo bueno, bello y justo pensable o memorable. De ahí la dificultad para poder comprender sus significados más profundos. En este trabajo, consecuentemente, exploramos aspectos críticos del globalismo democrático neoliberal.

Este pequeño libro se desarrolló como insumo para la discusión en el programa de la Maestría de "Teorías Críticas del Derecho y la Democracia en Iberoamérica: Democracia y Integración Regional" de la Universidad Internacional de Andalucía, España, y a instancias de su director y sub director, Joaquín Herrera Flores y David Sánchez Rubio. El Dr. Alvaro López Mora, Director de la Escuela de Relaciones Internacionales de la UNA también ha considerado pertinente apoyar esta publicación interinstitucional.

CAPÍTULO I

UN CONTEXTO DE CRISIS MUNDIAL Y REGIONAL

I. Aspectos económicos y estratégicos:

I.1.a. La crisis neoliberal:

La economía latinoamericana tuvo un crecimiento notable desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y hasta mediados de la década de los años setenta, como parte del conjunto mundial hegemonizado por USA. A partir de esta última fecha, la región empezó a sufrir recesiones igualmente correlacionadas con procesos similares de alcance internacional, los cuales surgieron por el debilitamiento de la hegemonía norteamericana a partir del abandono del patrón oro-dólar, la menor competitividad de la industria de USA, el desorden generado en el régimen internacional del petróleo, la derrota militar en Viet Nam y una mayor presencia soviética en Africa e incluso América Latina, bajo la dirección brezhneviana.

La crisis económica latinoamericana que se empezó a gestar en los años setenta se acentuó en la década de los años ochenta, por el impacto de la llamada «crisis de la deu-

da externa». Esta crisis imposibilitó la continuación de las tendencias modernizadoras «populistas nacionalistas» y las concepciones económicas keynesianas que prevalecieron prácticamente desde los años treinta. El mal manejo de las negociaciones, por parte de los gobiernos y élites latinoamericanas, en torno a la deuda externa, posibilitó que actores externos, en primer término USA, pudieran imponer a la región nuevos términos tanto económicos como políticos, mediante los cuales el control efectivo de las economías latinoamericanas, y las orientaciones políticas generales de estos países, han pasado a ser establecidos por y para esos actores externos, en detrimento de la integridad de los intereses nacionales y regionales latinoamericanos.

A mediados de los años ochenta, Latinoamérica debía unos 500 mil millones de dólares, equivalentes en 1987 a la mitad del producto regional bruto, equivalente a cuatro veces el total de las exportaciones, y también equivalente a una deuda de más de mil dólares per cápita (considerando que el ingreso promedio per cápita en Latinoamérica en 1987 era de unos 2.200 dólares, esta deuda individual representaba casi la mitad del ingreso anual per cápita) (Cf. BID, 1988, Table B-1, p.540).

La deuda externa creció sobre todo a finales de los años setenta y durante los primeros años de la siguiente década, como resultado de al menos cuatro procesos en los que se imbricaron los factores externos e internos.

Por una parte, el aumento en los precios del petróleo estimuló a México y Venezuela, y otros productores regionales de este energético, a emprender una estrategia de desarrollo acelerado, mediante préstamos masivos del exterior. Inversamente, los países no productores de petróleo de la región se vieron obligados a invertir crecientes sumas para pagar la factura energética, e igualmente a solicitar préstamos para cubrir esos gastos, o bien para pagar por

aquellas dimensiones que quedaban desfinanciadas por este motivo.

En segundo lugar, la deuda externa creció por las necesidades intrínsecas a la modernización emprendida por los estados latinoamericanos, caracterizada por un modelo populista nacionalista con un proceso de industrialización «incompleto» (Fajnzylber,1985). Esta orientación pretendía:

a. Eventualmente universalizar los beneficios del desarrollo, utilizando al estado como redistribuidor de la riqueza social, e incorporando políticamente a la totalidad de la población. El modelo de democracia buscado postulaba una democracia política y también una democracia económica y social («derechos básicos» como vivienda, educación, salud, alimentación, vestido);

b. Desarrollar la infraestructura y los servicios necesarios para la modernización económica, en particular para servir las necesidades de la industria nacionalizada y de las grandes Corporaciones Trans Nacionales (CTNs) establecidas y protegidas en el país;

c. Desarrollar un sector productivo (particularmente industrial) nacional, de capital estatal o mixto (estatal y privado nacional), capaz de liderar el proceso de industrialización y modernización, y de garantizar la independencia económica de la nación; y

d. Ofrecer el financiamiento necesario para el continuo crecimiento económico, incluyendo el llamado «financiamiento para el desarrollo» de actividades y sectores que el mercado por sí mismo no tendría interés en financiar, e incluyendo también el financiamiento para que las CTNs se establecieran en el país.

Este modelo de desarrollo universalista, populista y (relativamente) nacionalista, requería grandes recursos de inversión que los países latinoamericanos no tenían internamente, sobre todo por el tipo de inserción tradicional en la economía internacional, clásicamente caracterizado por un intercambio desigual entre los productos primarios exportados y los industriales y financieros importados.

En tercer lugar, la crisis latinoamericana en tanto crisis de la deuda tiene importante origen en el reciclaje de los llamados «petrodólares» ya durante la década de los 70. Cuando los productores de petróleo pudieron desequilibrar (aunque sólo fuera temporalmente) el régimen internacional energético coordinado desde la hegemonía de USA, se dio un flujo de dólares hacia esos países, por concepto de mayores ingresos provenientes de mejores precios del petróleo. Estos recursos sirvieron para financiar el «despegue» modernizador, nacionalista en el caso mexicano (con la administración de López Portillo) o iraní, internacionalista en el caso de Arabia Saudita, por ejemplo. Pero gran parte de esos recursos fueron depositados en la banca privada metropolitana, que conjuntamente con los Organismos Financieros Internacionales (OFIs) se dio a la tarea de colocar tales fondos en préstamos, tanto al mismo México como al conjunto de países del entonces llamado Tercer Mundo. Los países latinoamericanos recibían ofertas de préstamos en excelentes condiciones; la banca privada internacional y los OFIs entregaban importantes comisiones a los funcionarios latinoamericanos, tanto públicos como privados, que promovieran y concretaran esos préstamos. Cuando a finales de la década de los años setenta la administración Reagan subió las tasas de interés, también se elevó notablemente el llamado «servicio de la deuda» latinoamericana, precipitándose una cadena de enlaces financieros que la elevaron astronómicamente y la tornaron inmanejable.

En cuarto lugar, y complementariamente a ese tercer

aspecto, la crisis latinoamericana fue precipitada por nuevas posturas políticas y económicas de las administraciones republicanas que pasaron a dominar en USA a partir de la llegada a la Casa Blanca de Ronald Reagan y George Bush. Con el propósito de «restaurar» la hegemonía norteamericana (debilitada por la crisis del sistema de Bretton Woods desde principios de los años setenta, por la guerra en Viet Nam, por la debilidad productiva de USA, por el «desorden» en el régimen internacional del petróleo y la “agresividad soviética”), la administración republicana utilizó los instrumentos financieros para localizar recursos que le permitieran, por una parte relanzar y modernizar la economía norteamericana y, por la otra parte, emprender una carrera armamentista que, eventualmente (como ciertamente sucedió), lograra el colapso del sistema soviético. Para esto, se indujo una recesión económica internacional y una concurrente elevación de las tasas de interés en USA. Con este mecanismo, el sector financiero, en donde USA tenía ventajas respecto a sus competidores europeos y japoneses, pasó a convertirse en el centro de los procesos económicos. Se entró en una fase económica de mucha especulación¹, caracterizada por altas tasas inflacionarias, decrecimiento de la producción (agrícola e industrial), aumento del desempleo estructural, y altas tasas de interés en USA. Los bonos del tesoro del gobierno norteamericano empezaron a pagar buenos dividendos, lo que hizo que se generara un fortísimo flujo de inversión hacia este país. La deuda interna del estado norteamericano empezó a crecer grandemente, y con los recursos adicionales así obtenidos la administración en Washington pudo pagar por los crecientes déficits fiscales,

1 “Capital and financial markets have become global and the foreign exchange market processes approximately \$1 trillion per day. Since 1983, global foreign direct investment has grown at an average of 29 percent a year, three times faster than the growth of export trade and four times the growth of world output. According to one expert on world monetary systems, some individual currency speculators have as much money as some small countries.” (Brecher & Costello 1994, p. 19). Véase S. STRANGE (1986).

resultado de haber emprendido una carrera armamentista sin parangón, incluso en términos comparativos con los gastos de la Segunda Guerra Mundial. Las nuevas administraciones conservadoras norteamericanas adoptaron la nueva filosofía antiestatista del liberalismo político económico, llamado neoliberalismo en Latinoamérica. Una medida concreta de esta nueva postura teórica y política fue acelerar el traslado de la deuda pública internacional («externa» para América Latina), de la banca estatal o institucional a la banca privada, aunque siempre bajo los auspicios de los OFIs.

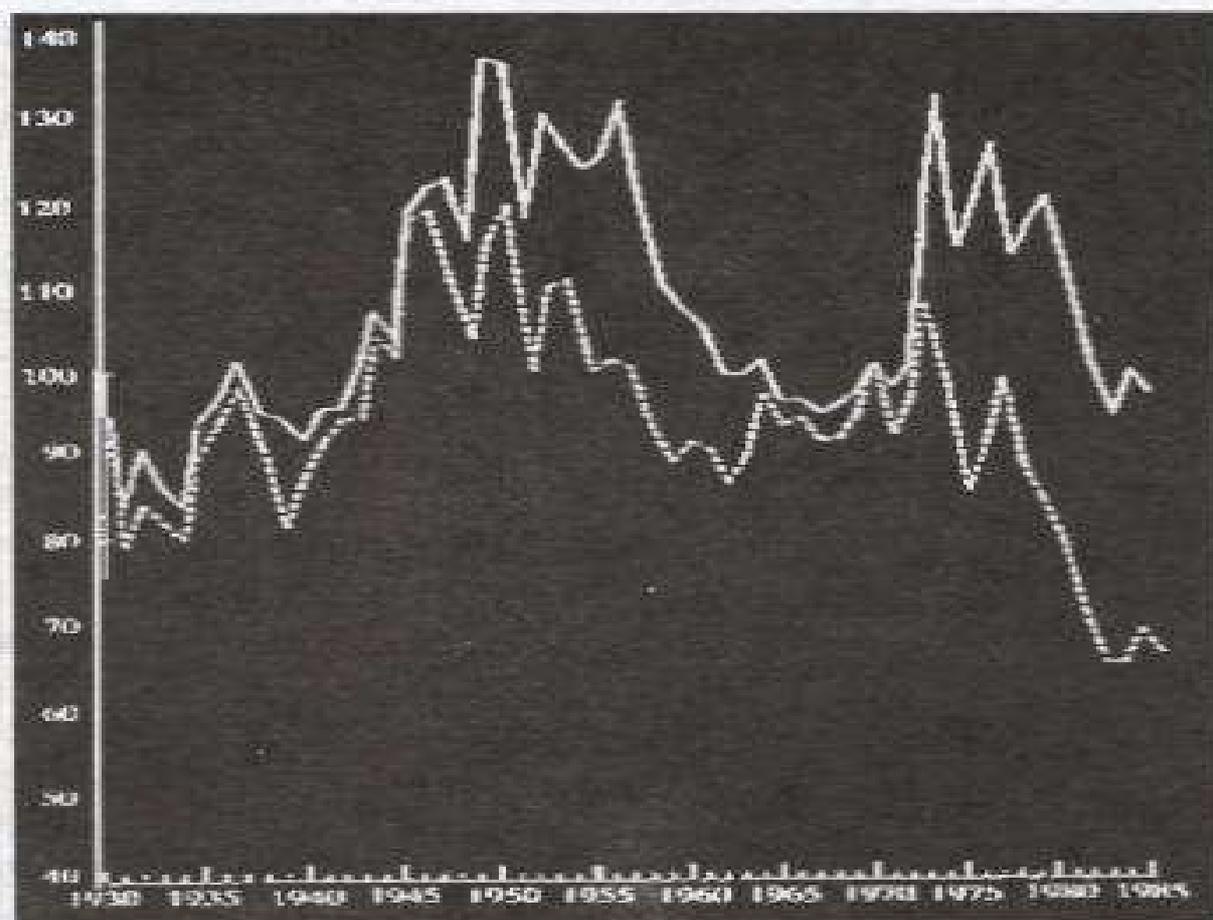
Al mismo tiempo, aquella elevación general de las tasas de interés tuvo un impacto catastrófico sobre la deuda latinoamericana. Se hizo necesario incurrir en nuevos préstamos, tan sólo para amortizar los intereses de la deuda. Así, mientras que en 1970 América Latina pagó 770 millones de dólares por concepto de intereses de su deuda externa, para 1980 el monto había subido a 6.100 millones de dólares, y en 1986 la suma alcanzaba la cifra de 22.200 millones de dólares (BID, 1988).

Adicionalmente, la recesión mundial se combinó con la entrada en vigor pleno de un nuevo paradigma tecnoeconómico, centrado en la informatización y automatización de la producción. El resultado fue un mayor desbalance en los términos de intercambio para América Latina, especialmente para los países no productores de petróleo, como se puede observar en la Figura 1.

A partir de la crisis petrolera de finales de los 70s, el gobierno de José López Portillo en México (1976-1982) recibía presiones muy fuertes de parte del gobierno y las empresas petroleras de USA, para que facilitara la riqueza petrolera azteca. El nuevo interés estratégico norteamericano incluyó como una pieza central la «incorporación» de México y Canadá al control político económico directo. Se reto-

FIGURA 1

Términos de comercio de America Latina, 1930-1985



----- Países no-exportadoras de petróleo.

_____ América Latina y el Caribe.

Fuente: Roddick (1988) p. 9.

maron las ideas y estrategias paradigmáticamente expresadas por el presidente Monroe, y la toma de México pasó a constituirse en la pieza estratégica más importante en las políticas norteamericanas del hemisferio occidental, incluso cuando, y porque, entonces la URSS y Cuba lanzaban su última onda de ataque en la región centroamericana, apoyando procesos revolucionarios en Nicaragua, El Salvador, Panamá y Guatemala.

Por eso la llamada crisis de la deuda latinoamericana comenzó cuando en agosto de 1982 el gobierno mexicano se declaró en quiebra («falta de pago», **default**) respecto a su deuda externa, de cerca de 90 mil millones de dólares. Las repercusiones financieras llegaron a poner en duda la solvencia de los principales bancos norteamericanos y algunos europeos. Se llegó a temer un «crack» financiero mundial -el predominio del capital financiero en una fase económica genera gran inestabilidad-. Los acreedores metropolitanos hegemónicos movilizaron todos los mecanismos internacionales a su disposición, incluyendo en particular el régimen financiero, apoyado en una mayor presencia y asertividad militar de los centros imperialistas (la última fase, más violenta, de la Guerra Fría) (tal como se manifestó en la Guerra Centroamericana y la Guerra de las Malvinas). Utilizan con éxito dos políticas:

Primero: garantizar el pago de la deuda (el «servicio de la deuda»); y

Segundo: tal como se hizo con el régimen energético y la IEA (Interational Energy Agency), reconformar el régimen financiero internacional aglutinándolo en torno a la unión de los acreedores, y al mismo tiempo debilitar y/o impedir la conformación de un «bloque de deudores».

Parte importante de esto fue la preparación y organización de, y apoyo a, grupos y sectores políticos y económicos locales que accedieran a la hegemonía local, mediante la asunción de los intereses hegemónicos globales, bajo la forma de nuevos intereses nacionales. El experimento *cruxis* se venía desarrollando en Chile durante la dictadura pinochetista, bajo la orquestación teórica de la Universidad de Chicago, incluyendo los aportes de Milton Friedman y Lewis Coser.

La administración delamadridista que sucedió a la de López Portillo en México, adoptó prontamente posiciones neoporfiristas. Empezó un proceso para hacer que el favorecimiento de los intereses extranjeros, principalmente de USA, contituyeran la finalidad del estado mexicano. Esta postura fue luego imitada en la región, aunque también aparecieron heterogéneos focos de resistencia, por ejemplo con los gobiernos de Carazo en Costa Rica, de Alan García en Perú, de los sandinistas en Nicaragua y de las cúpulas cívico militares en Brasil.

El gobierno de México y los de casi toda Latinoamérica aceptaron los términos de los acreedores en toda la línea. Se les amenazaba precisamente con el aislamiento y el castigo financiero internacional. Si algún país no cumplía con las «exigencias del FMI (Fondo Monetario Internacional)» se le colocaba en la categoría de «país paria» y se le amenazaba con una guerra económica similar (*mutatis mutandis*) a la que se le venía aplicando a la URSS: todos sus bienes en el exterior serían embargados y/o tomados por los acreedores, lo mismo que todas sus exportaciones. Sus líneas aéreas no podrían operar, el país no tendría acceso a los sistemas internacionales de comunicaciones. Nadie le vendería ciertos bienes cruciales, particularmente bienes de capital, repuestos vitales, alimentos y energía. Además, tanto interna como internacionalmente se organizarían grupos y campañas para desprestigiar, dismantelar o sacar del gobierno, a individuos, grupos, sectores o países «rebeldes». Los efectos internos de una parte de estas medidas fueron desastrosos para los gobiernos de Carazo y Alan García, por caso. Estos «ejemplos demostrativos» convencieron y convencer a los demás y sucesivos gobiernos latinoamericanos.

Si el centro de la política económica nacional es pagar la deuda externa, entonces todo lo que genere ingresos en las llamadas monedas duras es crucial. El mercado externo

es el más importante, y no ya el mercado interno como en el modelo de sustitución de importaciones. Algunas de las medidas impuestas incluyen entonces las siguientes:

1. Administración de la demanda: se supone que el déficit de la balanza de pagos se debe a una excesiva capacidad local de compra. Los salarios reales, consecuentemente, deben reducirse, y conviene que aumente el desempleo.
2. Devaluación de la moneda. Para abaratar y hacer más atractivas las exportaciones. También para reducir salarios y demanda. Sin embargo, esto aumenta los precios de las importaciones y aumenta la inflación. Con inflación alta, no obstante, se beneficia el sector financiero porque se mantienen elevadas las tasas de interés y se propicia, además, el ingreso de capital inversor externo.
3. Liberalización del comercio exterior. Todos los controles y barreras a las importaciones, directos o indirectos, deben ser eliminados. Apertura comercial total y unilateral. Las importaciones fluyen a quienes pueden adquirirlas. Los gobiernos no deben dirigir las importaciones para garantizar la inversión en ciertos sectores productivos, o para regular el precio de productos de consumo popular.
4. Liberalización de precios en el mercado interno. Eliminación de todos los controles de precios internos. Esto también es inflacionario en contextos monopolísticos y oligopólicos.
5. Reducción y/o eliminación de los déficits presupuestarios estatales. Reorientando el apoyo estatal y concentrándolo en «favorecer al mercado», que en la práctica significa favorecer al capital. Por ejemplo re-

orientando los subsidios gubernamentales para la inversión hacia los sectores exportadores o de servicios (turismo por ejemplo). Paralelamente, reducción y/o eliminación de subsidios y gastos sociales (alimentación, salud, educación, transporte) para los sectores medios y populares.

6. Reestructuración de precios relativos en el comercio internacional. Aumentos y reducciones de precios, para favorecer a ciertos sectores, particularmente los exportadores y banqueros. Esto generalmente deprime los mercados internos.

7. Reducción general de la inversión estatal en la economía, porque la actividad económica estatal aumentaría las dificultades para la inversión privada.

8. Aumento de las tasas de interés a sus «niveles naturales de mercado».

Este tipo de medidas lanzó las sociedades y economías latinoamericanas a una profunda crisis que perdura hasta hoy.

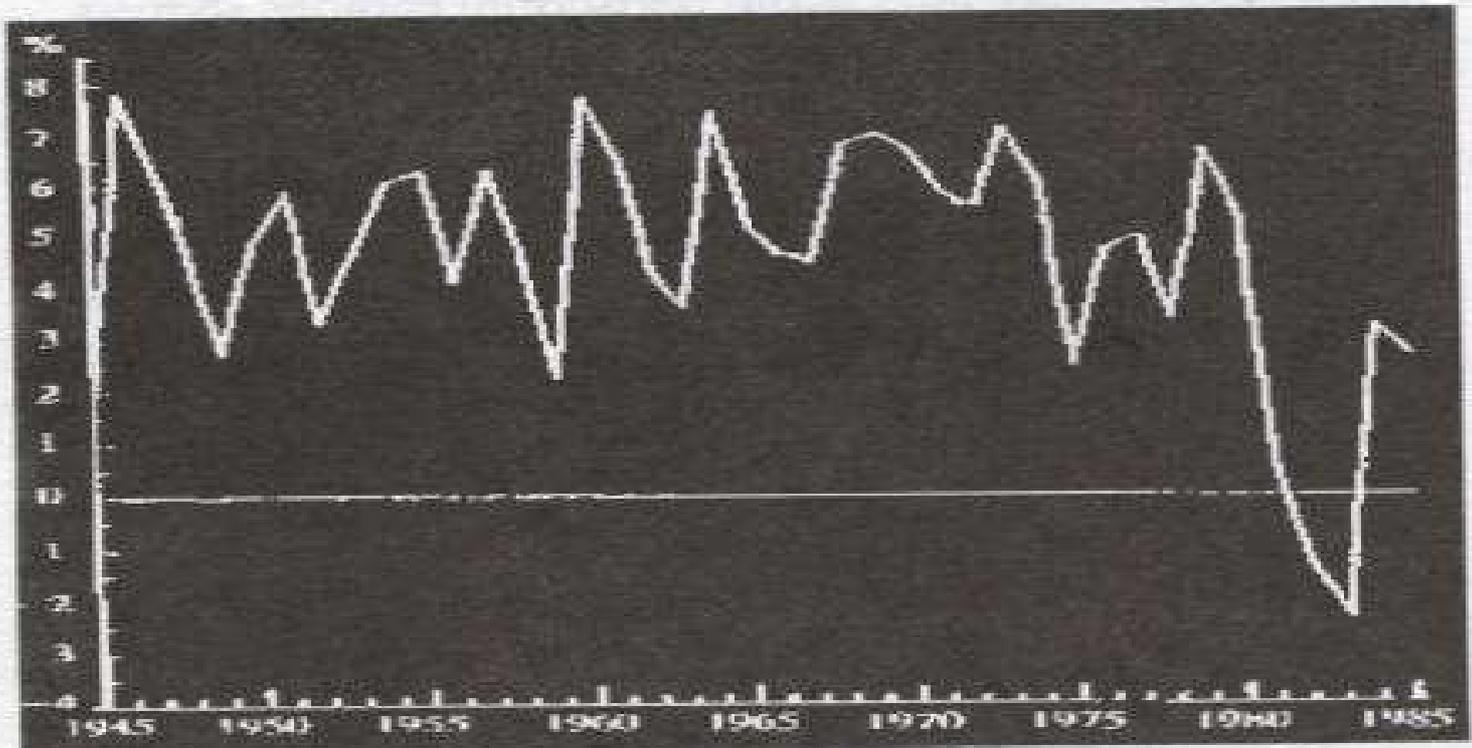
Esto se nota en sentido general observando la caída abrupta que tuvo inmediatamente el producto regional bruto (PRB), prácticamente a partir de 1980 (véase Figura 2).

Si el Producto Regional Bruto (PRB) era de 812 mil millones en 1980, en 1984 apenas se había incrementado a 817 mil millones. En términos per cápita, esto significó que, mientras el PRB en 1970 fue de 1.675 dólares y 2.340 en 1980, para 1987 había descendido a 2.223.

Además, si en los ocho años entre 1974 y 1981 la región tuvo un saldo positivo de transferencias financieras de unos 100 mil millones de dólares, en los primeros cuatro

FIGURA 2

América Latina y el Caribe, PIB 1945-85



Fuente: Roddick (1988) p. 82.

años de crisis, entre 1982 y 1986, la región tuvo un saldo negativo de transferencias financieras de unos 120 mil millones de dólares (BID 1987, tabla 49). Las exportaciones de capital desde Latinoamérica, por concepto de «servicio de la deuda», representaron los siguientes valores durante el resto de la década de los 80s:

| | |
|------|----------------------------|
| 1987 | 16.700 millones de dolares |
| 1988 | 29.000 millones de dolares |
| 1989 | 25.000 millones de dolares |

(Rosenthal 1990).

Las cifras de la inflación latinoamericana son la mejor

expresión del costo de la crisis para los sectores populares y asalariados, así como para el estado nacional:

| (En porcentajes anuales) | |
|--------------------------|--------|
| 1981 | 57.5% |
| 1982 | 84.6% |
| 1983 | 130.5% |
| 1984 | 184.7% |
| 1985 | 274.1% |
| 1986 | 64.5% |
| 1987 | 198.5% |
| 1988 | 757.7% |
| 1989 | 994.2% |

(Rosenthal 1990, cuadro 4).

En 1989 la inflación llegó a 3.700% en Argentina y a 1.476% en Brasil. El impacto sobre los sectores populares y medios es devastador y equivale a la renovación de los genocidios característicos de las épocas de conquista y esclavitud. Esto se refleja en el cuadro 1, sobre el deterioro de los salarios:

CUADRO I

Países seleccionados, tasas de salarios reales
(1990 = 100)

| PAIS | 1980 | 1990 | 1994 |
|-----------|-------|-------|-------|
| Argentina | 465.9 | 100.0 | 363.9 |
| Brasil | 138.4 | 100.0 | 107.4 |
| Chile | 114.4 | 100.0 | 124.4 |
| Colombia | 93.1 | 100.0 | 96.0 |
| México | 252.9 | 100.0 | 89.6 |
| Perú | 428.0 | 100.0 | 61.9 |
| Venezuela | 171.4 | 100.0 | 116.7 |

FUENTE: CEPAL (1995), Cuadro III-12, p.79.

Igualmente, las tasas regionales de inversión (TRI) se redujeron drásticamente, de la siguiente forma:

| | |
|------|-------|
| 1980 | 23.7% |
| 1981 | 23.2% |
| 1982 | 19.9% |
| 1983 | 15.2% |
| 1984 | 15.9% |
| 1985 | 16.1% |
| 1986 | 16.3% |
| 1987 | 16.7% |

(UNIDO 1986, tabla 44).

Por países, el siguiente cuadro nos indica las tasas acumulativas de crecimiento de la inversión nacional bruta (véase cuadro 2).

CUADRO 2

Inversión Nacional Bruta, por país, 1960-1987

| País | Tasa acumulativa de crecimiento | | |
|----------------|---------------------------------|---------|---------|
| | 1961-70 | 1971-80 | 1981-87 |
| Argentina | 4.8 | 3.7 | -8.5 |
| Brasil | 8.6 | 9.3 | -2.7 |
| México | 9.1 | 8.6 | -6.4 |
| América Latina | 7.2 | 7.2 | -3.1 |

(IDB 1988, Table 111-1 p. 30)

La caída en este rubro ha significado el deterioro absoluto de la planta productiva latinoamericana, y la consecuente pérdida de posición internacional en momentos donde los centros metropolitanos y del Pacífico crecen aceleradamente sobre todo cualitativamente. Las principales cua-

tro economías regionales (Brasil, México, Argentina y Venezuela) tuvieron una reducción en la inversión de unos 60 mil millones de dólares entre 1980 y 1983. Naturalmente, el sector manufacturero se vio muy afectado. Si el valor agregado por este sector representó 102.431 millones de dólares en 1970 y 189.882 millones en 1980, para 1983 había caído a 169.428 millones de dólares (BID 1988, tablas B 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14). La siguiente tabla nos muestra la situación de deterioro que sufre la industria latinoamericana durante la crisis neoliberal (véase cuadro 3).

CUADRO 3

Sector Industrial, tasa acumulativa de crecimiento, por país, 1960-87

| País | 1961-70 | 1971-80 | 1981-87 |
|----------------|---------|---------|---------|
| Argentina | 5.2 | 1.6 | -1.2 |
| Brasil | 6.9 | 9.0 | 1.1 |
| México | 9.2 | 7.1 | 0.3 |
| América Latina | 6.7 | 6.4 | 0.6 |

(IDB 1988, Table IV-5 p. 62)

El rezago industrial latinoamericano se ve acompañado por políticas de reducción en los niveles de vida y en la capacitación de la fuerza de trabajo, que a mediano y largo plazo tienden a profundizar y perpetuar la desindustrialización y la reducción de la competitividad regional en la economía mundial.

Este primer ciclo de choque tiene grandes intensidades críticas entre 1982 y 1985, y luego la situación traumática se exagera con una nueva y más profunda caída a finales de los ochentas y principios de los noventas. Ya para este último momento el modelo neoliberal ha sido llevado

a lo que representaría su expresión «clásica», en el gobierno del tristemente célebre Carlos Salinas de Gortari, modelo de modelos de líder neoliberal.

En la Alemania de posguerra, desde hace varias décadas existe una tradición teórica neoliberal. Pero no fue sino durante la década de los años 80 que esta corriente de pensamiento económico se torna hegemónica mundialmente.

El neoliberalismo es la ideología político económica dominante en el sistema capitalista mundial durante la última fase de lucha contra el sistema socialista de la URSS. No es extraño entonces que el neoliberalismo represente una postura extremista y dogmática.

En primer término, el neoliberalismo reifica el papel de un llamado «mercado libre», en el que operaría la competitividad perfecta. El mercado ideal es asumido como real.

Se le otorgan a este mercado otra serie de atributos cuasi mágicos. Destaca la creencia en su capacidad para resolver todos los problemas humanos, tanto individuales como sociales. La restauración universal del capitalismo es vista como el fin de la historia.

Aparte de ficcionalizar el mercado, el neoliberalismo ha sido reforzado eclécticamente con una serie de otros contenidos, que ayudan a presentarlo como única y definitiva solución. Hay una serie de aspectos importantes para ver la relación entre neoliberalismo, democracia y globalismo:

- a. La creencia en que solamente los mecanismos del mercado son capaces de generar crecimiento económico, riqueza y bienestar;

b. La creencia en que la intervención estatal en la economía es dañina -entre menos gobierno, mejor;

c. La creencia en que, en condiciones de mercado, siempre necesariamente habrá unos que ganan y otros que pierden;

d. La creencia en que la búsqueda de la ganancia personal resultará en el bienestar colectivo e, inversamente, que la búsqueda del bienestar colectivo mediante leyes o intervenciones estatales redundará en daños individuales y públicos.

Según F. Hinkelammert (1994), los rasgos primero y segundo constituyen una «teología» por definición, o por lo menos una escatología. Se asume que las acciones estatales son malas, y las privadas buenas. La época es interpretada por el neoliberalismo como la apoteosis del capital. El tercer rasgo, por su parte, nos orienta a creer que no todos podrán o pueden alcanzar un nivel de vida decente, propiamente humano. Y que los pobres son pobres por su propia culpa. Se abandona la idea de progreso; la doctrina modernizante más característica de la posguerra también se tira por la borda. De acuerdo con el referido Hinkelammert,

«No se busca más un crecimiento económico capaz de arrastrar toda la fuerza del trabajo para incorporarla a la economía del país, algo en lo cual había fracasado el desarrollismo también. Ahora sólo se busca realizar la política neoliberal, que se declara no responsable por la suerte de los expulsados y marginados. Los culpa, más bien, de que no lograron ganar» (1994 p.429).

La economía neoliberal es impuesta mediante los «Programas de Ajuste Estructural» (en inglés SAPs; el ver-

bo «to sap» quiere decir: «socavar, minar, agotar»), por los OFIs y los gobiernos del G7, USA en primer término, conjuntamente con las nuevas élites desnacionalizantes latinoamericanas. Algunas medidas específicas clásicas de los SAPs incluyen las siguientes:

1. reducción de los gastos gubernamentales así como el tamaño mismo del estado,
2. fin del proceso de creación de empresas públicas,
3. racionalización y/o privatización de las empresas públicas existentes, incluyendo procesos de «desmantelamiento» y «puesta en punto de venta» de empresas públicas rentables y eficientes,
4. precios más altos para bienes producidos por el sector público,
5. tasas de interés altas para evitar la fuga de capitales y para atraer inversiones de capital,
6. reformas impositivas, y
7. aperturismo comercial unilateral, incluyendo la eliminación de controles de cambio y de comercio. (Elaboración nuestra sobre la base de Roddick, 1988, p. 56).

Finalmente, Osvaldo Sunkel (1995, pp.585-592) ha intentado un resumen de características del neoliberalismo, del que podemos destacar lo siguiente:

| ASPECTO | CARACTERÍSTICA DOCTRINARIA |
|--------------------------------|--|
| 1. Ético (valores) | Individualismo, Utilitarismo, Materialismo del «Homo «economicus», Actor Individual. |
| 2. Epistemológico (Método) | Deductivo, Positivista, Monodisciplinario |
| 3. Perspectiva temporal | Corto plazo; concentración en flujos, mercados, precios, ajustes marginales en la asignación de factores productivos. |
| 4. Unidad de análisis | Economías nacionales, independientes y equivalentes. |
| 5. Papel del Estado | «Subsidiario» a la soberanía del mercado; fallas de Estado más graves que fallas del mercado. |
| 6. Asignación de recursos | El mercado y la empresa privada son productivos y altamente eficientes en la asignación de recursos y deben predominar; el Estado debe asumir rol subsidiario para evitar desplazar e inhibir al sector privado (crowding-out); minimizar intervenciones estatales debido a fallas del Estado; privatización de empresas y servicios públicos. |
| 7. Equilibrios Macroeconómicos | Ajuste recesivo drástico mediante políticas monetaria y fiscal recesivas y liberalización de precios y del tipo de cambio. |

| | |
|--|---|
| 8. Competitividad, productividad | Desregulación, liberalización, eficiencia, y privatización, reducción del gasto público («get the prices right»). |
| 9. Crecimiento exportador como estrategia fundamental de desarrollo | Liberalización y desregulación del comercio y las finanzas internacionales, tarifas bajas y parejas, neutralidad de incentivos entre exportaciones y sustitución de importaciones. |
| 10. Pobreza | Focalizar el gasto social en población pobre y aumentar eficiencia administrativa; la desigualdad desaparecerá por el crecimiento y rebalse (trickling-down) del mercado. |
| 11. Importancia de secuencia | La estabilización requiere el ajuste, con intensidad y/o gradualidad y de la reestructuración, para que las reformas sean sostenibles; preferencia por tratamiento de choque. |
| 12. Cooperación internacional en procesos de ajuste y reestructuración (importancia) | Crear unilateralmente las condiciones internas que faciliten el comercio y las inversiones, mediante desregulación, liberalización, reducción de rol de Estado, equilibrios macroeconómicos. |
| 13. Reducción en el tamaño y cambio en las funciones del sector Público y el Estado | Reducir tamaño y eliminar funciones del Estado, contraer gastos públicos, privatizar empresas y servicios públicos, reducir nivel y progresividad de la carga tributaria, en especial sobre ingresos del capital. |

Desde su puesta en marcha generalizada, a partir de 1982-86, el modelo neoliberal latinoamericano ha demostrado ser incapaz de sacar adelante a la región, y después de década y media de implantación continúa mostrando gran inestabilidad y profundización de las tendencias recesivas y regresivas. Así por ejemplo respecto al producto interno bruto por habitante, la recuperación relativa que se dio entre 1991 y 1994 no fue suficiente siquiera para recuperar la situación de 1980, como se observa en el cuadro 4.

CUADRO 4

América Latina y el Caribe: evolución del producto bruto interno por habitante

| Países | Tasas anuales de variación | | | | | | | Variación acumulada | |
|---|----------------------------|-------|------|------|------|------|-------------------|---------------------|----------------------|
| | 1988 | 1989 | 1990 | 1991 | 1992 | 1993 | 1994 ^a | 1981-90 | 1991-94 ^a |
| América Latina y el Caribe ^b | -1.2 | -1.0 | 1.6 | 1.6 | 1.1 | 1.3 | 1.9 | -7.9 | 6.1 |
| Argentina | -3.5 | -7.5 | -1.4 | 7.5 | 7.3 | 4.8 | 4.6 | -21.2 | 26.4 |
| Brasil | -1.9 | 1.3 | -6.2 | -1.5 | -2.5 | 2.3 | 2.8 | -3.6 | 1.0 |
| Chile | 5.2 | 7.7 | 1.1 | 3.9 | 8.0 | 3.8 | 2.6 | 11.7 | 19.6 |
| Colombia | 2.3 | 1.7 | 2.2 | 0.1 | 1.9 | 3.1 | 3.3 | 17.9 | 8.6 |
| México | -0.7 | 1.4 | 2.5 | 1.7 | 0.9 | -2.1 | 3.5 | -4.3 | 4.9 |
| Perú | -10.2 | -13.2 | -7.5 | 0.6 | -4.1 | 4.4 | 8.9 | -28.9 | 9.6 |
| Venezuela | 3.1 | -10.2 | 4.2 | 7.1 | 3.4 | -2.4 | -5.9 | -19.4 | 1.7 |

Fuente: Garrido y Leriche 1995, p 19

^a Estimaciones preliminares sujetas a revisión.

^b Excluye a Cuba.

El cuadro 5, por su parte, nos muestra que la inflación continúa sin ser abatida y sigue erosionando hasta los huesos y la desesperación la vida humana en la región.

CUADRO 5

Tasas de inflación en América Latina

| Años | Tasa de inflación |
|------|-------------------|
| 1987 | 209.2 |
| 1988 | 776.8 |
| 1989 | 1212.5 |
| 1990 | 1191.3 |
| 1991 | 199.7 |
| 1992 | 418.9 |
| 1993 | 887.6 |
| 1994 | 342.4 |

(CEPAL 1995, Cuadro I-1 p. 14)

La pobreza generalizada y la concomitante miseria humana, son el resultado más evidente del neoliberalismo, ante el cual las excusas, explicaciones y teorías caen vergonzosamente. El caso Centroamericano es en este sentido ilustrativo, como se puede entrever a partir del cuadro 6.

En los ocho años entre 1982-90 los pobres han financiado seis Plan Marshall para los ricos en el servicio a la deuda. "¡He aquí el punto culminante de la contradicción: los países pobres exportando capital a los países ricos!" (Mo Sung 1993, p 40)

Más aún, el proceso de descomposición de la planta productiva regional, inducido desde los centros metropolitanos, especialmente por una redistribución regresiva de la división intrahemisférica del trabajo, se expresa en fuertes déficits comerciales, particularmente por parte de México, Argentina y Venezuela, los tres centros de expansión regional del neoliberalismo (véase cuadro 7).

CUADRO 6

Pobreza en el istmo centroamericano

| País | Población total | Total pobres | Pobreza extrema |
|--------------|-----------------|--------------|-----------------|
| Costa Rica | 2.900.000 | 600.000 | 300.000 |
| El Salvador | 6.500.000 | 4.900.000 | 3.400.000 |
| Guatemala | 9.200.000 | 6.900.000 | 5.200.000 |
| Honduras | 5.100.000 | 3.900.000 | 3.200.000 |
| Nicaragua | 3.900.000 | 2.900.000 | 1.600.000 |
| Panamá | 2.400.000 | 1.300.000 | 600.000 |
| Total región | 30.000.000 | 20.500.000 | 13.900.000 |

Fuente: Pobreza en el istmo Centroamericano: Perspectiva de las mujeres. Basado en informes de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

(La Nación, lunes 18 de marzo de 1996, p 34A)

I.1.b. Crisis mundial y crisis latinoamericana:

La llamada «globalización» es la nueva forma de hegemonía mundial del «Norte» (interno y externo): las empresas, las personas y los países ricos. Ya a mediados de la década de los años ochenta se hizo evidente que los llamados países del «Tercer Mundo», particularmente América Latina, habían sufrido un agudo choque financiero (por causa de la administración de su deuda externa), de magnitudes tales que no solamente les hizo perder sus logros de autonomía respecto los centros metropolitanos (especialmente USA), sino que, aún más, los retrotrajo a situaciones (en la política y la economía internacionales) apenas comparables con aquellas que caracterizaron a estas regiones durante su época colonial (Cf. Grabel 1993, por ejemplo). Y ya a finales de esa década y principios de la de los noventa, algo similar acontecía con el llamado «Segundo Mundo»

CUADRO 7

América Latina y el Caribe: Balance de bienes (millones de dólares)

| País | Exportaciones de bienes FOB | | | Importaciones de bienes FOB | | | Balance de bienes | | |
|---------------------------|--------------------------------|---------|-------------------|--------------------------------|---------|-------------------|-------------------|---------|-------------------|
| | 1992 | 1993 | 1994 ^a | 1992 | 1993 | 1994 ^a | 1992 | 1993 | 1994 ^a |
| Am. Latina y el Caribe | 127,229 | 133,713 | 153,253 | 137,495 | 149,024 | 172,080 | -10,266 | -15,311 | -18,827 |
| Argentina | 12,235 | 13,090 | 15,200 | 13,685 | 15,545 | 19,425 | -1,450 | -2,455 | -4,225 |
| Brasil | 36,103 | 38,783 | 43,300 | 20,578 | 25,711 | 32,000 | 15,525 | 13,072 | 11,300 |
| Chile | 9,986 | 9,202 | 11,500 | 9,238 | 10,181 | 10,895 | 748 | -979 | 605 |
| Colombia | 7,263 | 7,429 | 8,925 | 6,030 | 9,086 | 11,085 | 1,233 | -1,657 | -2,160 |
| México | 27,516 | 30,033 | 34,613 | 49,193 | 48,924 | 58,880 | -20,677 | -18,891 | -24,267 |
| Perú | 3,485 | 3,463 | 4,250 | 4,050 | 4,043 | 5,500 | -565 | -580 | -1,250 |
| Venezuela | 13,988 | 14,222 | 15,695 | 12,714 | 11,013 | 7,710 | 1,274 | 3,209 | 7,985 |

Fuente: Garrido y Leriche 1995, p. 18

^a Estimaciones preliminares. Las cifras fueron redondeadas a cero o a cinco.

(URSS y su zona de influencia), sólo que con mayores visos de dramaticidad política y militar, debido al papel de «retardador del hegemon» que había cumplido esta potencia principalmente a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial.

En estos momentos se empieza a desarrollar un nuevo drama para la humanidad, al oscilar las polaridades internacionales y encontramos en una situación fluida de confrontación a nivel económico entre tres centros mundiales, pero en un entorno estratégico (que no táctico) supuestamente estable por la hegemonía militar norteamericana y de la NATO. Al mismo tiempo que Europa se unifica, en Asia del Pacífico hay tendencias integradoras pero también desintegradoras, incluyendo los renovados esfuerzos norteamericanos por mantener dividida a ésta, tendencialmente la región central del mundo para los próximos cien años -si esta civilización llega a sobrevivir un siglo más.

La economía mundial capitalista como un todo ha tenido una gran depresión desde 1973, que puede ser parte de un segmento Kondratief negativo (B) -así como, correlativamente, el período 1950-1973 habría sido el segmento Kondratief positivo (A). El cambio en la teoría económica oficial dominante, de la síntesis neokeynesiana al neoconservadurismo (denominado en América Latina «neoliberalismo»), refleja el intento por superar esa crisis económica general.

En esta larga depresión del último cuarto de siglo, notamos ciclos de auge en 1976-79 y 1983-1988, y ciclos de caída en 1974-75 y 1979-83. De un promedio de crecimiento del 5.5% en el período entre 1959-60 y 1972-73, el Producto Mundial Bruto (PMB) cayó a menos de la mitad (2.1%) en el período entre 1973 y 1983 (Itoh 1990, p.5).

Observando ahora el cuadro 8, «Crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), por región», que aparece en CEPAL 1995, p.82, podemos sacar algunas conclusiones importantes.

CUADRO 8

Mundo: crecimiento del producto interno bruto (PIB), por región

| | Crecimiento del PIB (Variación porcentual anual) | | | | | | Indicadores comparativos | |
|--|---|-------|-------|-------|-------------------|---------------------------------|--|------------------------------|
| | 1981-90 | 1991 | 1992 | 1993 | 1994 ^a | 1995 ^b | Crecimiento de la población 1985-94 (variación porcentual anual media) | Población en 1994 (millones) |
| Todo el mundo | 2.8 | 0.4 | 0.7 | 1.0 | 2.6 | 2 ¹ / ₄ | 1.7 | 5620 |
| Paises desarrollados con economía de mercado entre ellos | 2.8 ^d | 0.8 | 1.5 | 1.0 | 2.9 | 2 ¹ / ₄ | 0.6 | 818 |
| Estados Unidos | 2.6 | -0.6 | 2.3 | 3.1 | 4.1 | 3 | 1.0 | 261 |
| Unión Europea | 2.3 ^e | 0.6 | 1.0 | -0.5 | 2.7 | 3 | 0.3 | 370 |
| Japón | 4.1 | 4.3 | 1.1 | -0.2 | 0.6 | 1 ¹ / ₂ | 0.4 | 125 |
| Paises con economía en transición | 2.0 ^f | -8.8 | -15.5 | -8.6 | -9.9 | -6 | 0.5 | 391 |
| Europa oriental | 0.6 ^g | -11.3 | -4.7 | 1.0 | 3.8 | 3 ¹ / ₄ | 0.2 | 99 |
| URSS y sus Estados sucesores | 2.7 | -8.0 | -18.3 | -12.0 | -16.3 | -11 ¹ / ₂ | 0.6 | 292 |

Continuación Cuadro 8

| Países en desarrollo ^d | 3.1 | 3.4 | 4.9 | 5.0 | 5.4 | 5 | 2.0 | 4411 |
|-----------------------------------|------|------|------|------|------|-------------------------------|-----|------|
| Am. Latina y el Caribe | 1.2 | 2.9 | 2.2 | 3.0 | 4.4 | 1 ¹ / ₄ | 2.0 | 474 |
| África | 2.0 | 1.3 | 0.8 | 0.5 | 2.1 | 3 | 2.9 | 708 |
| Asia occidental | -0.8 | -0.2 | 5.7 | 2.2 | 0.4 | 1 ¹ / ₄ | 3.4 | 152 |
| Asia meridional y oriental | 6.0 | 5.4 | 5.2 | 5.5 | 6.5 | 7 | 2.1 | 1784 |
| China ^e | 9.0 | 8.0 | 13.2 | 13.4 | 11.8 | 1.0 | 1.4 | 1209 |
| Mediterráneo | 2.5 | -5.6 | 1.4 | 0.1 | -2.8 | 2 ¹ / ₄ | 1.6 | 85 |

Fuente: CEPAL 1995, Cuadro IV-1 p. 82

^aCifras preliminares.

^bPredicciones basadas en parte en el proyecto LINK.

^cLa ex República Democrática Alemana se incluye dentro de Alemania, y por consiguiente de la Unión Europea, a partir de 1991.

^dComprende 93 países que representan el 99% de la población de todos los países en desarrollo.

^eProducto material neto hasta 1988.

De conjunto, la economía mundial apenas creció entre 1981 y 1990 un 2.8% anual (véase el cuadro 9).

CUADRO 9

Crecimiento del producto mundial bruto promedio 1981-1990

| | |
|-----------------------------------|------|
| Mundo | 2,8% |
| Países capitalistas desarrollados | 2,8% |
| Estados Unidos | 2,6% |
| Unión Europea | 2,3% |
| Japón | 4,1% |
| URSS | 2,7% |
| Países en vías de desarrollo | 3,1% |
| América Latina | 1,2% |
| África | 2,0% |
| Asia Meridional y Pacífica | 6,0% |
| República Popular China | 9,0% |

Este crecimiento, con la excepción de la región del Asia pacífica, es menos de la mitad del crecimiento que experimentó el mundo entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el fin de la Guerra Norteamericana en Indochina.

Entre el conjunto de países y grupos, nuestra región latinoamericana ocupó el último puesto, y, en el conjunto mundial solamente el dinamismo asiático pacífico sería el responsable de evitar resultados más negativos.

El crecimiento de la economía mundial entre 1991 y 1995 ha estado por debajo del crecimiento de la población, con el resultado de un descenso absoluto en el ingreso per cápita mundial, en 1991, 1992 y 1993 (véase cuadro 10).

CUADRO 10

Mundo: crecimiento del PMB y de la población

| AÑO | PMB | Población (crecimiento % promedio anual 1985-1994) |
|------|-----|--|
| 1991 | 0.4 | 1.7 |
| 1992 | 0.7 | 1.7 |
| 1993 | 1.0 | 1.7 |
| 1994 | 2.6 | 1.7 |
| 1995 | 2.7 | (Est.) 1.7 |

La caída y desmembramiento de la URSS fue en gran medida responsable de este profundo ciclo depresivo que no tenía lugar desde la Segunda Guerra Mundial, pues la economía soviética fue desplomada, aplastada y hundida, cayendo casi dos tercios (más del 60 por ciento) entre 1991 y 1995.

La economía norteamericana no creció en 1991, y más bien se redujo en un -0.6%, pero creció más vigorosamente después, como efecto de la derrota soviética y por la renovación del control militar sobre las fuentes energéticas mundiales, ya no solamente en las regiones petroleras principales (incluyendo a México y a Venezuela entre los más importantes países), sino eventualmente también del petróleo de la antigua URSS, aspecto, a su vez, de un proceso más epocal, consistente en un nuevo reparto del mundo, al «incorporar» nuevas regiones y sectores económicos (URSS como ejemplo de región; los bienes y servicios nacionales, nacionalizados y/o públicos de América Latina, como ejemplo de sector económico).

A nivel global se viene dando una redistribución regresiva de la riqueza, que tiende a acumularse en el Norte. Según Estay Reyno,

«Lo que se debe subrayar es el desnudo contraste entre la tambaleante recuperación de las economías industriales que empezara a mediados de los años 80, y el dramático desplome de las economías latinoamericanas (...) Desde esta perspectiva, los años 80 fueron el ejemplo más claro de cómo opera la Nueva Economía Mundial, en la que regiones enteras del planeta fueron excluidas de participar en la dinámica del sistema» (Estay Reyno 1995, p.319).

En la historia del capitalismo, existe una estrecha relación entre los períodos en torno a la guerra y el predominio del sector financiero en la economía. Y durante todo el período en análisis (entre 1970 y 1995), USA repetidamente viene utilizando su hegemonismo en las instituciones políticas, financieras y militares internacionales -incluyendo la ONU. El predominio del sector financiero en la economía internacional tiende a surgir en torno a carreras armamen-

tistas, posturas de negociación desde posiciones de fuerza, o confrontaciones militares. Precisamente, más abajo veremos cómo han aumentado las confrontaciones militares en estos años ochenta y noventa, signo también de la crisis mundial. Como los resultados obtenidos en la fase Kondratief B, principalmente en los sectores primario y secundario, no son suficientes para posibilitar un hegemonismo sistémico, USA moviliza sus alianzas militares y su superioridad militar absoluta sistémica, para buscar reposicionarse estratégicamente sobre todo el planeta. Este reposicionamiento incluye la reintegración de los circuitos financieros a escala globalizada, es decir, en un sistema mundial en el que se pueden hacer, en principio, todo tipo de transacciones de forma acelerada, electrónicamente.

El mantenimiento del sistema internacional le resulta demasiado pesado a USA. Ciertamente, la ausencia del rival soviético le permite a USA poder dedicar más atención a la emergente confrontación con una Europa, que tiende a querer apresurar su integración política y económica, así como a renovar su presencia internacional. Pero, al mismo tiempo, USA tiene, y tendrá, que mantenerse ocupado, controlando las fuentes de petróleo, mientras que en el Asia del Pacífico se le generan crecientes tensiones, conforme tiende a organizarse otro gran «polo mundial», centrado en el eje entre Tokio y Pekín. Finalmente, en el hemisferio occidental el reimpuesto hegemonismo no rinde los resultados esperados, en tanto las contribuciones latinoamericanas se fundamentan en una economía de saco.

USA busca readecuar y emplear el conjunto de regímenes internacionales instrumentados a partir de la Segunda Guerra Mundial, para asegurar y prolongar su posición hegemónica. Esto ha sido característico desde las administraciones Reagan y ha posibilitado períodos de crecimiento y penetración de mercados «nuevos», especialmente en los

antiguos Tercer y Segundo Mundo. Durante los últimos dos años de la administración Bush estos mecanismos financieros «globales» fueron ampliamente utilizados, lo cual no impidió que Clinton ganase la Casa Blanca y que, durante el primer año de su mandato se elevara aún más el PIB de USA. Mientras tanto, las economías japonesa y europea cayeron a saldos negativos en 1993 y después Japón ha permanecido muy deprimido (la depresión más importante desde la Segunda Guerra Mundial), pero el aceleramiento de la integración le permite a Europa emerger y aprovecharse de los nuevos canales que tiene que abrir USA en el régimen económico internacional, para renovar su ya de por sí mayor presencia comercial internacional, e incursionar financieramente también, incluso en nuestra región latinoamericana, donde había estado perdiendo terreno comercial durante los años 80, y donde ha apuntalado esfuerzos regionales para apalancarse, en primer lugar mediante el Pacto de Lomé, pero también «integrándose» con Mercosur y propiciando la restauración del Mercado Común Centroamericano, ahora bajo el marco del Sistema de Integración Centroamericana (SICA).

El centralismo financiero norteamericano por supuesto que es relativo, pero afecta (castiga) fuertemente los ahora dominantes bancos japoneses, de la misma forma, *mutatis mutandis*, que el régimen financiero internacional articulado desde Londres castigaba a dos retadores por la hegemonía, la bolsa de New York y una Europa unida por Hitler, en los años 30. De forma similar, así como esa crisis capitalista de los años 30 le permitió a la URSS estalinista crecer aceleradamente y desarrollar su economía hasta el punto de poder superar el embate hitleriano, también en este período más reciente la República Popular China viene teniendo un fuerte crecimiento económico, duplicando su economía en solamente diez años (es decir, creciendo un 100%) entre 1981 y 1990, y creciendo sobre esto otro 52.4% entre 1991 y 1995.

El extraño maridaje entre socialismo de estado y neoconfucianismo adoptado en el partido comunista chino le ha permitido oponer importantes resistencias, ante las penetraciones y desestabilizaciones inducidas desde los centros políticos y financieros del capitalismo global.

Contrario sensu, el neoliberalismo adoptado por las élites latinoamericanas y por ellas esparcido al conjunto de la sociedad, facilita la penetración y la desestabilización inducidas desde esos mismos centros externos. Las élites latinoamericanas han asumido gozosamente, y con fervor de usureros asaltabancos, las tareas del neoliberalismo, pues ello permite que un conjunto de sectores de capital, excluya a amplios sectores populares organizados, se apropie de sus haberes (privatización de pensiones públicas por ejemplo), así como de los bienes nacionales en manos del estado.

«Respecto al desarrollo y profundidad de la crisis, no ha sido la crisis en sí misma, sino las estrategias que han sido utilizadas, las que han determinado la dis-

2 En estos momentos hay un reflujo internacional del hegemonismo norteamericano y de NATO, no solamente por las dificultades para al menos controlar la situación militar en los Balcanes y el Cercano Oriente, y no solamente porque la RPCh -que no está ocupada militarmente por USA como lo están Japón, Corea del Sur y Taiwan, así como la misma UE- empieza a reafirmar su presencia estratégico-militar en el ámbito inmediato (territorios adyacentes y/o perdidos ante el imperialismo europeo y norteamericano), sino también porque en Rusia y otras ex-repúblicas de la URSS hay fuertes movimientos para recuperar la nación misma. La situación comparativa entre la antigua URSS y la RPCh no podría ser mas contrastante. En la medida que no solamente se le quitaron a Rusia los territorios adquiridos por la URSS, sino también muchas de aquellas regiones históricas que la monarquía moscovita conquistó entre los siglos XVI y XIX, es posible pensar que las condiciones impuestas a este país resulten similares, *ceteris paribus*, a aquellas funestas de Versalles sobre la Alemania weimariana. En este sentido no se ha seguido la regla de la teoría del equilibrio internacional del poder, según la cual un actor internacional importante debe mantener una posición internacional correspondientemente importante. El desmembramiento de la URSS imposibilita a los llamados «estados sucesores» mantener esa posición. De lo cual se sigue inestabilidad, al menos regionalmente, pero con graves consecuencias para el sistema internacional.

tribución de los costos de la devastación»(Estay Reyno 1995, p.320).

Ya discutimos antes que, el manejo de la deuda externa latinoamericana, por parte de sus acreedores, ha constituido el arma fundamental por la que se puso de rodillas a las burguesías nacionalistas latinoamericanas, y por la que se ha atacado con extrema violencia institucional, económica y social, a los sectores mayoritarios de la población (incluyendo nuevas formas de «exclusión social y económica» por medio, paradójicamente, de procesos de «democratización»). Es también mediante mecanismos financieros que el capitalismo neoliberal latinoamericana logra su mayor «integración globalizada» -el sector financiero, recordémos a menudo, es el locus propio de toda internacionalización del capital, incluyendo la presente «globalización».

En América Latina desde la contrarrevolución suscitada por el triunfo castrista en Cuba, la situación es una especie de variantes sobre neofascismo, que tienen altibajos o ciclos de benevolencia («democracia») y brutalidad («dictadura») políticas. A partir del hegemonismo neoliberal, esas variantes se transforman y concentran en una guerra económica interna contra los sectores constitutivos del mercado nacional como mercado de un estado nacional, incluyendo industriales, medianos y pequeños empresarios de todo tipo, instituciones públicas tanto nacionales como locales, obreros, técnicos y profesionales.

Los pueblos latinoamericanos se sienten *morituri* («los que van a morir» en el circo romano), en medio del terror de la violencia que crece y crece nuevamente, ahora sobre todo en forma de violencia social y psicosocial. Las estructuras sociales que pueden soportar y articular altas gradaciones de violencia, tienden necesariamente a poseer diferentes formas de rigidez, intolerancia y, particularmente el

trío sociomórbico generado por el neoconservadurismo («neoliberalismo»): terror, abuso y humillación. Se trata de la dictadura de los superricos a costa de haberse apropiado el tesoro nacional acumulado durante los aproximadamente cincuenta años de lucha nacionalista, signada por la resistencia al imperialismo y a las oligarquías a él asociadas. Se trata de las intervenciones militares (Grenada, Panamá, Nicaragua, El Salvador, Honduras) y los bloqueos impunes de USA, o el apoyo a potencias europeas contra repúblicas latinoamericanas (Inglaterra contra Argentina); mientras que las burguesías latinoamericanas neoliberales se estructuran en forma de narcorepúblicas, de repúblicas neo bananeras o neo oligárquicas, o bien del neo porfiriato en ese México ejemplar (en sentido Kuhniano) y pavoroso.

Por su cada vez más estrecha asimilación por parte de USA, la economía latinoamericana entra en sobresaltos violentos, característicos de la burbuja financiera que desciende sobre ella, cuando llegan entre 1990 y 1993 176.4 miles de millones de dólares, sobre todo capitales financieros especulativos (llamados «golondrinas» -fondos sociales incluidos- por su tendencia a la emigración casi permanente), provenientes del auge en los mercados, en especial la bolsa de New York, y generado por los triunfos sobre la URSS y Saddam Hussein.

Es este capital extranjero el que dinamiza el mercado regional y posibilita observar tasas positivas de crecimiento del PIB regional en esos mismos años. Las inversiones directas fueron minoritarias (un 26.4%), pues el resto ha estado centrado en inversiones financieras de corto plazo (82% en Chile, 78.1% en Brasil, 78% en México) y por tanto sumamente volátiles. Como resultado,

«La prioridad dada a los objetivos monetarios y financieros (de las políticas económicas; S-B) redujo el

potencial de recuperación del ajuste macroeconómico y aumentó la vulnerabilidad externa de las economías de la región» (Vilas 1994, p.266-267).

La economía latinoamericana crece un 12.5% entre 1991 y 1993, mientras que la población habría crecido aproximadamente un 6%, lo cual haría que el ingreso per cápita hubiese subido. Sin embargo, para 1994 y 1995 las economías mexicana y argentina en particular, sufren problemas financieros y la población de la región crece más que la economía, la cual no alcanza el 2%. Tomando en cuenta la creciente distribución regresiva del ingreso en la región, durante toda la década la situación de los sectores populares, medios y de capital nacional, viene sufriendo fuertemente.

Es decir, la pompa jabonosa financiera probó ser frágil, y estalló en México. De allí se extendió vía computadora al sistema mundial, golpeando con energía al otro centro latinoamericano de mayor «inversión» internacional, Argentina. Al igual que en la URSS, es posible trazar mucho metano en el gas que contenía esa pompa financiera salinista menemista. La corrupción y la mafiización de la política, que adquieren proporciones mundiales como arma central contra el sistema soviético, provocan una nueva crisis de pagos y política en torno a las elecciones en México, y ya bajo el gobierno de Zedillo, Salinas huye a refugiarse entre sus amigos de Wall Street y traficantes de dólares y drogas. (En el sueño salinista de un solo mundo los mexicanos, precisamente durante la gloriosísima administración salinista, gracias al neoliberalismo habrían llegado a formar parte del primer mundo, integrando un bloque económico, pero también -eso hacía creer la ideología neoliberal salinista- alcanzando la meta soñada de ser cuasi-constitutivos («socios» en lo ideológico, lo social, lo político, lo militar, lo histórico, lo humanico: el globalismo de una nueva aurora para la humanidad, con USA y Canadá...).

Pero fueron los indígenas chiapanecos, quienes como vengadores Hunahpú e Ixbalanque reempezaron la interminable expulsión de los explotadores extranjeros y los usurpadores nacionales. El mayor signo de crisis en el neoliberalismo mexicano y latinoamericano, sin duda fue la rebelión del Frente Zapatista, que provocó huida en estampida del capital financiero golondrínico, hipersensible a la inestabilidad política y militar, pero que ronda siempre donde hayan altas tasas de interés y por tanto predominio del capital financiero, el cual precipita en el salinato inestabilidad, corrupción, «desdemocratización» y militarización, saqueo de la hacienda pública, neronismo (grupo dirigente en situación de crisis que excluye a sectores disidentes violentamente, por ejemplo utilizando el asesinato político), empobrecimiento por exclusión social y represión económica de mucho más de la mitad de la población en el país, que no vive en condiciones humanas mínimas.

La situación en ese paradigmático modelo mexicano, después de casi quince años de «experimento neoliberal» es una catástrofe para la inmensa mayoría de la población, e incluso las variables macroeconómicas, tan importantes para los neoliberales, muestran a partir de 1994 tendencias sumamente negativas. Así, el producto nacional bruto (PNB) mexicano decreció un 6.9% en 1995; mientras que el PNB per cápita descendió 10% en el mismo período, y bajó otro 3% adicional durante el primer trimestre de 1996. Durante el segundo trimestre de 1996 la administración zedillista ha lanzado las campanas al aire, porque la economía se estima que «solamente» disminuirá otro 1% adicional sobre los niveles del trimestre anterior (Cf.F.Gazcon, 1996). La caída del PNB industrial fue de un 8%, y la inversión pública descendió un 19%, ambos durante 1995 (J.Saxe Fernández 1996). Por su parte, la redacción del diario *Excelsior* reporta, en su edición del martes 9 de abril de 1996, que la economía mexicana podría crecer entre un 2 y un 2.5%, pero durante 1996 «seguirá en recesión», se crearán solamente 650.000

empleos, mientras que los planes oficiales preveían generar 850.000, cifras ambas que contrastan en el crecimiento de la población en edad de incorporarse a la fuerza de trabajo, que aumenta en aproximadamente un millón de personas anuales, y con los dos millones de desempleados creados por el colapso del 94-96. El mismo diario reporta que el Centro de Estudios Económicos del Sector Privado anticipa una inflación anual acumulada del 38.5% para 1996 (Excelsior 1996).

Por otra parte, prácticamente durante toda la posguerra y hasta la fecha, el llamado «Primer Mundo» (integrado por dos círculos de países, uno más amplio agrupado en torno a la OCDE, otro más elitista articulado en el llamado Grupo de los Siete -G7), ha venido incrementado su parte en el producto mundial bruto (PMB), y ha concentrado los instrumentos científicos y tecnológicos que permiten tener ventajas competitivas internacionalmente. Así por ejemplo, si en 1960 el ingreso promedio por persona del «Norte» era treinta veces el equivalente al de una persona del «Sur», ya para 1990 esa proporción se había duplicado, y era de sesenta veces. Además, se ha dado una concentración universal acelerada de la riqueza: para 1990 el 20% más rico de la población mundial recibía un 82.7% del PMB, y efectuaba el 81.2% del total del comercio mundial. (PNUD (1992) y también The South Commission (1990).

El PIB per cápita en América Latina permanece estancado desde el inicio de la crisis neoliberal. Tomando como base el año 1980 (=100), el PIB por habitante en la región latinoamericana muestra índices de 95,3 en 1987, 91,8 en 1990, y 98,2 en 1994. (CEPAL 1995, Cuadro I-1 p. 14). El neoliberalismo ha tenido éxito en mantener constante y en ir deprimiendo la parte correspondiente a los salarios en la economía nacional e, inversamente, en ir aumentando la parte que va para el sector del capital.

Tomando como base 1990=100, encontramos que en todos los casos excepto Colombia, los salarios de 1990 fueron inferiores en términos reales a los de 1980: más de cuatro veces en los casos de Argentina y Perú, dos veces y media en el caso mexicano, casi dos veces en lo que toca a Venezuela, y casi un 40% inferiores en Brasil. Para 1994 los salarios en Perú habían caído casi un 40% adicional sobre sus índices deprimidos de 1990, y en México más de un 10% sobre 1990. Con la excepción de Chile (10% de crecimiento total del salario durante casi década y media), los salarios todavía no alcanzan los niveles de 1980 (Vease cuadro 1).

Y, dentro del capital, el neoliberalismo ha premiado, no la inversión productiva en agricultura o industria, sino la inversión «más rentable» en servicios y, entre éstos, en el sector financiero que pasa a dominar ampliamente la economía. La mejor muestra del dominio de este sector financiero es simplemente considerar que economías de altas tasas inflacionarias y de intereses son paraísos financieros:

«Desde comienzos del decenio de 1990 se viene desarrollando un proceso de amplia liberalización del sistema financiero y apertura del mercado de capitales en países que, durante la década anterior, se habían mantenido al margen de estas transformaciones. Tal evolución se dio a la par con una fuerte afluencia de capitales externos... Las medidas adoptadas se relacionaron con la desreglamentación del mercado de capitales y del crédito bancario, la liberalización de las tasas de interés y del mercado de cambios, y la eliminación de trabas a la inversión extranjera. En países como Argentina, México y Perú se implementó este conjunto de medidas prácticamente en su totalidad»(CEPAL 1995, p.49).

Si a esos paraísos se les agregan elementos fiscales de protección y estímulo, entonces realmente las élites domi-

nantes mundiales y latinoamericanas han tenido últimamente una época dorada, jaujesca, muy especialmente los grupos y sectores financieros.

Las altas tasas de interés, que tanto sirven para atraer el anhelado capital extranjero, sirven también para mantener alta la inflación y, correspondientemente, inducir mayor depreciación de los salarios y la moneda nacional -lo cual hace más rentables las monedas extranjeras más fuertes, y por tanto coadyuva aun más a atraer inversiones financieras extranjeras. Igualmente, las altas tasas de inflación constituyen el arma primaria y favorita, para «castigar» a gobiernos y tendencias políticas que no siguen la normativa neoliberal. En los 90s, tal fue el caso de Brasil. La inflación en la región, consecuentemente, permanece excesivamente elevada (Véase cuadro 11). (CEPAL 1995, Cuadro I-1 p. 14).

CUADRO 11

América Latina, inflación, PIB, y deuda externa

| Años | Tasa de inflación | PIB por habitante (1980=100) | Deuda externa total desembolsada (miles de millones US\$) |
|------|-------------------|---------------------------------|---|
| 1887 | 209.2 | 95.3 | 427.7 |
| 1988 | 776.8 | 94.2 | 419.7 |
| 1989 | 1212.5 | 93.2 | 424.9 |
| 1990 | 1191.3 | 91.8 | 442.7 |
| 1991 | 199.7 | 93.3 | 457.5 |
| 1992 | 418.9 | 94.4 | 474.8 |
| 1993 | 887.6 | 95.6 | 506.7 |
| 1994 | 342.4 | 98.2 | 533.3 |

(CEPAL 1995, Cuadro I-1 p. 14)

Según la misma CEPAL, «el control de la inflación si-

guió constituyendo el principal objetivo de la mayoría de las políticas macroeconómicas llevadas a cabo por los países de A.L. y el Caribe...» (CEPAL 1995, p. 23). El endeudamiento externo creciente, por su parte, acentuó el control foráneo de las economías latinoamericanas, más precisamente en los aspectos políticos y económicos.

El resultado general del globalismo democrático neoliberal en Latinoamérica está signado por el empobrecimiento al menos de la mitad de la población. Por ejemplo, de los treinta millones de habitantes Centroamericanos, veinte y medio millones viven en la pobreza, y catorce millones de estos en la pobreza extrema. En Guatemala, de los 9.2 millones de habitantes 7 viven en la pobreza y más de 5 en la pobreza extrema (Barquero 1996) (Véase el cuadro 6). El sufrimiento humano es exacerbado por las orientaciones políticas, económicas e ideológicas del globalismo democrático neoliberal.

Sobre la dimensión militar el comentario será muy breve. Solamente pasamos a indicar dos cosas. La mayor inestabilidad estratégica que se ha generado por la descomposición de la URSS y el consecuente incremento en el número de potencias nucleares, por una parte, y el hecho que, en términos generales, el período reciente se caracteriza por un recrudecimiento de los conflictos en todo el planeta, como se puede apreciar en el siguiente cuadro 12.

Es decir, que desde 1980 cada año han muerto al menos un millón de personas como resultado de guerras. Los costos sociales adicionales de la implantación del globalismo democrático, de la redistribución neoliberal regresiva de la riqueza y el poder, en condiciones de peligro ontológico, son muchísimo más amplios que aquellos de las dos grandes guerra mundiales del siglo XX.

CUADRO 12

Mundo: conflictos después de la Segunda Guerra Mundial

| Año | Guerras con más de mil muertos | Guerras con más de cien mil muertos |
|------|--------------------------------|-------------------------------------|
| 1950 | 11 | 6 |
| 1955 | 10 | 4 |
| 1960 | 12 | 7 |
| 1965 | 17 | 10 |
| 1970 | 17 | 8 |
| 1975 | 20 | 8 |
| 1980 | 26 | 7 |
| 1982 | 30 | 10 |
| 1984 | 34 | 11 |
| 1986 | 33 | 10 |
| 1988 | 31 | 11 |
| 1990 | 33 | 8 |
| 1992 | 32 | 9 |
| 1994 | 34 | 7 |

Fuente: BROWN et al (1995) p.109.

I.2. Los nuevos peligros ontológicos:

A finales del segundo milenio cristiano la humanidad enfrenta la posibilidad real, y humanamente generada, de encontrarse en el proceso terminal de la especie. Es importante justificar esta conceptualización de nuestra condición histórica, como punto de partida para la consideración del globalismo democrático neoliberal como problema. Es decir, asumimos como premisa mayor y determinante lo que se sigue de los dos «peligros ontológicos» que constituyen nuestra temporalidad.

En un primer sentido, nos referimos a la situación ac-

tual de un entorno ideológico apocalíptico. Esto, no solamente porque la ideología cristiana y «europeo-occidental» es (o pretende reafirmarse como) hegemónica en el planeta, sino porque, a diferencia del año 1.000 en la Europa medieval, ahora la cristianidad y la humanidad disponen de los medios para hacer real un apocalipsis (termonuclear y/o ecosocial). La expansión mundial de la civilización «europeo-occidental» ha conducido contemporáneamente a desatar la mayor violencia conocida en el sistema internacional mundial construido, desde el Renacimiento, por esa misma civilización europeo-occidental (guerras mundiales I y II y grandes guerras regionales -Sudeste Asiático, Medio y Cercano Oriente, además de las catástrofes civilizacionales y nacionales inducidas por la relación con esa civilización europeo-occidental -en México en el siglo XVI o en América Latina y en África durante esta última cuarta parte del XX, por ejemplo).

La práctica *in extremis* de la violencia militar y de la violencia económica, como formas fundamentales para el desarrollo y la expansión del capitalismo y la democracia, ha venido a cristalizarse precisamente en los dos grandes peligros ontológicos, el termonuclear y el ecosocial, respectivamente. Se trata, por primera vez en la historia, de peligros ontológicos *man made*. Por «peligro» entendemos algo que efectivamente tiene la capacidad y la tendencia a amenazar la existencia de determinado ente, en estos dos casos para poner en jaque mate la continuidad de nuestra especie y la misma organización de la naturaleza en su forma cuaternaria (Véase E.Saxe Fernández 1994; 1995a; 1995b; 1995c).

I.2.a El peligro ontológico termonuclear:

Cada uno de estos peligros ontológicos tiene rasgos específicos. El peligro termonuclear consiste en disponer de la capacidad para destruir, aproximadamente, unas qui-

nientas veces a cada ser humano vivo en el planeta. Es un peligro ontológico metafísico porque es invisible e invisibilizado. Es invisible porque no tiene lugar, ni ha tenido lugar, una guerra general (mundial) termonuclear. Sin embargo, en alguna parte de nuestra mente, a veces hasta conscientemente (!), sabemos que ahí están las armas termonucleares que con gran eficacia pueden generar la nada humana absoluta. Es un peligro invisibilizado porque, según indica Gunther Anders (quien originalmente desarrollara la teoría),

«...hoy en día la mentira ya no necesita asumir el traje de las aseercciones... En vez de aparecer en forma de falsas aseercciones, las mentiras aparecen en forma de palabras individuales y desnudas que, aunque parece que no dicen nada, secretamente contienen su engañoso predicado. Ejemplo: puesto que el término «arma atómica» nos hace creer que lo que designa debería ser clasificado como arma, ese término es una aseercción, y en cuanto tal una mentira. En vez de aparecer en forma de falsas aseercciones, las mentiras aparecen en forma de una realidad falsificada» (Tesis 21) (p.103).

La invisibilización se completa, continúa Anders, porque el peligro termonuclear resulta «supraliminal» y escapa a la percepción, el razonamiento y el juicio, por las dificultades que tenemos para procesarlo en nuestro cerebro:

«No solamente la imaginación ha dejado de estar al lado de la producción, sino que también el sentimiento ha dejado de estar a la par de la responsabilidad. Todavía podría ser posible imaginar o arrepentirse por el asesinato de un semejante, o aun de compartir la responsabilidad por ello. Pero figurarse la eliminación de cien mil semejantes definitivamente sobrepasa nuestro poder imaginativo. Entre más grande sea el

efecto posible de nuestras acciones, tanto menos capaces somos de representárnoslo, de arrepentirnos o de sentir responsabilidad por él. Entre más ancho es el abismo, tanto más débil es el mecanismo de frenaje. Eliminar cien mil personas apretando un botón es algo incomparablemente más fácil que destazar a un individuo. Lo «subliminal», el estímulo demasiado pequeño como para generar una reacción, ya ha sido reconocido por la psicología. Más significativo, sin embargo, aunque no haya sido visto ni mucho menos analizado, es lo «supraliminal», el estímulo demasiado grande como para generar una reacción, o para activar algún mecanismo de frenaje» (Tesis 11) (p.94).

Hay algunos cambios relevantes desde que en 1959 Anders formulara en estos (y otros adicionales) términos, el peligro ontológico termonuclear. Aquí conviene entonces acotar tres cosas nuevas, de forma provisional y parcial.

Primero, que la generalización de la violencia psicosocial y política, característica de las últimas dos décadas del milenio, hace que ya no sea tan difícil imaginar la muerte de cien mil personas. Después de todo, la estética que aprendemos en el centro televisivo de la cultura, de forma totalizante y abrumadora nos orienta a desear más y más violencia, pues la cultura occidental se mantiene mediante un ritual donde el morbo es eros ultracosificado e hipersexualizado. Por otra parte, las oleadas apocalípticas milenaristas cristianas, propician que se torne familiar la idea de la nada real absoluta como telos.

Segundo, también continúa la tendencia señalada por Anders, por la que se institucionaliza la mentira absoluta. Con el fin de la Guerra Fría hay un neouniversalismo, norteamericano en particular y de los países (clases sociales y grupos) del «Norte» (los ricos), en general, muy bien representado por el ahistoricismo neogipciaco fukuyamesco,

según el cual el capitalismo y la democracia globales (el globalismo democrático), estarían con la humanidad *per omnia saecula saeculorum*.

En tercer y último lugar, el peligro termonuclear tiene ahora una presencia más oculta, porque desapareció nada menos que el «imperio del mal» soviético: si el peligro de guerra siempre habría procedido de los malévolos diseños moscovitas, entonces se sigue que la posibilidad de guerra termonuclear habría muerto cuando los comunistas fueron expulsados del nuevo mundo. Con el fin de la Guerra Fría, la ideología del globalismo democrático (en su versión bushiana de «One World Order») nos quiere hacer creer que el peligro termonuclear desapareció. Pero, nos previene un analista,

«Aunque Washington y Moscú aparentemente han alcanzado acuerdos para limitar el número de armas desplegadas, una evaluación reciente de parte del Senado de USA genera preocupación, en tanto subraya el hecho que la infraestructura nuclear se encuentra en un entorno político desestabilizado e incierto, en el que las posibilidades de accidentes o de uso no autorizado de estas armas se ha incrementado grandemente (...) Estas advertencias contrastan con la típica campaña retórica, según la cual los pasos dados por el Presidente Bush han «solucionado» el problema nuclear y por tanto el público puede estar tranquilo» (J.Saxe Fernández 1994a, p.218) (Véanse también los artículos publicados en el *Bulletin of Atomic Scientists* a propósito del «New World Order», 1991).

I.2.b. El peligro ontológico ecosocial.

Por su parte, el otro peligro ontológico, el peligro ecosocial, al contrario del peligro termonuclear nos abruma en

la concreta cotidianeidad de su inmediatez (aún) natural³. Como para quien tiene el vicio del tabaco y no lo puede superar, respecto al ambiente y la sociedad, todo lo que hacemos y somos se encuentra afectado por el terror de sentir cómo contribuimos individual, grupal y socialmente, instante a instante y día a día, a la destrucción de la naturaleza y de la sociedad humana -un tercio de las etnias humanas tiende a desaparecer en los próximos cuarenta años, en parte por la destrucción de sus hábitats históricos.

El grupo de países ricos del Norte, organizado en tres centros económicos o mercados (UE, USA y el incipiente amalgamamiento asiático) domina ampliamente en el (hoy crucial) conocimiento científico-tecnológico, en el comercio y en las finanzas internacionales y, por estos medios, subordina y condiciona el desarrollo y la política del resto del planeta.

Al mismo tiempo, ese grupo de privilegio representa, como vimos, aproximadamente una quinta parte de la humanidad, pero utiliza más de cuatro quintas partes de los

3 Si la formulación del peligro termonuclear le corresponde a Anders, es cierto que consideraciones aproximadas han sido planteadas por muchos, no solamente para la noción de peligro termonuclear sino igualmente para la correspondiente al peligro ecosocial. Y si en otros trabajos hemos desarrollado la noción de «peligro ontológico ecosocial», y hemos insistido en la consideración de estos dos aspectos como base para el análisis teórico tanto como para la discusión de situación y de coyuntura (Cf. bibliografía), también es cierto que aproximaciones de este tipo han sido hechas por muchas personas, como parte de un pensamiento colectivo contemporáneo, por ejemplo incluso por un realista tan connotado como John Herz. En un artículo de homenaje a Hans Morgenthau, con ocasión de la muerte de este *founding father* de la teoría política internacional norteamericana de posguerra, dice que:

«Vivimos en una era donde amenazas a la sobrevivencia de todos/as nosotros/as -superarmamento nuclear, la población adelantándose a la disponibilidad de alimentos y de recursos energéticos, la destrucción del habitat de la humanidad- nos afectan a todas las naciones y todos los pueblos, y por consecuencia deben afectar la práctica de la política exterior tanto como las opiniones sobre la seguridad o el interés nacional» (Herz 1981 p.194).

recursos mundiales, a saber la producción, el comercio y las finanzas, y el uso efectivo del conocimiento. Los instrumentos que se emplean para articular el uso de tales recursos siguen siendo político militares y político económicos, pero hemos pasado igualmente a habitar una «casa», un «ambiente» (*oikos*) nuevo, un mundo tecnológico *man made* -literalmente. Espacio que es igualmente apropiado por los sectores y países centrales, y mediante el que confían poder mantener y prolongar indefinidamente su posición dominante.

No se trata, por lo demás, de nada que no tenga sus antecedentes y sus raíces históricas. Sus propulsores, sin embargo, lo consideran precisamente la superación de la historia, en tanto época donde el entorno controlado por las civilizaciones estaba condicionado por factores «naturales». La diferencia con el pasado es que este nuevo esfuerzo de *globalizar*, tan propio históricamente de «Occidente», pasa a implicar un nivel de determinación del ser, consistente en la capacidad de manipulación tecnológica similar (no igual) a la «natural»

El empleo de las tecnologías del conocimiento y la información permite no solamente intervenir en la naturaleza sino reproducirla, particularmente en sus aspectos biológicos y psicológico-sociales. De aquí se sigue la considerable y nuevamente creciente distancia, entre los sistemas de seguridad social para los ricos y para los pobres, a escala general -es decir ya no limitada a los países fuera del Primer Mundo. Pero también de aquí se empiezan a seguir muchas posibilidades tecnológicas novedosas, y ya empiezan a desarrollarse las formas para prolongar las vidas de los poderosos y ricos, y para que su progenie llegue a ser genéticamente más resistente a enfermedades, más longeva, más inteligente y capaz, más bella y, en general, más feliz (*sic*).

Así como el peligro termonuclear es una crisis constitutiva ontológica de tipo metafísico por su abstracción -es la potencial actualización de la nada absoluta-, la crisis ecológica general tiende a ser universalmente reconocida por todas las personas⁴, pero su solución requiere acciones individuales y colectivas que se implantan siempre con retraso, e inconsistente e incompletamente, porque van a contrapelo de la lógica intrínseca a una salida capitalista de la crisis capitalista mundial. Las necesidades del lucro y el poder concentradísimos así lo imponen. El problema ecosocial es parte entonces del apocaliptismo cristiano generalizado, que en el Norte y entre los pudientes se manifiesta como «terror demográfico racista»: los millones y millones de hambrientos del «Sur», como nuevos bárbaros necesitan y quieren (Krasner, 1978) invadir y destruir las nuevas Romas informatizadas.

4 Las siguientes anotaciones sobre el cada vez más precario estado de la naturaleza ecuménica, son apenas un ejemplo de la conciencia universal del peligro ecosocial. En esta oportunidad nos referimos al reporte para 1995 del Worldwatch Institute (Brown et al 1995), sin que ello signifique ninguna adhesión a esta ONG de nuestra parte:

- a. «World consumption of grain exceeded production again in 1994, lowering world grain stocks for the second year in a row.» (p. 18)
- b. «If the rise in temperature that prevailed from the late 70's through 1990 resumes, the risk of weather-reduced harvest from severe heat and droughts will escalate.» «In some African countries, the incidence of the HIV virus is frighteningly high, and it is estimated that AIDS will eventually cut average life expectancy by some 25 years.» (Idem).
- c. «While smoking is declining in Western Industrial countries, it is increasing in most developing countries, including China.» (p.19)
- d. «As the nineties unfold, environmental issues are taking center stage. Governments that do not stabilize the populations of their countries before demands outrun the sustainable yield of local life-support systems run the risk of being overwhelmed by the consequences of their failures. Nowhere is this clearer than with ocean based food supplies (...) Land-based food sources are threatened by the loss of top soil.» (p. 20).
- e. «With the human demand for fresh water exceeding the sustainable yield of rivers and aquifers in more and more areas, water scarcity is becoming a national concern and a international issue.» (Idem).
- f. «Dealing with the consequences of failing to stabilize climate (...) seems certain to absorb a great deal of political time and energy in the decades ahead.» (Idem).

La perspectiva y el interés inmediatos de sobrevivencia y continuidad de las élites se sobreponen a todo otro interés y perspectiva, en un entorno en el que prevalece el pánico del «sálvese quien pueda⁵!». Que la vida política y económica se haya convertido en el coto de acción de ladrones asesinos organizados no tiene entonces nada de extraño. El neoliberalismo es implantado originalmente en el Chile de Pinochet, donde este modelo económico muestra gran compatibilidad con el autoritarismo genocida. Cuando la crisis de la deuda golpea los gobiernos burocrático autoritarios (militares) latinoamericanos, sin embargo, el neoliberalismo se envuelve en el manto de la democracia, en primer término para hacerlo más atractivo sobre todo a los pueblos aterrorizados por los gobiernos de seguridad nacional. Al mismo tiempo, en la región latinoamericana la cooptación de la democracia por el neoliberalismo ha servido como barrera para controlar la violencia generada por el modelo económico globalista neoliberal. Esto ha redundado en una disminución cualitativa de la democracia (incluso comparada con la democracia populista nacionalista), como veremos más adelante. Se ha evitado así, en gran medida y por lo menos hasta ahora, un estallido político generalizado en la región. Pero no se ha evitado el crecimiento galopante y fuera de toda proporción imaginable

5 Así es percibida, por ejemplo, la actitud y posición política del actual presidente mexicano, por ejemplo en declaraciones de Arnaldo Córdoba a Luis Muñoz de Proceso (1996): «Con la promesa de que la situación mejorará nos quiere dar atole con el dedo. Zedillo está decidido a gobernar solo, sin el apoyo de la sociedad. Y así será difícil que concluya los cuatro años que le quedan de mandato...El gobierno zedillista quiere superar la crisis actual con la idea de «sálvese el que pueda!» (p.5) La frase sobre el período de Zedillo tiene ese doble sentido tan propio de la sofisticadísima y engañosísima retórica política mexicana. Por una parte puede significar que Zedillo habrá de cambiar sus políticas, porque no podrá concluir su período con las que tiene ahora. Pero por otro lado también se implica que Zedillo no terminará su período, es decir, que México entrará en fase de la multiplicación regional de convulsiones político militares, en una forma «parecida» al proceso revolucionario que siguió al anterior ciclo de usurpación extranjera de los recursos nacionales y el ataque contra los sectores nacionalistas y populares, durante el porfiriato.

de la violencia social, incluyendo la corrupción, la llamada «narcopolítica» y, en fin, la «mafiización» de la política.

Ese aumento de la violencia social corresponde con el traslado de una serie de funciones institucionales, del ámbito público al ámbito privado, en tanto en el ámbito privado tienden a prevalecer relaciones no universales y más asimétricas, patrimoniales y patriarcales (relaciones de posesión psicosocial y económica: la mujer o hijos/as que «pertenecen» a determinado hombre; los trabajadores que venden su fuerza de trabajo y que para la ejecución del mismo deben acatar órdenes).

I.3. Globalismo democrático, crisis neoliberal y peligros ontológicos

Esta perversa lógica no es difícil de comprender. Por ejemplo, las políticas neoliberales implican reducir el cuerpo político mediante la «exclusión» (O'Donnell) de sectores populares. Esto se expresa en la capacidad y voluntad de los gobiernos neoliberales, para destruir las instituciones sociales y jurídicas por las que el estado redistribuía hacia los sectores medios y/o bajos, recursos obtenidos, bien en empresas estatales o bien por impuestos a las grandes empresas nacionales y/o extranjeras. Los sectores populares y nacionalistas luchan arduamente por mantener sus cuotas de participación política, pero muchas organizaciones políticas populares son destruidas por la alianza del estado y el nuevo (más reducido) bloque hegemónico neoliberal. (La reducción del número de actores (intereses) en el bloque hegemónico tanto como en el gobierno, es característica de momentos de transición hegemónica -por ascenso a un sistema o por descenso de un sistema-, y consecuentemente de crisis general). Se les excluye de las dimensiones sociales y económicas que se derivan de lo político, y su desarticulación les elimina cualquier presencia política efectiva. Esto garantizaría, por un lado el acceso de

los sectores de capital a recursos estatales y nacionales que se les entregan (privatización) y, por el otro lado a disponer de gran parte de los recursos que se utilizaban en servicios orientados a estos sectores populares y/o medios (salud, educación, vivienda, transporte, «canasta básica o popular», «subsidios» en general), para emplearlos en el pago de la deuda externa y en la capitalización de la banca privada.

(Por ejemplo, privatizando los fondos de pensiones de los trabajadores se ha financiado la banca privada en Chile, México, Costa Rica. Esta privatización, a su vez, significa una derrota estratégica para las organizaciones sindicales, gremiales, políticas, de los trabajadores, principalmente los trabajadores públicos -satanizados en medios de comunicación como *La Nación* en San José, donde se les tilda de «burócratas» y donde se asigna a este concepto connotaciones negativas).

Desde 1982 oficialmente, a corto plazo la implantación de sucesivas «rondas» u «ondas» de políticas neoliberales viene generando agudas recesiones con altísimas inflaciones, acompañadas de brutales restricciones en el gasto público social. El resultado es pobreza y un gran sufrimiento humano.

(Yuppies y technoyuppies siguen una ideología que se puede llamar cocainésca porque allí domina lo privado sobre lo público, el egoísmo sobre el servicio, y la disposición para recurrir a lo que sea necesario, incluyendo la máxima violencia posible, para obtener lo que se desea y necesita individualmente).

Esto redundará en unas finanzas «sanas» y en «estabilización» económica a corto plazo. Pero lo importante es que implica una gran inestabilidad social y política a largo plazo. Se sacrifican el bienestar y las opciones de vida humana de la inmensa mayoría de latinoamericanos/as, tanto de

las generaciones presentes como sobre todo de las generaciones futuras, los descendientes de las centenares de millones de víctimas «sociales» del neoliberalismo. Al nivel de la sociedad civil (Hegel) tienen lugar grandes, continuas pero heterogéneas y específicas, movilizaciones de protesta, de respuesta y de adaptación. El neoliberalismo tiene entonces como resultado, no solamente el crecimiento acelerado de las «economías paralelas», (en México en 1996, el número de agentes económicos involucrados en la economía informal es por primera vez superior al número de quienes se encuentran involucrados en la economía formal), sino también de «adaptaciones» para la supervivencia personal y grupal que tienden a convertirse en asociaciones criminales. Mafias políticas que son el ala exotérica, para utilizar terminología pitagórica, de esotéricas mafias económicas y particularmente financieras.

Es tan difícil imaginar una guerra termonuclear general, como representarse que las dos dimensiones sobre las que se asienta la vida individual, grupal, y social, a saber, la economía y la política, estén en manos de todopoderosos criminales asociados, ante los que estamos completamente indefensos. Pero la realidad de la Rusia yeltsiniana y, sobre todo, del salinato en México, confirman aterradoramente esta perspectiva sobre las características y el futuro de los sistemas político económicos, por no hablar de las convulsiones y tragedias que se siguen y se seguirán del poder de esta mafia neoliberal, para las personas, para los grupos y las sociedades, para la humanidad. Los únicos puntos históricos de comparación reciente son los horrores tipo nazifascistas o pinochetescos. La retórica de primermundismo y éxito en la política económica salinista contrasta tan absolutamente con la criminal práctica de ese presidente, como contrasta el «globalismo democrático» con la práctica de la «democracia» y de la «reestructuración económica para adaptarse al nuevo entorno global».

El sistema de valores que fundamenta una postura humana así es nihilista y escéptico. Es la amoralidad moralizante *in extremis*. En este sentido es similar a la postura ética imposible que se sigue de disponer de la capacidad para destruir termonuclearmente la sociedad humana.

En el caso latinoamericano, se trata del producto inevitable, directo e inmediato de la apropiación privada de los bienes públicos. También se trata del producto indirecto de esa apropiación; es decir, surge en importante medida del traslado de lo público a lo privado.

En el neoliberalismo como ideología política del globalismo democrático, hay un fuerte componente de violencia contra las instituciones y la institucionalidad públicas. Se cambian contra la voluntad popular aspectos jurídicos y constitucionales que impiden o restringen la privatización, lo privado. Surge el desprecio por lo público y lo nacional, y con él aparece también la tendencia a apoderarse de las relaciones sociales y/o bienes que hasta entonces eran patrimonio de todos/as, y esto hace que socialmente se desarrolle una mentalidad de desengaño y apatía respecto a la vida política.

(Lo cual tiene implicaciones negativas para una democracia efectiva, pero no para una democracia de tipo oligárquico, en la que siempre es necesario reducir el número de participantes y de actores en los procesos políticos).

Pero incluso cuando se cumple con todos los requisitos formales y constitucionales, hay un efecto desmoralizante a nivel social. Es porque, a pedazos, se desgarran el patrimonio (bienes) y el matrimonio (pacto o contrato social) públicos, al ser apropiados por algunos pocos. Esos que, por esa capacidad así como por ese acto, pasan a asumir («incorporar» «apropiarse») también (al menos parte de) el valor político que esos bienes han tenido, en tanto bienes públicos.

Los círculos políticos criminales neoliberales de América Latina, similarmente a sus contrapartes y «padrones» metropolitanos, tienden a tener fuertes bases políticas en los partidos de centro derecha y de derecha (neo y ultra conservadores) y en organizaciones fundamentalistas religiosas. Los grandes santos del neoliberalismo son Reagan, Thatcher y Wojtila.

No se puede dudar que han puesto en entredicho la posibilidad de sobrevivencia misma del conjunto social, nacional y regional. Y que el conjunto neoliberal general plantea lo propio a escala mundial.

Probablemente los neoliberales entienden esto, pero no pueden no acusar el efecto del peligro ontológico ecosocial a la hora de pensar y de decidir qué hacer. Más abajo nos referiremos a la reducción de la capacidad comprensiva que acompaña la situación de crisis mundial y regional. Por ahora baste indicar que los neoliberales, al llegar a este punto se ven abrumados por el problema de la congestión que padece la sociedad mundial, y deciden garantizarse el uso de los bienes disponibles. Barry Hughes nos explica la congestión de un bien en la política internacional como algo que,

«...caracteriza a un bien cuando el consumo de unidades de ese bien interfiere con la capacidad de terceros para obtener unidades de ese bien. Por ejemplo... (el) (c)onsumo de una ballena impedía el consumo de esa ballena por cualquier otro, pero todos tenían acceso a las ballenas. En ese momento, sin embargo, eran tan pocos los que poseían el equipo y la capacidad de cazar ballenas, que no había congestión. Actualmente, sin embargo, la matanza de ballenas limita su disponibilidad para otros» (Hughes 1991, p. 251).

El sentido de la conjunción de los peligros ecosocial y

termonuclear por una parte, con el hegemonismo neoliberal y el concurrente y consecuente globalismo democrático, por la otra parte, ha quedado perfectamente expresado en las metáforas empleadas por el sociobiólogo Garret Hardin (1968;1974). En un caso, se trata del uso de «los predios comunes» en la Inglaterra que se enfilaba al capitalismo, para poner a pastar ovejas. Los predios se ven sobrepoblados y agotados por estos animales, cuando más personas deben llevar a pastar sus reses allí, o cuando cada persona aumenta el número de reses que lleva a pastar⁶. Algo similar ocurriría a escala global con el uso de la naturaleza, el «predio común» ecuménico. La gran amenaza que perciben, tanto Hardin como en general las gentes ricas o del «Norte», es el crecimiento sostenido de la población pobre, de tez no blanca, o del «Sur».

La otra metáfora es más precisa en sus consecuencias éticas y políticas. En la primera imagen, el mundo es un barco trasatlántico que se hunde. Lamentablemente los botes salvavidas solamente tienen espacio para aproximadamente una quinta parte del conjunto de pasajeros y tripulación. En la siguiente imagen ya el trasatlántico se ha hundido. Una cierta proporción de los pasajeros y de los tripulantes ha perecido atrapada en, o arrastrada por, el buque. Pero muchas personas han quedado vivas. Aproximadamente una quinta parte del número total se ha podido ubicar en los botes salvavidas. Otras dos, tres (o teóricamente hasta cuatro) quintas partes de la población flotan en el océano, abandonadas a sus propios medios. La lectio ética indica que quienes se encuentren en los botes deben evitar que quienes están nadando en el agua suban a los botes y, eventualmente deben utilizar la fuerza para evitar tales abordajes. Esto es así porque los botes se hundirían y no sobreviviría nadie si más personas subieran a bordo.

6 Por supuesto, Hardin no entra luego a considerar la privatización de los terrenos comunales, la consiguiente deforestación y la proletarización del campesinado que emigraba a las ciudades, etc.

Dependiendo de si consideramos que el buque universal empieza a hacer agua, se está hundiendo o ya se ha hundido, así será nuestra posición y nuestra respuesta al peligro ontológico ecosocial definido de esa manera. También entra en consideración un aspecto central que Hardin no concibe con claridad, a saber, que son nuestros actos y nuestras escogencias los que podrían llevar a buen puerto, o que ponen en peligro, o condenan definitivamente, esta nueva nave Argos y sus consecuentes travesías o naufragios históricos.

Con las políticas neoliberales, los pobres, los excluidos, los marginados *morituri*, en su condición de crisis y desesperación, son violentamente atacados, humillados y/o forzados a asumir roles que niegan su misma humanidad, como condición de supervivencia («son perdonados»). Pasan a ser una subespecie, de la cual se procurará extraer lo más y mejor que se pueda, antes que desaparezca para siempre, sustituida por servomecanismos y por una nueva «humanidad» (los tataranietos de la generación nacida en la década de los 1990s), diseñada mediante ingenierías biogenéticas y bioinformáticas.

Nadie está a salvo, en principio, en un entorno de alto riesgo o terminal como el que subtienden los dos peligros ontológicos *man made*. También los ricos, el Norte, «los integrados» escogidos supuestamente por Dios, viven pánicamente, y como desafortunadas bacantes pierden su humanidad y desgarran la misma carne hermana. Son capaces de cualquier cosa para sobrevivir, para vivir en la abundancia. Obsesivamente luchan violentamente por dinero y poder personales, familiares, grupales, raciales. En tales condiciones y con esas disposiciones, los gobiernos y los sectores de capital afines, tienden a funcionar de forma similar a como lo hacía la dirección hitleriana cuando se desmoronaban las condiciones económicas y de organización social y política del Tercer Reich. O, para ser más precisos,

accionan y reaccionan como típicamente reaccionan los estados mayores, o las élites, al enfrentar situaciones de crisis terminales.

Holsti, Richard y George (1980), entre otros, han estudiado los procesos de toma de decisiones bajo condiciones de estrés y crisis. Los efectos se pueden dividir según se refieran a los individuos o a los grupos. En el caso de los individuos, notamos que el estrés aumenta el efecto que tiene la evaluación subjetiva, la tendencia a que predominen procesos cognitivos antes que lógicos, y la importancia que asumen rasgos de la personalidad individual. Se reduce el lapso de atención, aumenta la rigidez cognitiva, disminuyen las perspectivas temporales y la tolerancia por las ambigüedades, así como la receptividad a nuevas informaciones. Aumenta la tendencia a basarse en experiencias pasadas y en estereotipificaciones. A nivel grupal, por otro lado, altas dosis de estrés generan luchas entre facciones y la expulsión de ciertas personas (o sectores). Se produce un grupo menor pero más cohesionado, que tiene menos diversidad de puntos de vista y que no permite que aumente esa diversidad. Es un grupo en el que se dan grandes presiones para que todos los miembros «se conformen», y se produce lo que los estudiosos norteamericanos de la política conocen como *groupthink*. Según Irving Janis (1972), el *groupthink* consiste en la tendencia, por parte de los líderes, de rodearse de consejeros que siempre están de acuerdo con ellos (son los «yesmen»). Un liderazgo que enfrente constantes presiones para tomar decisiones tiende a reemplazar los disidentes por consejeros «que no generen problemas». En el grupo dirigente se produce una auto imagen moralista, se pierde la capacidad de tener empatía con las otras partes -particularmente con adversarios o competidores-, se genera una confianza excesiva, se toman medidas desesperadas e ilegales, se permiten y luego se ordenan abusos...

En este sentido, ¿qué decisiones podemos esperar en

condiciones donde hay dos nuevos peligros ontológicos que continúan aumentando? Cabría esperar decisiones que procuraran revertir el efecto de esos peligros, pero esto, como vimos, atenta contra la lógica de la acumulación y la concentración de la riqueza y el poder, tanto local como universalmente. En lugar de verdaderas respuestas, surgen entonces pseudo soluciones que más bien agravan esa condición de peligro ontológico.

Se trata de la aceptación acrítica y conformista del neoliberalismo y el globalismo democrático, que se convierten en una única alternativa pensable y posible. Como resultado de la situación de crisis, tanto como de esta orientación engañosa del pensamiento y el discurso, el globalismo democrático adquiere características mesiánicas y fundamentalistas, y se imponen frente a viento y marea decisiones que preservan, a corto plazo, los privilegios y la existencia parasitaria de las élites neo oligárquicas (cohesión de pequeños grupos). Los neoliberales tienen grandes dosis de voluntarismo e idealismo, puesto que no conciben que la realidad pueda (incluso eventualmente) funcionar según principios no liberales y, por otra parte, tampoco pueden concebir o aceptar que los principios liberales no funcionen maravillosamente en la realidad.

Surgen, paralelamente a las ideas del «fin de la historia», otras relativas a la ineficiencia e inconveniencia de la razón, con la consecuente valorización de lo irracional y el escepticismo. El temor ontológico que genera la situación actual conduce a muchas gentes a un religiosismo supersticioso y fundamentalista, o bien a un nihilismo hedonista. Es que, para muchos/as, el impacto de los peligros ontológicos es ya irreversible -lo es para miles de millones de personas que viven en sufrimiento, dolor, humillación y pobreza, y para decenas y centenares de millones de personas que mueren por causa de esos últimos peligros patriarcales. Y lo es también para miles de especies animales y vegetales que murieron y que están muriendo para siempre.

Este «efecto de demostración» catastrófico que tienen el neoliberalismo y el globalismo democrático, son la mejor guía para desarrollar el amor por la muerte. Y el amor por la muerte tiene como expresión comunicativa la mentira, el engaño, la falsedad.

En concordancia con el peligro termonuclear, para llevar a cabo el manejo del peligro ecosocial, quienes toman decisiones, o planean acciones, o impulsan ideas que promueven ese «globalismo democrático neoliberal», han hecho un arte total y abrumador del engaño. Es un mundo carrolesco⁷ donde estamos metidos en «una carrera donde nadie ganará, que empezó mañana y que ayer se acabará». Así, en la doctrina neoliberal las prácticas son lo contrario de lo que significa el vocablo que las nombra. Lo que indica Anders del lenguaje del peligro termonuclear sucede también con el lenguaje neoliberal. Esto se puede explicar porque el neoliberalismo es un aspecto (con gran repercusión en Latinoamérica) del globalismo democrático, en tanto ideología que expresa a quienes se benefician del colapso del II y III mundos y, por tanto, se trata de una ideología que se auto-define como «ideología triunfante de la Guerra Fría» y, por tanto (según la lógica de estas gentes) también como ya no ideológica. El globalismo democrático neoliberal es la (nueva) ideología del fin de las ideologías. Las instituciones globalistas democráticas, correlativamente, son formaciones para «administrar» las crisis exacerbadas por el mismo neoliberalismo.

Este núcleo ideológico engañoso de la no ideología ideológica dominante, se manifiesta por ejemplo en el esfuerzo por desacreditar, por reprimir o impedir (sobre todo cuando los individuos internalizan la incapacidad de pensar alternativas), cualquier pensamiento, idea o propuesta

7 Nos referimos a Lewis Carroll, autor de Alicia en el país de las maravillas.

que no corresponda con los marcos de referencia y las orientaciones del globalismo democrático y del neoliberalismo. En particular, se busca inculcar la disposición de creer que no es posible buscar alternativas.

A las diferentes prácticas y racionalizaciones que caracterizan estos actuales regímenes latinoamericanos, se les ponen los nombres más positivos y lindos posibles. Libertad y democracia son ejes permanentes de la retórica. A nombre de la libertad y de la democracia, las nuevas oligarquías re neo coloniales sacrifican la vida de los pueblos y la existencia misma de las naciones latinoamericanas. Y al igual que una bailarina distrae a un pobre diablo a quien se le va a cortar una mano para disfrute de la nobleza romana (en la clásica cinta cinematográfica de Fellini, *Satiricón*), los Collor y Fujimori y Salinas y Pérez y Menem y tantos otros, en grandes campañas orquestadas desde Madison Avenue fueron electos por aquéllos a quienes estos gobernantes acabaron de hundir en, o lanzaron a, la pobreza y la tragedia. A la retórica populista neoliberal siguieron los necesarios cambios de política, resultado de «un análisis más profundo de los problemas nacionales, el cual se pudo llevar a cabo recién cuando se asumió el poder...», las medidas temporales que se sabe que van a resultar impopulares pero que son necesarias para sanear las finanzas públicas y salvar a la patria..., salarios menores, menos presupuestos para salud, para educación, para vivienda; mayores tasas de interés, de devaluación de la moneda nacional y de inflación; salarios menores, menos garantías sociales, mayores precios, menos salarios..., en una espiral de males que no parece tener fin, o al menos esperanza de fin, a diferencia de la caja de Pandora⁸. Se trata de una democracia tipo «caja de ultra Pandora» (o Pandora de la desesperanza, o bien, utilizando el análisis feminista del patriarcalismo contemporáneo, se

8 Sobre Pandora, véase HESÍODO, *Teog.*, 571ss; *Trab y días*, 60ss; APOLODORO, *Bib.*, 1,7,2; *Etym. Mag.*, s.v. No compartimos el antifeminismo de este mito.

trataría más precisamente de una «Caja de Pandora». Más abajo nos referiremos un poco más a esta idea).

La distancia entre la realidad y la palabra se ha vuelto prácticamente absoluta. Durante esta crisis neoliberal y en el período del globalismo democrático, en Latinoamérica la democracia es más bien una nueva versión de la dominación oligárquica, y el globalismo un nuevo tipo de imperia-lismo colonialista.

Por eso la doctrina del globalismo democrático neoliberal tiene tintes mesiánicos, y aparece envuelta en halos de inevitabilidad, de infalibilidad incontestable, de irresistible irreversibilidad, con exclusividad explicativa y permanencia ilimitada: se nos prohíbe o inhibe, porque sería ocioso, pensar y propiciar otras salidas, diferentes políticas o programas. El globalismo democrático neoliberal vendría a ser lo único capaz de resolver los problemas; el globalismo democrático neoliberal es un pensamiento absolutista, tan absolutista como otros pretendidos órdenes mundiales post-históricos. Para neoliberales globalistas demócratas, llegados al tiempo y al espíritu absolutos es necesario que la fé y la voluntad de poder, no la razón, orienten nuestro pensamiento. Se trata de un nietszcheanismo religiosista a la vez que nihilista: al cristianismo fundamentalista carismático apocalíptico se le agrega orgánicamente el catecismo del globalismo democrático neoliberal. La ideologización tiene características que ya habían sido desarrolladas durante la Guerra Fría, pero ahora adquieren un carácter absoluto que no tenían entonces, por la desaparición de toda otra ideología alternativa u opuesta. Como en todo proceso de ideologización, sus proponentes desarrollan dos aspectos,

1. Por una parte buscan establecer un contexto ideológico que unifique y exprese las aspiraciones del grupo hegemónico, de los otros constituyentes de la coalición hegemónica y de la población en general, y

2. Por la otra parte, buscan hacer que esa ideología, «Mediante el control de la cultura y de la diseminación de la ideología (sirva;S-B) para promover una visión del mundo que adquiere apariencia de realidad para muchas audiencias, incluso cuando el apoyo a esa visión de mundo sirve los intereses de los pocos, más que lo que sirve los intereses de la mayoría» (Berman 1983, p.40).

En la lucha ideológica, junto a la promoción de la riqueza individual, en el globalismo democrático neoliberal propiciado por corporaciones transnacionales (CTNs) y por Fundaciones, sobresale el ataque renovado contra el estado nación en cuanto tal. En cuyo caso las unidades de soberanía que tendrían que participar en el anticipado gobierno mundial global, no quedan claras, porque al menos en la retórica (lo que reciben los individuos por el sistema de información-comunicación, como imágenes mentales o doctrina), se trasmite la idea de un globalismo donde va a haber más libertad, más abundancia, mayores posibilidades para la realización de la persona y del ser, fin de la miseria económica y social, e incluso mayor participación política y por tanto una especie de democracia perfecta. NO es una coincidencia que esta idealización del globalismo tenga fuertes componentes mesiánico apocalípticos: en esta visión ideologizada, el globalismo democrático neoliberal es revestido de todo el oro posible, por ejemplo es también la *Weltanschauung* de la «Segunda venida» de Cristo, el regreso de los escogidos al Edén, la vida después del Juicio Final. Esta ideología propone que el globalismo democrático neoliberal cumple una función destinal, porque establecería la escenografía para el regreso de Cristo. La soberanía deja de ser relativa a un estado nacional y pasa a ser relativa a un individuo que habita un locus imperial global, y que es articulado a esa globalidad por instrumentos de comunicación en los que se le adoctrina religiosamente. El fin del estado sería el fin de lo secular racional y el retorno a

una civilización fundada en la fe confesional. Hay una tendencia al religiosismo por la operación de los dos peligros ontológicos, que incluye tendencias a formas de globalización mediante instituciones religiosas.

Por eso el conservadurismo neoliberal va muy bien con la tradicional piedad de la mafia, del Opus Dei y de muchos otros movimientos cristianos que articulan las clases capitalistas y sectores gerenciales. La Corporación Trans Nacional (CTN) sería, por otra parte, el eje articulador de esta economía cristiana, con el sector financiero como el *sancta sanctorum*. Un neocorporativismo donde se traslada la «cantidad de soberanía» que posee cada individuo, desde el estado nacional a la(s) CTN(s). Los individuos (por ejemplo en eventuales antiguos desaparecidos estados, digamos de América Latina), tenderían a manejarse con tres niveles:

1. uno, individual (personal);
2. otro, económico («el mundo-CTNado o CTNista») (trabajo/recursos de subsistencia); y
3. un tercero, religioso.

Las interpretaciones teológicas críticas del globalismo democrático neoliberal, nos permiten entender su dimensión antiseccular central. Franz Hinkelammert y otros teólogos críticos han desarrollado este aspecto. Por ejemplo, Jung Mo Sung (1993) destaca entre otros los siguientes alcances:

1. El neoliberalismo está basado en «...la certeza del fracaso del socialismo y de la culpabilidad del estado intervencionista en las economías capitalistas, y de la victoria definitiva del capitalismo, del mismo modo que, en la Biblia, la esperanza de la tierra prometida está basada en la victoria de Yahvéh sobre los dioses de Egipto. En el fondo, es una manera de negar la pro-

fundidad de la crisis de nuestra economía, vía la negación de cualquier otra alternativa» (p.58);

2. Los países desarrollados o centrales ya se encuentran en el seno paradisiaco, ya son libres. Los (antiguos) segundo y tercer mundos, mientras tanto, todavía están en la «travesía del desierto» hacia esa libertad. El globalismo democrático neoliberal es la «Tierra Prometida», en la que reina la «economía de libre mercado, integrándose mediante la total apertura a la economía capitalista internacional»(p.57);

3. Otros «...elementos que complementan esa visión religiosa «cristiana» de la esperanza burguesa (... destacan que) el hecho más importante en los acontecimientos que destruyeron el patrón vigente en los últimos 45 años fue que 'el dios fracasado de la economía dirigida fue finalmente depuesto' (...) Esta «buena nueva» que identifica al sistema de mercado con la libertad humana, vino a revelar definitivamente... al verdadero dios...» (pp.58-59).

Es aún muy confuso el panorama para poder describir, con mayores precisiones, esta tendencia a reemplazar la política con la religión como un aspecto destacado del globalismo democrático neoliberal. Sobre todo es imposible determinar las formas institucionales que adquirirá. Es posible imaginar que los tres conceptos de la formulación «globalismo democrático neoliberal» adquieren connotaciones teológicas para quienes los han incorporado como orientaciones vitales, y se convierten en una nueva especie de «trinidad». El globalismo sería el «padre», el abarcador **pan**-tokrator, mientras que el neoliberalismo sería el «hijo», la encarnación práctica de la divinidad. Finalmente, la «democracia» sería el «espíritu santo» (o bien la diosa madre que falta en las teologías judaica y cristiana), es decir, la conciencia, la reconciliación y la unión entre padre e hijo (y tam-

bién padre/hijo) -y sobre todo el (espíritu santo) que quedó en la creación cuando el hijo regresó con su padre. En este sentido, en el globalismo democrático neoliberal, la democracia son las ropas nuevas del emperador, la máxima mistificación para el ejercicio del control.

CAPÍTULO II LA DEMOCRACIA EN EL GLOBALISMO NEOLIBERAL LATINOAMERICANO

III. El Globalismo:

III.1. Aspectos teóricos-criticos.

Globalmente es presente la idea de globalismo como originalidad del momento actual. Desde el punto de vista histórico del caso peruano, por la revalorización del capitalismo más el nombre de socialismo de la URSS. En este sentido la idea de globalismo puede decirse por una parte como un término capitalista y por la otra como un término marxista-leninista.

Por supuesto que el concepto de guerra fría y de guerra fría programada sobrevivió por las mismas razones de la Segunda Guerra y de la era del consenso que se dio origen a la política internacional post guerra de América Latina, pero es el mismo en las ideas de política imperialista globalista, como es y debería ser.

CAPITULO II

LA DEMOCRACIA EN EL GLOBALISMO NEOLIBERAL LATINOAMERICANO

II.1 Globalismo.

II.1.a. Aspectos teóricos críticos:

Generalmente se presenta la idea de «globalismo» como referida a los procesos económicos de un mundo unificado (doctrina del «One World») por la reuniversalización del capitalismo ante el llamado «colapso» de la URSS. En este sentido la idea de globalismo quiere decir, por una parte universalismo capitalista, y por la otra parte hegemonismo norteamericano.

Por supuesto que el concepto encuentra antecedentes en pretensiones anteriores norteamericanas después de la Segunda Guerra, o bien en el consenso que existía entre las potencias coloniales capitalistas decimonónicas, particularmente en las ideas y prácticas imperiales inglesas, francesas y alemanas.

Desde la perspectiva de la teoría de la política internacional norteamericana, la globalización correspondería a un sistema internacional, en el que los atributos del sistema, y no los atributos de los actores, son el aspecto determinante. Se trata entonces del realismo estructural waltziano, expuesto clásicamente en su *Theory of International Politics*, de 1979. A su vez, el neorealismo norteamericano que se desarrolla desde los años 80 (Keohane o Gilpin, por ejemplo), y que se fundamenta en Waltz, realiza un desplazamiento de la problemática, desde los ámbitos políticos y militares que centraban la atención, tanto de Waltz como de sus antecesores realistas tradicionales a la Morgenthau, para poner en el centro de la discusión las dimensiones de la economía política internacional, mundial¹.

La teoría del equilibrio de poder que todavía utilizaba Waltz es desplazada por la teoría de la hegemonía, que permite explicar mejor la dinámica de la economía política capitalista. Los neorealistas desarrollan la teoría de la estabilidad hegemónica para referirse al surgimiento y mantenimiento de un sistema global:

«La teoría de la estabilidad hegemónica, tal como se la aplica a la economía política mundial, define la hegemonía como preponderancia de recursos materiales. Son especialmente importantes cuatro grupos de recursos. Los poderes hegemónicos deben tener con-

1 El realismo analiza el mundo basado en un sistema estatal anárquico, donde el estado, como actor racional, busca promover su interés nacional y aumentar su poder en relación con los demás. El neorealismo tiende a explicar el comportamiento de los estados en relación con la estructura del sistema (por ejemplo el sistema económico) que influye en el comportamiento de los mismos, y con este análisis se trata de definir pautas de conducta para explicar cómo los estados interactúan. El idealismo también reconoce al estado como actor principal, pero busca reorganizarlo usando medios como el derecho internacional y seguridad colectiva para evitar la guerra y consecuentemente lograr la paz. El neoidealismo, en contraste, es constructivista y pretende cambiar el sistema internacional a través del multilateralismo, (con la evolución del sistema anárquico a un papel permisivo) en torno al interés común y colectivo.

control de las materias primas, control de las fuentes de capital, control de los mercados, y ventajas competitivas en la producción de bienes de valor elevado.» (Keohane 1984, p 50)

«También debe ser más fuerte, en estas dimensiones tomadas globalmente, que cualquier otro país. La teoría de la estabilidad hegemónica predice que cuanto más domine la economía política mundial un poder de esta clase, tanto más cooperativas serán las relaciones interestatales.» (Keohane 1984, p 52)

Éste sería un universalismo en el que subsisten los estados nacionales, donde el hegemón enfrenta retos periódicos, y donde pueden existir transiciones hegemónicas.

(Se dan) «... ventajas sistémicas derivadas del liderazgo hegemónico, particularmente porque los hegemones proveen defensa, tecnología, y otros beneficios a los actores secundarios... la teoría sugiere que una combinación de control y liderazgo por parte del hegemón, facilita los sistemas de libre comercio, el libre flujo de la tecnología, acuerdos sobre asuntos ambientales, y un amplio espectro de relaciones pacíficas y cooperativas entre estados... Muchos teóricos de la estabilidad hegemónica enfatizan especialmente los beneficios colectivos de los mercados libres que los británicos y americanos han proveído durante dos siglos.» (Hughes 1991, p. 132).

Esta teoría, sin embargo, se auto refuta porque existe una necesaria eventual incompatibilidad entre la gran concentración de poder en el hegemón, requerida para mantener la estabilidad, por una parte, y la provisión de beneficios suficientes para todos los actores, por la otra parte. Lo cual se hace evidente, precisamente en la época donde operan los dos peligros ontológicos. La magnitud de los costos

inducidos por estos peligros tiene un impacto global cada vez más limitante y regresivo. En tiempos cuando estos peligros no existían, en la época del hegemonismo inglés, la disponibilidad de recursos humanos y naturales, en relación con las necesidades y los instrumentos utilizados (conocimiento, tecnología), posibilitaba que la corona británica pretendiera ofrecer beneficios a todos los integrantes del sistema internacional. Una pretensión similar pero imposible ha tenido USA, particularmente en tanto USA encarna la noción misma de «mundo nuevo» (New World) que ideológicamente se asimila a la noción de sociedad perfecta («tierra prometida»), estable, quasi ideal (lo ideal es identificado con la democracia en la nueva Weltanschauung). Este ideal está implícito pero claro en la noción central de «progreso» y «civilización» que ha utilizado y proclamado «Occidente».

En lo que se refiere a implicaciones y proposiciones de la teoría de la política internacional norteamericana, entonces, el globalismo es: la conceptualización de una estructura sistémica internacional mundial, que se organizaría de la forma más estable posible, que es con un centro hegemónico en un entorno de actores incapaces de alterar la posición hegemónica del centro. Se sigue de aquí la disputa por quién va a ser el centro, o por lo menos quién y quiénes van a tomar decisiones y/o a participar. También se sigue de aquí que la máxima asimetría estructural entre los actores internacionales sistémicos, generaría la máxima estabilidad sistémica, que es el valor superior buscado. El mejor sistema sería aquél que solamente tiene un balancín o balanceador.

El globalismo entonces pretende desarrollar un gobierno mundial que, al menos así se sigue de la teoría hegemónica, tendría que estar en Washington, y la ley norteamericana ser la ley mundial, como en el Mediterráneo antiguo lo fuera Roma y como actualmente USA pretende que

su legislación rija el conjunto del hemisferio occidental, ejemplarizado nuevamente, con el embargo a Cuba (J. Saxe Fernández 1994a y 1994b).

Sin embargo, actualmente el hegemonismo norteamericano ha encontrado fuertes retos, provenientes de los dos otros grandes actores económicos, uno en la Unión Europea y el otro en torno al eje Tokio-Pekín. Su difícil situación podría llegar a ser comparable con la inglesa al final de la Primera Guerra. En todo caso no es una situación comparable a la eminencia que tenía USA al final de la Segunda Guerra Mundial respecto a la economía mundial.

Para los neorrealistas, además, la asimetría entre actores sería la mejor forma de utilizar la anarquía sistémica, de la misma manera que en el mercado capitalista un grupo relativamente pequeño de empresas bancarias establece reglas, y controla, la dinámica productiva e interactiva de miles de millones de individuos que viven de un salario o de actividades gestionarias pequeñas o medianas.

Según Kaplan (1957), existen teóricamente seis polaridades sistémicas posibles, a saber, el sistema multipolar, el sistema bipolar laxo, el sistema bipolar estricto, el sistema universal, el sistema jerárquico, y el sistema con veto unitario. En este último sistema, cada actor (estado)(al menos las grandes potencias) puede defenderse de todos los demás por separado o de conjunto. Si esto se aplicase a todos los estados, se pasaría a un modelo sistémico no considerado por Kaplan, que posibilitaría una democracia mundial sobre la base de hacer equivalentes soberanía nacional y voto político efectivo.

Éste sería el modelo de una ONU en la que los miembros de la Asamblea General tuvieran las prerrogativas de decisión que hoy tienen los miembros del Consejo de Seguridad -salvo el derecho a veto, que ningún miembro podría

tener. Y éste podría considerarse un sistema «globalista» que, sin embargo, no sería de gran agrado para los proponentes actuales del «globalismo», porque tendería a ser simétrico. Para que la ONU se tornara democrática habría que eliminar el poder de veto que tienen algunas potencias en el Consejo de Seguridad. Pero, para poder cambiar la Carta de esta institución para hacerla democrática, se necesitaría que el mismo Consejo de Seguridad estuviera de acuerdo con disolverse. En las doctrinas estratégicas de las grandes potencias, la estabilidad internacional depende del poder de veto que tienen sobre asuntos de la seguridad internacional, lo que hace muy improbable que los miembros del Consejo de Seguridad quisieran democratizar la ONU. Más bien, hay propuestas para simplemente ampliar el Consejo de Seguridad, los países del Norte quieren que Alemania y Japón pasen a ser parte de ese Consejo, algunos grupos de países del Sur piden democratización completa, o bien aceptan «pragmáticamente» tener algunos representantes, tales como Brasil o la India. Así, es imposible que la ONU se convierta en el eje o la base de un gobierno globalista (o globalizado) de carácter democrático, a menos que surja un hegemón o una coalición hegemónica que «impusieran» esa democracia, aceptando, al mismo tiempo, abandonar su rango hegemónico. Esto, nuevamente, demuestra ser impracticable.

II.1.b. Algunos actores «globalizantes»:

El argumento clásico de los «globalistas» es que la globalización se sigue como consecuencia de la internacionalización de la producción y distribución económicas. Lo que es más difícil de determinar es el tipo de internacionalización que se trata ahora, porque ha sido característica del capitalismo su expansionismo mundial. No se enuncia nada diferente con este globalismo, en ese sentido. La diferencia específica de esta nueva onda internacionalizante quedaría clara, si entonces esos globalistas indicaran que se trata pre-

cisamente de pasar de un sistema «inter-nacional» a otro «global», donde los estados nacionales no tengan un papel central. Esto contradice, tanto la necesidad de generar un polo mundial fortísimo para mantener la estabilidad sistémica, como la concurrente necesidad de USA (y también de la UE y otras potencias) de pasar a constituir la base institucional y jurídica para ese centro global. En todo caso, conviene considerar algunos actores importantes.

En las relaciones entre naciones o empresas, en la política internacional o en el comercio, existe la necesidad de establecer patrones de reciprocidad. La reciprocidad específica es aquélla en la que los socios intercambian cosas de valor equivalente en una secuencia delimitada estrictamente. La reciprocidad difusa, por su parte, la practican «grupos de amigos»: se dan intercambios no inmediatos y menos precisos. Es decir, en la reciprocidad difusa el nivel de confianza que existe entre quienes negocian, es mayor y de más largo plazo. Se parte de la presuposición de repetidas interacciones, sobre la base del beneficio recíproco.

La reciprocidad intensa, por su parte, tiende a ser difusa, pero conserva fuertes componentes de reciprocidad específica. Es decir, por ejemplo, en una institución internacional participan algunos actores, entre los que existe reciprocidad difusa, pero también participan otros que mantienen respecto a esa institucionalidad una reciprocidad específica.

Regímenes internacionales:

Los regímenes internacionales son las formas básicas de las instituciones internacionales. Se tienden a establecer sobre la base de la reciprocidad intensa, y han sido definidos clásicamente por Keohane (1984) como:

«Principios, normas, reglas y procedimientos, para la toma de decisiones, que facilitan la reciprocidad intensa en determinada esfera de interés».

En la teoría neorrealista, el hegemon tiene como una de sus funciones el establecimiento del conjunto de regimenes internacionales. De esta manera se beneficia al ordenar el sistema internacional de acuerdo a sus necesidades, posibilidades y aspiraciones, y supuestamente beneficia al conjunto de los otros actores internacionales, al permitirles disfrutar de la prosperidad que debe generar el hegemon para su supervivencia.

Según Hughes (1991),

«El carácter de un régimen impuesto por un hegemon depende, en gran medida, del interés propio del hegemon» (p.265).

«Los estados (que participan en un régimen internacional) se benefician del establecimiento de obligaciones recíprocas, y del control sobre las contribuciones especiales, que ofrece el régimen en cuestión. Por eso los estados están dispuestos a pagar algunos costos de entrada para ingresar al régimen. Una vez que los regimenes han sido establecidos, reducen los costos de las transacciones y de establecer acuerdos para la cooperación futura, así como porque ofrecen fori para la negociación, así como precedentes, un acceso a la información más ágil, y una alta probabilidad de cooperación futura sobre la base de concesiones y cuotas que se paguen en el presente» (Idem).

Para algunos teóricos, los regimenes internacionales tienden a desarrollar niveles de independencia, relativa o absoluta, de los hegemones que los han establecido o mantenido. En este sentido los regimenes serían como fundamentos de un gobierno global, independientes de cualquier estado nación, incluso del hegemon.

El grado de independencia de los regimenes interna-

cionales habría venido creciendo, especialmente durante el siglo XX con la correspondiente fase superior de mundialización del capital. Ese conjunto de regímenes estaría en proceso de pasar a conformar estructuras político económicas ya más determinantes que los mismos estados nacionales incluyendo los hegemones. Para algunos idealistas o neoidealistas², el globalismo implicaría el fin de las hegemonías. Para otros, neorrealistas, los regímenes de un hegemón pueden ser «heredados», «tomados» o «adquiridos» por un hegemón alternativo emergente, como fue el caso respecto a los regímenes internacionales durante el siglo XX, los que, sobre la base de las instituciones del imperio británico, fueron asumidos y desarrollados por USA después de la Segunda Guerra Mundial³.

Normalmente, los neorrealistas hablan de un régimen en función de, o en relación con, un estado hegemónico o un sistema internacional (equilibrio de poder). Pero el caso que presentan los «globalistas», incluyendo los neo idealistas, sería aquél en que, es del conjunto de regímenes (un régimen especialmente determinante o significativo), desde donde, por así decir, se establece un orden y un sistema entre los estados, inter-nacional.

Un globalismo idealista, incluyendo el esquema ideológico que se presenta a las mentes latinoamericanas (y que se refleja en posiciones como las de Octavio Ianni, por ejemplo -Véase *infra* en la misma sección), parte de postular una redistribución ideal mundial de las variables «poder» y «riqueza». En el esquema se plantea a la ONU y a los regíme-

2 Cf. E. Saxe Fernández (1995e)

3 Los regímenes tienden a cambiar y o a ser sustituidos, a partir del momento cuando los aportes del hegemón dejan de ser mayoritarios, y cuando además aparecen otros actores, cada uno de los cuales es capaz de aportar más que lo que aporta el hegemón. Este es el caso, por ejemplo, de Japón y de la UE respecto al FMI y la hegemonía de USA en el establecimiento de las políticas de este organismo financiero central.

nes internacionales como no relacionados con un sistema internacional centrado en la hegemonía. El «poder» y la «soberanía» serían transferidos desde los estados nacionales hacia instituciones y/o regímenes de la ONU. Al mismo tiempo, se utilizaría el poder así concentrado, para empezar a realizar una redistribución global de la riqueza, de manera que las capacidades relativas de individuos, grupos, o naciones, tendieran a ser más equivalentes, revirtiendo la tremenda y creciente disparidad que genera el capitalismo, especialmente en su fase «globalizante». El principio que estaría a la base de esta postura diría algo más o menos así: «Cada y todo ser humano, podrá ser «libre», cuando cada uno y todo otro lo sean también». Por «libertad», estos idealistas podrían entender simplemente la satisfacción de una serie de necesidades humanas básicas, incluyendo: comida, vestido, vivienda, educación, salud, libertad de expresión y palabra, respeto por el derecho ajeno -incluyendo los derechos de todos los otros seres naturales-, participación efectiva en la toma de decisiones individuales, comunales, nacionales e internacionales (Véase Gutiérrez 1994). A partir de aquí, con posterioridad la libertad podría alcanzar niveles superiores, tanto personales como sociales y espirituales.

Para un realista, en cambio, el proceso de globalización se articularía en torno a un estado hegemónico o a un conjunto de estados dominantes (el «grupo k»), hacia donde el resto de estados transfieren su «poder» y «soberanía» -voluntaria o involuntariamente, dependiendo del tipo de proceso hacia la globalización que se adopte teóricamente. Como indicamos en otros lugares, este modelo, más que redistribuir el poder y la riqueza, más bien los concentra al máximo, en tanto se sostenga la teoría de la estabilidad hegemónica, según la cual a mayor concentración de poder mayor estabilidad sistémica. Los regímenes internacionales, en esta teoría, propiciarían un hegemonismo «benevolente» y beneficioso para todas las partes.

La discusión crítica de los regímenes internacionales durante el período posterior a de la Segunda Guerra Mundial y hasta la actualidad, sin embargo, nos presenta a estas entidades con características que no satisfacen los aspectos «benevolentes» de la concepción realista y, muchísimo menos, que muestren tendencias hacia el cumplimiento de los sueños idealistas.

Así por ejemplo, podemos recordar tres regímenes fundamentales del hegemonismo norteamericano de posguerra, a saber:

(a) La Organización de las Naciones Unidas (ONU) en la dimensión político militar, específicamente con el Consejo de Seguridad (aunque con alguna presencia de la Asamblea sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial y mientras la URSS fue retador);

(b) También en la ONU, la parte «oficial» o «gubernamental» del sistema de regímenes financieros, incluyendo los acuerdos de Bretton Woods, Banco Mundial, FMI, GATT, etc., en la dimensión económico política; y

(c) La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el ámbito militar más estrictamente.

Consideremos brevemente el caso del GATT (actualmente transformado en Organización Mundial de Comercio). Sobre esto conviene indicar lo siguiente:

Primero, después de la Segunda Guerra Mundial USA tenía interés en el libre comercio, para poder exportar más, no solamente a la devastada Europa, sino al conjunto mundial desabastecido precisamente por el colapso económico euroasiático. La principal política del GATT es la promoción del libre comercio mediante la reducción o eliminación de tarifas:

«Durante un par de décadas después de la Segunda Guerra Mundial, las exportaciones de USA penetraron el mundo entero» (Larudee 1993, p.50).

Al mismo tiempo, USA favorecía la recuperación económica acelerada de Europa y Japón, que fueron instalando una planta tecnoproductiva nueva. USA también se hacía cargo de la seguridad, lo cual a mediano plazo hizo que perdiera competitividad económica. Pero se trataba de una situación inédita que USA no pudo cambiar, porque se estaba en un nuevo contexto de Guerra Fría total termonuclear, ya no enfrentando un rival intercapitalista, sino un retador que pretendía establecer su propio sistema de regímenes (la dimensión internacionalista de la URSS, tanto como del movimiento obrero internacional, sin embargo, nunca fue tan ágil como la correspondiente dimensión alcanzada por el capital y de USA).

Segundo, en el período más reciente de creciente confrontación económica entre los polos de América del Norte, Europa y Asia (Japón), se ha implantado un sistema donde los países menos desarrollados (semiperiferias y periferias) se ven compelidos a practicar el libre comercio, mientras que el proteccionismo crece en esos polos centrales. Durante los años 80 se dieron movimientos defensivos de parte de las grandes potencias,

«para intentar moderar los efectos recesivos domésticos, que fueron bautizados con el nombre de «nuevo proteccionismo»: una proliferación de barreras comerciales de USA, de la Comunidad Económica Europea y Japón, en particular el establecimiento de cuotas a las exportaciones manufactureras de los países menos desarrollados. Lo de «nuevo» se refiere al asombroso conjunto de barreras no arancelarias que no son reguladas por el GATT... A la vez que el Banco Mundial y el FMI propiciaban políticas de libre comercio

en los países menos desarrollados, los principales bloques de votos en estas instituciones se retrajeron de cualquier semblanza de libre comercio en sus mercados internos. El retroceso del libre comercio se imbricó estrechamente con la recesión. Conforme el crecimiento de la OCDE decaía, las cuotas se volvían más restrictivas. Entre más exitosa fuera una categoría de exportación de un país menos desarrollado, más restrictivas se volvían las cuotas» (Broad & Cavanah 1993, p.382).

Estos tres regímenes (Consejo de Seguridad, OTAN, GATT) adquirieron identidades particulares durante la Guerra Fría. En la etapa presente, la tensión en los regímenes internacionales tiene lugar sobre todo en el plano económico político -como diagnosticaría el más elemental análisis marxista-, las otras potencias mundiales retando económicamente el sistema financiero y mercantil establecido por USA. En este sentido, es posible pensar que la próxima instauración de una moneda única en Europa, va a desatar la «crisis última» del sistema financiero internacional de posguerra, y consecuentemente del papel especial del dólar de USA.

La reestructuración de la economía mundial (a través del globalismo democrático neoliberal) puede ser analizada como una estrategia nacional de USA, apoyada directamente e indirectamente por agencias gubernamentales, instituciones y regímenes internacionales que el mismo USA ha establecido, incluyendo un conjunto de instituciones específicas para la América Latina, tales como la Organización de Estados Americanos (OEA) en el ámbito político militar, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) respecto a lo militar, y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) respecto a la economía. Estos tres regímenes del hegemonismo norteamericano en la región son equivalentes a aquellos mencionados, de alcance mundial.

En importante medida, las relaciones con América Latina son cruciales para entender una serie de tendencias y de políticas de USA hacia el resto del mundo. Sin embargo, existen otros regímenes de USA para América Latina, que son específicos, y no paralelos a los extracontinentales. Son particularmente importantes todos aquéllos, legales, militares, económicos y políticos, que se derivan de la Doctrina Monroe⁴. Precisamente la actual «integración» (que en buena medida podemos identificar con una fase «globalizante») en la que se ve involucrada América Latina, consiste en un esfuerzo por parte de USA por lograr la continentalización del conjunto de sus «regímenes e instituciones nacionales» -incluyendo en primer término lo referido al comercio y el sistema legal en general.

Los regímenes internacionales, tanto para idealistas como para realistas, son hoy día muy relevantes, ya para postular una redistribución general de poder y riqueza, ya para buscar reestructurar el sistema internacional bajo un supuesto «hegemonismo benevolente». En los dos casos, la idea de globalismo recibe denotaciones y connotaciones positivas, que no corresponden con su realidad en la actual situación de crisis subtendida por los dos peligros ontológicos y la re-universalización del capitalismo.

4 Otras instituciones que ha utilizado USA para su hegemonismo sobre Latinoamérica incluyen, por ejemplo, la Alianza para el Progreso durante las administraciones Kennedy-Johnson, las «iniciativas» republicanas de los 80 y 90 («para la Cuenca del Caribe» durante Reagan, «para las Américas» durante Bush). Por su parte, la presente administración demócrata ha continuado en lo fundamental las políticas republicanas hacia América Latina, particularmente respecto a México, en el mantenimiento del proceso de integración vertical hemisférica, que tan detrimento es para los intereses latinoamericanos (por ejemplo, «...el Secretario de Estado adjunto, Bernard Aronson considera que NAFTA ofrece la ventaja de, *inter alia*, permitir que la orientación de USA en la política exterior de México sea institucionalizada» (J.Saxe Fernández 1994b, p.235). Sobre la doctrina Monroe y el neomonroísmo, Véase: J.Saxe Fernández (1994b).

Las Corporaciones Transnacionales (CTNs):

El otro actor importante de considerar son, en consecuencia, las grandes organizaciones del capitalismo mundial, incluyendo particularmente las corporaciones transnacionales (CTNs), con destacada participación del sector de corporaciones financieras internacionales.

Como es del conocimiento común, las gigantescas empresas transnacionales alcanzan cifras de producción anual, e incluso de ganancias, superiores al producto nacional bruto o a las exportaciones, de la mayoría de los países del mundo⁵. Esta discrepancia es fundamental para explicar el abismo que sobre el PNB existe entre los países centrales, las semiperiferias y la periferia.

El poder económico y financiero que ejercen en el mundo las CTNs, incluyendo los bancos, es otra fase y fuente de la globalización durante el período de auge del neoliberalismo. La globalización beneficia particularmente a esas empresas y les permite consolidar su posición privilegiada en la economía mundial. Se trata del desarrollo de las llamadas «fábricas globales». Las CTNs obtienen ventajas del libre comercio, respecto a costos de transacciones entre los diferentes componentes de sus líneas de producción, así como respecto al acceso a mercados tanto de insumos como de consumidores. Laduree (1993, p.54), indica que,

«Entre más barreras comerciales existan, mayores costos hay para la globalización de la producción; el libre comercio, al eliminar estas tarifas, ayuda más a las MNCs (i.e. CTNs, S-B) que a las corporaciones que

5 "Three hundred companies now own an estimated one-quarter of the productive assets of the world. Of the top 100 economies in the world, 47 are corporations - each with more wealth than 130 countries" (Brecher & Costello 1994, p18).

cubren sólo el mercado doméstico, y por tanto ayuda a las MNCs contra sus más pequeños competidores».

De forma similar a como se hace con el concepto de «democracia» en lo político, en el ámbito económico las potencias y las CTNs usan el concepto de «libre comercio» para promover una globalización beneficiosa para estos actores. Las teorías y las políticas de libre comercio le deben su ascendencia a la utilidad que tienen, para proteger los intereses de las grandes corporaciones transnacionales, así como para minimizar el poder que tengan el estado nacional, las culturas autóctonas y los intereses locales, para enfrentar ese proceso de globalización.

Al mismo tiempo, las CTNs, según conveniencia pasan a ser proteccionistas. Así por ejemplo, durante la fase de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), que caracterizara las economías latinoamericanas entre el fin de la Segunda Guerra y principios de la década de los años 80, las CTNs se establecieron a lo largo y ancho de la región, utilizando al máximo el fuerte proteccionismo fiscal y comercial propio de ese modelo de industrialización. Más recientemente, en el caso del NAFTA, nuevamente las CTNs muestran su complacencia con esquemas neo proteccionistas. En NAFTA,

«Las CMNs (i.e. CTNs; S-B) basadas en USA podrían reducir los costos de producción produciendo en México, y mantener un acceso irrestricto al mercado de USA. Pero a sus competidores extranjeros les resultaría más difícil establecerse en México porque, a menos que virtualmente trasladaran todas sus operaciones a este país, no se les permitirá vender en el lucrativo mercado de USA. Al propugnar reglas de origen, las MNCs revelan que no tienen un compromiso con el libre comercio en principio, sino únicamente allí donde funcione para beneficio de ellas» (Larudee 1993, p.54).

Igualmente, la lucha económica entre los centros mundiales hace que, como indicamos, se exija la apertura indiscriminada a los actores débiles (y de allí el impulso a la retórica librecambista tan persistente en América Latina). Los centros metropolitanos, por su parte, no reciprocán ese aperturismo insensato.

Las CTNs, en muchos casos mediante el patrocinio a fundaciones asociadas, promueven una ideología plagada de prejuicios racistas, elitescos, e imperialistas. En la medida que los individuos transfieren sus lealtades desde el estado y la sociedad civil hacia la empresa, es posible que en algunas instancias institucionales de las CTNs se promuevan aspectos de tolerancia y participación. Pero, en general, estos organismos transnacionales no promueven ni practican en su interior la democracia y otros valores que defienden públicamente. Tampoco propician el desarrollo económico de los países huéspedes, porque su interés está centrado en la obtención global de ganancias. La CTN utiliza el ámbito globalista para imponer las reglas del juego y, de esta forma, sobrepasar o descalificar la legislación del país huésped. Así, por ejemplo, un ejecutivo de una CTN establecida en Manila, en una entrevista concedida en 1981 explicaba que,

«Nosotros le indicamos al gobierno filipino que tiene que reprimir (suprimir) («to clamp down») a los trabajadores, o amenazamos con mudarnos a otro lado. Y eso es lo que haríamos. Para eso están Sri Lanka, y también China» (Broad & Cavanagh 1993, p.379).

“El reciente ‘salto’ en habilidad de las CTNs para reubicar sus operaciones en diferentes sitios del mundo ha, en efecto, hecho que los trabajadores, comunidades, y países en el mundo tengan que competir entre ellos por el privilegio de ser elegidos por estas CTNs. La consecuencia es una ‘carrera hacia el fon-

do' (race to the bottom), donde los salarios y condiciones sociales tienden a estabilizarse al nivel del (de los) más desesperado(s)" (Brecher 1993, pp. 685-88).

Las CTNs propician el globalismo democrático neoliberal, porque les garantiza un sistema oligopolista mundial, donde pueden asegurarse un lugar con suficiente control (poder) económico, político, e ideológico. La acción mundial de las CTNs es considerada por sus apologistas como la forma para alcanzar una globalización perfecta:

"[...] En la lógica de las empresas transnacionales, las relaciones externas, comerciales o financieras son vistas como operaciones internas de empresa, de hecho, cerca de la mitad de las transacciones de comercio internacional ya son actualmente operaciones realizadas en el ámbito interno de las empresas. Las decisiones sobre qué importar y qué producir localmente, dónde completar el proceso productivo, a qué mercados internos y externos se dirigen son tomadas en el ámbito de la empresa, la cual tiene su propia balanza de pagos externos y se financia en donde mejor le conviene» (Ianni 1995, p. 93).

En este sentido, las CTNs han logrado que, en muchos casos, las decisiones de alta importancia (económica) no se tomen considerando el interés nacional de determinado país, sino mas bien considerando el beneficio de estos actores transnacionales «globales». No son los parlamentos o los gobiernos locales (democráticamente electos o no) quienes deciden el futuro de un país, sino los más altos ejecutivos de las grandes empresas (los «Chief Executive Officers» CEOs, un emergente actor político global), sentados confortablemente en sus palacios metropolitanos.

Organizaciones no gubernamentales (ONGs), organizaciones inter gubernamentales (OIGs), y fundaciones:

Los CEOs y las CTNs han desarrollado un régimen internacional en conjunción con instituciones educativas, científicas y de ayuda. Estas viejas ONGs son las fundaciones privadas entre las que destacan las pertenecientes a las grandes CTNs, como Ford, Rockefeller, Carnegie o Du Pont de Nemours (en este último caso dominante en una institución tan conocida como el Massachusetts Institute of Technology), y agencias como el «Council of Foreign Relations» (CFR), en torno al cual se agrupan estas instituciones filantrópicas. En lo fundamental, el CFR ha recibido fondos provenientes de diversas fuentes: regalos de empresas y donaciones (grants) de las principales fundaciones. Organizaciones como el CFR han apoyado la proyección y la dominación de USA como el gran centro organizador y visionario de un Nuevo Orden Mundial, por ejemplo con la adopción de la estrategia llamada la «Grand Area». John Saxe Fernández ha trabajado este concepto recientemente. En el marco de un neomonroísmo que caracterizaría actualmente la política de USA, la teoría de la gran área propuesta por el CFR se expresa en la integración del hemisferio occidental desde y para USA. Este tipo de integración fue pensado por los alemanes, sobre la base de la Doctrina Monroe, en términos de «gran-espacio-económico» (*Grossraumwirtschaft*). Efectivamente, la doctrina Monroe, propuesta por USA como expresión de la ley internacional, es para Europa o América Latina un intento de imposición unilateral de «jurisdicción»,

«...generalmente por medio de intervenciones militares contra sus territorios. Así considerada, no sorprende que Hitler la concibiera y utilizara como un «derecho internacional» para justificar la expansión y la intervención. En otras palabras, *Grossraumwirtschaft* suponía tener su propia «legalidad internacional»,

respecto al espacio que, según sus proponentes ideológicos, le pertenecía por derecho propio. El Canciller de Hitler, Joachim von Ribbentrop, empleó la Doctrina Monroe como refutación e impugnación al Secretario de Estado Cordell Hull, quien había advertido a los alemanes que Estados Unidos no podría consentir ningún intento de transferir ninguna región geográfica del hemisferio occidental, de una potencia no Americana a otra potencia. Von Ribbentrop señaló que los estados europeos no podrían, por principio, justificar el no intervencionismo en los asuntos del continente Americano, a menos que Estados Unidos de manera similar se abstuviera de intervenir en los asuntos de Europa» (J.Saxe Fernández 1994,pp.227-228).

Este foro generado por las fundaciones de USA es una importante base para la defensa de su hegemonismo, en tanto combina las políticas y actividades del estado y las CTNs. Es decir, que,

«...en un sistema de capitalismo de estado, el estado apoya agencias cuyos intereses son consonantes con los suyos, y contra aquellas otras agencias que pretenden alterar o suplantar al estado» (Berman 1983, p29).

De manera similar, en un sistema de capitalismo neoliberal (de empresa), la CTN apoya agencias y políticas estatales cuyos intereses son consonantes con los suyos, y contra aquellas otras agencias y políticas que pretenden alterar o suplantar a la CTN como centro económico político. Por eso las fundaciones de las CTNs,

«...se encuentran entre las agencias más importantes para la promoción de los objetivos del capitalismo de estado (o neoliberal, según el caso; S-B) en los Estados Unidos» (Berman 1983, p 37).

El globalismo es un proceso directamente apoyado y estimulado por, así como orientado a satisfacer, el interés nacional y las necesidades estratégicas de los Estados Unidos. Una parte esencial (especialmente en los años noventa con los procesos de desmilitarización en América Latina) de la política de USA es reducir la capacidad estratégica latinoamericana. Esto incluye el relativo desmantelamiento de sus ejércitos (proceso facilitado por el carácter genocida desarrollado por estas instituciones, sobre la base de la «doctrina de la seguridad nacional»), tanto como la formación y consolidación de regímenes de democracia formal, que aseguren un ambiente político económico supuestamente estable y propicio a la expansión de las CTNs, de forma privilegiada las CTNs de USA -aunque no pueda evitar la presencia competitiva de empresas asiáticas y europeas.

Sin embargo, las políticas económicas (neoliberales) utilizadas para llevar adelante la estrategia, están resultando en una situación de crisis económica y política que reduce dramáticamente los espacios para la promoción de la misma democracia. Es particularmente relevante aquí el aspecto demográfico, la «necesaria» existencia de un (amplio) sector de la población que esté fuera del mercado, en la miseria, así como fuera del proceso político:

«El tamaño mismo de las poblaciones que viven en condiciones de pobreza y sus fenómenos sociales asociados, presenta el reto más grande para la consolidación del régimen democrático» (Vilas, p 276).

El crecimiento de la pobreza en la región dificulta las posibilidades de consolidación de la democracia, pero la pobreza es consustancial, tanto al globalismo y al neoliberalismo, como al tipo de democracia oligárquica que se impulsa.

En este sentido las fundaciones de las CTNs cumplen

un papel en el proceso de generación ideológica, el cual, como vimos, es un aspecto fundamental de los peligros ontológicos y del nuevo confesionalismo (religiosismo) globalista democrático neoliberal. Las CTNs y el conjunto de organizaciones secretas allegadas -incluyendo sistemas de inteligencia-, no es que abandonan y eliminan el estado, sino que retornan a él, y proceden a reconformar un «estado» afín a sus intereses y necesidades. Se produce un «regionalismo nacionalista», con unidades como «América» o «Europa» y, tal vez «Asia», en el que las nacionalidades secundarias, incluyendo las latinoamericanas, serían disueltas (por el tipo de integración vertical que USA pone en práctica en el continente americano) -no es tanto el caso en Europa, donde son mayores las expectativas de la diversidad social. Al mismo tiempo, los estados «centrales», por ejemplo el estado en USA, de ninguna manera se debilita, en especial en lo que toca a sus funciones internacionales o regionales.

Durante la época de la Guerra Fría, la ONU sirvió como foro donde las superpotencias dirimieron sus asuntos sistémicos globales. El sistema bipolar centrado en preocupaciones «realistas» como la seguridad y la política, y por tanto muy ideológico, ahora da paso a un sistema multipolar donde se añaden componentes «neorrealistas» y «neoidealistas» de carácter económico y político social, y por tanto más pragmático pero no por ello menos violento y/o peligroso o ideológico. La constitución de esos polos mundiales sería un proceso de focalización regional tripartito. Como indicamos, USA y la UE tienen dos modelos muy diferentes para esto. En América predomina la integración vertical basada en el neomonroísmo y, por tanto, una especie de *Anschluss* (en el mejor de los casos) de USA sobre el conjunto hemisférico.

A nivel mundial, el ataque contra el estado nacional y la desaparición de la URSS, han estimulado el resurgimien-

to del racismo como característica del globalismo democrático neoliberal, que se da en las condiciones definidas por los dos peligros ontológicos. Muchas etnias y naciones se están reestructurando en nuevos sistemas estatales. En los casos como la ex-Unión Soviética, Rwanda, Somalia, y la ex-Yugoslavia, las potencias centrales, el cuasi-hegemonismo de USA, o la ONU, no han podido, con su política de «preventive diplomacy», acabar con conflictos de esta índole. Al contrario, las tendencias centrífugas continúan al interior de los países que son «integrados globalmente» por los centros metropolitanos, sea esta integración vertical como en el hemisferio occidental, sea más bien horizontalista como en Europa.

Mediante la ONU y el conjunto de las organizaciones internacionales, los tres bloques económico políticos internacionales emergentes tienen relaciones económicas al nivel de regímenes internacionales. Al interior de cada región se busca establecer una interdependencia compleja, incluso a costas de eliminar a uno (o a una parte) de los actores. Al mismo tiempo emergen contradicciones entre ellos, que tienen que ver más bien con la reciprocidad específica ya mencionada antes, es decir, con «transacciones de valores equivalentes, llevadas a cabo en una secuencia estrictamente delimitada» (Keohane 1989, p.134). En esta esfera hay grandes tensiones, pues cada polo regional lucha por rearticular (o mantener intacto, en el caso de USA), el conjunto institucional internacional, particularmente los regímenes internacionales. Se dificulta la reciprocidad difusa entre regiones, pero es más posible al interior de las regiones. («En la vida personal, regatear por el precio de una casa refleja la reciprocidad específica; los grupos de amigos practican la reciprocidad difusa» Idem.).

Hay sin embargo una estructura en el ámbito de los actores, aparte de la estructura sistémica. Es claro que los actores tienen relaciones entre sí muy determinantes, pero

ahora el argumento consiste en afirmar la mayor determinación de la estructura sistémica sobre la estructura interna, política, económica, social y psicosocial.

El intento consciente del globalismo democrático es debilitar, disminuir, o eliminar, elementos de esas estructuras internas. Y sin embargo, esas estructuras internas son fuentes de confrontaciones, particularmente porque partes de ellas se recomponen entonces a niveles regionales continentales. En este trabajo no lo podemos hacer, pero hay que analizar las implicaciones generales, de confrontación tanto como de cooperación, que se derivan de las distintas formas que vienen adquiriendo los tres polos mundiales del capital, USA, la Unión Europea y la emergente constelación del Pacífico asiático. En un caso se trata de la primera potencia militar y política del planeta, que tiene gastos muy elevados por sus prerrogativas militares y políticas, y que decididamente desde finales de los años 70, busca incorporar más estrechamente las economías del hemisferio americano, dismantelar los estados nacionales, e implantar un régimen político re-neo-colonial solamente comparable al que padeció la región antes de la independencia de las potencias europeas. Europa sigue ocupada militarmente por USA, pero es el mayor mercado mundial. Igualmente, Europa tiene retrasos tecnológicos importantes. El polo asiático tiende a convertirse en el gran centro mundial económico del próximo siglo, y se centra en el eje Tokio Pekín, pero todavía tiene grandes trechos que recorrer en su proceso de integración, no solamente en lo económico, sino en lo político y la militar. USA continúa ocupando militarmente Japón, Korea y las Filipinas, y continúa interviniendo en la región para mantener el status quo que implantase al término de la guerra de Corea.

La teoría del hegemonismo⁶ es la forma como los

6 Modelski (1978;1987) ha estudiado la historia del hegemonismo, y propone que Venecia era el estado hegemónico internacional dominante durante el si-

neorrealistas reintroducen la problemática política. Fue un desarrollo importante porque le permitió a la dirección política norteamericana utilizar, desde que Brzezinski sustituyera a Vance, dos estrategias, una político militar y otra político económica. En la primera y más tradicional, USA era una de las dos superpotencias (la URSS era la otra), y se trataba de un sistema de equilibrio de poder en confrontación a todo nivel, pero evitando situaciones de involucramiento general que desembocasen en guerra termonuclear general.

La otra estrategia es la referida a lo político económico, y aquí el análisis de los teóricos neorrealistas norteamericanos de la política internacional nos presentaba a USA, como hegemon que domina en un sistema económico internacional en el que la URSS era una economía aislada y tecnológicamente incompleta, internamente sobrecargada por el peso de la industria militar, y con creciente predisposición a la corrupción.

Es decir, que los elementos político militares no han dejado de seguir operando pero, en situación de paridad o impasse político o político militar, la estrategia norteamericana (y de las otras potencias y/o clases del capital en general) ha sido utilizar instrumentos económicos, para inclinar la balanza a su favor, de manera de revertir y reconvertir estructuras políticas, económicas y sociales adversas o no completamente compatibilizadas o compatibles.

El globalismo es la estrategia resultante, tanto como

glo XV, Portugal en el XVI, los Países Bajos en el XVII, Gran Bretaña en el XVIII y el XIX, USA en el XX. Diferentes teóricos han discutido las causas de la caída de los hegemones, incluyendo:

- Los costos del liderazgo hegemónico (incluyendo los militares);
- la tendencia al predominio del sector financiero de la economía (el llamado «efecto de la tercera generación» pero ampliado); y
- el resultante aumento en impuestos e inflación.

una conceptualización que se introduce al sistema internacional en forma de ideología, de doctrina política. Se difunde y es desarrollada por instrumentaciones diplomáticas, académicas y de comunicación:

«Las ideas 'globalistas' han propiciado entonces un cierto grado de pasividad y conformismo, puesto que tienden a dotar las fuerzas del «mercado global» con capacidades extraordinarias, para determinar y limitar opciones y políticas, como si las dinámicas internas y las relaciones de clases hubiesen dejado de operar (...) El 'globalismo' en tanto concepto o ideología tiende a ofuscar nuestra comprensión...» (J. Saxe Fernández, 1994a, p.205)⁷.

Para el conocido Octavio Ianni (a quien podemos utilizar como ejemplo para discutir la más típica propaganda ideológica «pro globalista» que intencionalmente difunden poderosos medios de comunicación e instituciones), lo relativo al estado nacional se contrapone de forma lógica absoluta a lo sistémico, lo global. Erróneamente afirma que lo nacional supone una desconexión con lo global, lo cual no se sigue necesariamente. Veamos esta argumentación.

7 Arturo Ortiz Wagdyman precisa esto indicando que, «Thus, globalization cannot be understood within an exclusively economic framework; the concept must account for the fact that important political forces are at work in the world, ordered by the hegemony of seven major capitalistic world powers. Within this system it is the military that is the brute force that sustains supranational economic and political power. Moreover, a massive ideological regime is also necessary, not only to justify the unilateral use of power, but to project the idea that such use is necessary and beneficial for all the world's nations. The mass media as well as the funds channeled to universities and other educational centers around the world have played the central role in diffusing this globalizing ideology and in achieving the universal acceptance of the concept of globalization as well as its underlining assumptions (...) Globalization is then seen as geopolitical and military strategy that represents new forms of domination around the world by core countries. Within this framework, both the defense of transnational corporations economic interests and military hegemony are central to explaining the structure of the globalization concept» (Ortiz Wagdyman 1995 p.306).

Primeramente nos plantea el característico llamado a terminar con los estados nacionales:

«Si es verdad que la globalización del mundo está en marcha, y, todo indica que así es, entonces, comienza el réquiem por el Estado-nación...»

Enseguida procede a implicar que lo nacional se opone absolutamente a lo global:

«... el movimiento antisistémico o de desconexión de cualquier proyecto político, económico o social aparece difícil, por no decir propiamente imposible(...) Florecen y florecerán nacionalismos, populismos, corporativismos, fascismos, militarismos, nasserismos, tercermundismos, socialismos. Logran y lograrán mucho, pero no la desconexión, la autonomización, la internalización de los centros de decisión, el proyecto nacional, la soberanía» (Ianni 1995, p. 94).

Por tanto, un aspecto central de la democracia latinoamericana como es la noción de soberanía (Marini 1993), igualmente es eliminada:

«...cuando las fronteras son nulificadas o anuladas, la soberanía se transforma en figura retórica; objetivamente la sociedad nacional se revela en una provincia de la sociedad global. Por más desarrollada, compleja y sedimentada que sea la sociedad nacional, la misma se transforma en subsistema, segmento o provincia de una totalidad histórica y geográfica más amplia, abarcante, compleja, problemática, contradictoria» (Ianni 1995, p. 94).

Se trata nuevamente de un sistema universal jerarquizado, vástago del antiguo ecumenismo helenístico romano, el cual posteriormente sería asimilado por el impe-

rialismo expansionista cristiano, primeramente católico (franco ibérico) y posteriormente protestante (anglo sajón sobre todo). Se trata, en sus propias palabras, de un nuevo «cosmopolitismo» («se abren los horizontes del cosmopolitismo»), (cosmopolitismo es precisamente el término utilizado en la filosofía helenístico-romana para referirse a lo que ahora llaman globalismo).

Este globalismo cosmopolita es entendido como universalismo moral:

«¿Qué significa universalismo? Que se relativiza la propia forma de existencia, atendiendo a las pretensiones legítimas de las demás formas de vida; que se reconoce iguales derechos a los otros, a los extraños, como a todas sus idiosincrasias y todo lo que resulta difícil de entender, que cada uno no se obstina en la universalización de la propia identidad; que cada uno no excluye y condena todo lo que se desligue de la misma; que los ámbitos de tolerancia tienen que tornarse infinitamente mayores de lo que son hoy. Todo esto es lo que significa universalismo moral» (Ianni 1995 p.97).

A partir de la exaltación paradigmática del mercado que caracteriza las corrientes económicas neoliberales, se analogía la vida política y social de las personas con las características y movimientos de las mercancías:

«De la misma manera que las cosas y las mercancías, bien como ideas y como fantasías, también los individuos se transforman cada vez más en ciudadanos del mundo. Descubren que pueden ser diferentes de todo lo que han sido» (Ianni 1995, p.97).

Los peligros ontológicos son una nueva variable que altera la condicionalidad sistémica, y por eso tienen que ser

considerados para poder comprender las orientaciones que adquiere el globalismo democrático neoliberal en el mundo y en Latinoamérica. Los dos peligros ontológicos subtienden una situación de agudización permanente de crisis. Las políticas que se adoptan (globalismo democrático neoliberal), sin embargo, tienden a la profundización de la asimetría como aspecto central del sistema internacional. La violencia político militar aumenta, como vimos antes, pero se incrementa aun más la violencia psicosocial y económica.

Al nivel de la sociedad civil, se tienden a desarrollar procesos crecientes de violencia psicosocial. En terminología más sencilla, las políticas inherentes al globalismo democrático neoliberal potencian la corrupción y la criminalidad en todos los ámbitos de la vida, así como el nihilismo materialista craso que los cobija.

«La obtención de muchas ganancias al corto plazo y por los medios que sea necesario», que caracteriza la mentalidad del actual capitalismo yuppie, así como su carácter necesariamente especulativo y mafioso, solamente pueden conseguirse mediante un nuevo reparto (por las buenas y por las malas) del mundo, donde los que más tienen más van a tener, y los que menos tienen menos van a tener. Esto solamente puede resultar en el agravamiento de los dos peligros ontológicos. A su vez, situaciones ecosociales y militares terminales inducen mayores niveles de asimetría sistémica. El resultado es una mayor inestabilidad generalizada y universal, que acelera la descomposición civilizacional mundial. Lo cual, a su vez, nuevamente refuerza o profundiza los peligros ontológicos, y el círculo vicioso se repite⁸.

8 Al respecto hay toda una área problemática que discutir, y que aquí únicamente mencionamos y dejamos para un trabajo posterior. Esa discusión incluye analizar el papel de los CEOs (Chief Executive Officer) de las CTNs como nuevos centros individuales de gestión globalista democrática neoliberal, pero abarca

II.2. Democracia⁹

El globalismo democrático surge con el fin de la llamada Guerra Fría. Ante la caída del sistema soviético, la «democracia» pasa a ser considerada, en palabras de Samuel Huntington, como

«la única alternativa legítima y viable a cualquier tipo de régimen autoritario» (Huntington 1992).

Existiría una tendencia global irreversible hacia la democratización, que se reflejaría en hechos tales como que, si en 1973 existían 43 democracias en el mundo, ya para 1993 ese número habría aumentado a 75. Habría una tendencia irreversible e inevitable hacia la democracia y la democratización a escala planetaria, es decir, un absolutismo de la democracia, como diría Fukuyama. Las metáforas que tendríamos que utilizar para comprender este proceso no son las de oleadas o mareas (tal como había hecho Huntington), sino más bien habría que pensar en una especie de zig-zag, incluyendo retrocesos temporales, dentro de un proceso de democratización global que debería ser considerado como la marcha histórica unidireccional, conducente a la universalización de la democracia y por tanto hacia el final de la historia.

varios otros aspectos, tales como la total «comercialización del ser» y el desarrollo de nuevas lealtades. Las lealtades de los individuos y los grupos se trasladan a la empresa o a la iglesia o a proyectos políticos, de género, de subgrupo social, de unidad étnica, militar, institucional, ideológica, religiosa. Fragmentación individual, social y política. Estudio de las relaciones entre estas unidades y el centro hegemónico que se necesita para que el sistema pueda ser estable. Surgimiento de una nueva contradicción entre la necesidad de cohesión universal de este centro, y la necesidad de disgregación y segmentación de las unidades políticas estatales.

⁹ En este trabajo solamente estudiamos las teorías neoliberales o conservadoras de la democracia, y no una serie de desarrollos críticos y alternativos de este mismo régimen político, que cada día reciben más atención.

En este sentido, la democracia correspondería a alguna parte o dimensión esencial o constitutiva de la naturaleza humana. Por tanto, la difusión global de la democracia no sería sino el despliegue mismo de la teleología humana.

Según los teóricos de la democracia de los años 60 y 70, tales como Lipset, Almond, Verba, Moore Jr, Dahl y O'Donnell, la tarea tanto teórica como política consistía en determinar o generar las condiciones objetivas para la emergencia de democracias estables. Es decir, se consideraba que la democracia era el resultado de mayores niveles de modernización y riqueza, de bienestar social generalizado, de una estructura burguesa de clases sociales, de la implantación de valores culturales tolerantes, y, finalmente, de la consecución de independencia económica respecto de actores externos. Lipset (1959), por ejemplo, presentaba un argumento funcionalista de la democracia, según el cual existiría una correlación genérica entre capitalismo, democracia y modernización.

Ahora, en los años 90, el proceso hacia la democratización ya se habría liberado de esas «condiciones objetivas», y se afirma que puede ser implantada de forma voluntarista. En este sentido, por ejemplo, para G. Di Palma (1990) la democratización puede surgir cuando un régimen autoritario, o al menos algunos sectores en él, conjuntamente con fuerzas de la oposición llegan a la conclusión que sería mejor alcanzar un acuerdo democrático, antes que luchar entre ellos a muerte hasta el final. Si estos sectores pueden hacer que rápidamente se implementen elecciones libres, entonces es posible obtener un régimen democrático independientemente de la existencia de factores objetivos, incluso sin que prevalezcan convicciones democráticas entre la población. La democracia del neoliberalismo globalista es voluntarista, impuesta incluso allí donde no existen condiciones sociales para ella, acaso como en la desgarrada Haití -lo cual no quiere decir que el régimen autoritario haitiano

no debía ser sustituido por otro menos autoritario que, con apoyo internacional, venga a mejorar la situación allí y que, eventualmente, en el futuro logre que en ese país surja una democracia verdadera (representativa y participativa).

Existiría un clima pro democracia en el mundo, tal que haría que ese tipo de procesos descritos por Di Palma pudiera ponerse en práctica y generalizarse. Ese «clima mundial pro democracia» sería un indicador claro de «globalismo». Es decir, una demostración de que ya estarían en marcha fuerzas globales que habrían pasado a condicionar, tanto los procesos y desarrollos generales como los locales.

Dando el siguiente paso en la lógica argumentativa, Morton Halperin y David J. Scheffer (1992), dicen que:

«El gobierno de USA debería asumir el liderazgo en la coordinación de una respuesta internacional más activista respecto a las crisis de auto-determinación».

Para estos autores, en tales coyunturas, USA debería incrementar su intervención política, diplomática, o militar si fuese necesario, para promover la democracia:

«...la defensa del nuevo orden mundial... requerirá la voluntad política para utilizar la fuerza militar con propósitos novedosos: para defender la democracia, para proteger los derechos humanos de grandes grupos humanos..., para terminar con pesadillas humanitarias, o para detener una guerra civil devastadora... USA necesita reconocer que algunos países consideren el nuevo interés de USA en la democracia y en la auto determinación, como otro pretexto para la intervención norteamericana en los asuntos internos de otros estados, en apoyo de la seguridad norteamericana y de sus intereses económicos».

Por tanto, concluyen Halperin y Scheffer, USA debe comprometerse en, «intervenciones coercitivas, solamente con el apoyo de la comunidad internacional».

El globalismo democrático es, entonces, en un primer sentido, la exportación de la democracia a escala planetaria, la imposición de la democracia globalmente, por parte de una coalición hegemónica, al frente de la cual se encuentra USA.

Esta orientación de la política norteamericana por supuesto que no es nueva. Para algunos teóricos de las relaciones internacionales entre las dos guerras mundiales, el globalismo democrático estaba arraigado en un sistema universal.

Esta ideología fue probada con la creación de la Liga de las Naciones y los conceptos «Wilsonianos», que pretendían la «(expansión de la) democracia y el libre comercio, la defensa de la democracia y los países considerados democráticos por ellos mismos, contra sus enemigos, el aislamiento de estados represivos y parias, y la protección y la promoción de los derechos humanos» (Hoffman 1995, p. 159). Se trató de una propuesta ideológica de USA, ya que este país no pasó a propiciar la organización de la Liga (no fue miembro), y en el sistema internacional últimamente prevaleció la descomposición de los regímenes e instituciones internacionales de la decaída hegemonía británica.

Por eso, la Liga de las Naciones fue eventualmente un fracaso, pero muchos de los mismos conceptos fueron adoptados en la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), organización en la que se involucra USA como artífice central. Sin embargo, contrario a la experiencia de la Liga de las Naciones, bajo la hegemonía de USA y la teoría realista, la ONU fue condicionada por el entorno determinante de la Guerra Fría, y en su seno se libraron

aspectos importantes de esta confrontación, por ejemplo en el Consejo de Seguridad se desarrolló una dimensión de la «bipolaridad estable» que tanto alabaron los teóricos realistas tanto en USA como en la URSS. Pero también en la Asamblea General se reflejó la Guerra Fría, en los cincuenta controlada por USA y en los setentas por la URSS. Los propósitos cooperativos y comunitarios de la institución fueron utilizados por las dos ideologías globales: la democracia liberal capitalista y la democracia popular de la dictadura del proletariado del comunismo marxista socialista, se enfrentaban a muerte por la dominación mundial. Se trataba de una confrontación absoluta y, por el peligro termónuclear, imposible de llevar a cabo mediante una guerra total. Por eso la instancia de la ONU adquirió particular relevancia, al igual que un conjunto de dimensiones político económicas en las que se librara esa guerra entre los dos sistemas (capitalista y socialista).

Con la caída de la Unión Soviética y el triunfo del capitalismo democrático como el sistema «preferido,» la ONU encontró, por primera vez en su historia, la oportunidad de funcionar dentro del marco de su Carta. En teoría, esta nueva dimensión redundaría en beneficios para todos. Esta visión, sin embargo, no explicita que de lo que se trataría es de la posibilidad de la renovación del hegemonismo de USA, en torno al cual se construiría, no solamente esa «ONU de ensueño», sino el conjunto de instituciones globalistas democráticas neoliberales.

La tesis relativa a que los países democráticos no resuelven sus problemas a través de la guerra, es apoyada por la mayoría de los teóricos oficiales, las instituciones internacionales y los países «occidentales». Como resultado, estos gobiernos del Norte perciben la democracia o «internacionalismo liberal», como el sistema necesario y lógico para todos los países del mundo. En palabras de Stanley Hoffman:

«Se seguía y se sigue que la creencia en que la eliminación de las guerras de agresión será el resultado de los regímenes democráticos liberales, tal como en el esquema kantiano para la paz perpetua, de los acuerdos que tales regímenes firman para prohibir la guerra y reducir el armamentismo» «[Wilson, Roosevelt, y Bush], los tres supusieron que la naturaleza del régimen es un determinante central del comportamiento del estado: los estados democráticos no luchan entre sí» (Hoffman 1995, p 161).

Pero esta teoría no se puede sostener, como reconoce el mismo proponente, cuando acepta que,

«Es difícil ofrecer evidencia decisiva para probar esa hipótesis, sin embargo, y los neorrealistas creen que la estructura anárquica de las relaciones internacionales impone el mismo tipo de comportamiento a todos los estados» (Hoffman 1995, p.167).

Hoffman se refiere entonces a un nuevo predicamento (peligro) que, como ya hemos visto, es considerado como típico del globalismo, a saber, la no sobrevivencia del sistema estatal. En otras palabras, la caución realista aprendida en el ascenso nazifascista previene a analistas como Hoffman, de abandonar la consideración del papel central del poder estatal en el sistema internacional. Para los realistas o neorrealistas, la no presencia de estados independientes tiene efectos negativos impredecibles en la anarquía sistémica. Consecuentemente, para la consideración del globalismo y de lo global, la política hegemónica tiende a adquirir importancia decisiva en la teoría y la práctica neorrealistas.

Es desde la consideración de la continuidad y necesidad de formas estatales en la política, (individual, social, nacional, internacional, o global), que surge la correspon-

diente necesidad de discutir la tendencia histórica observable. En este sentido, como indicamos antes, es necesario enfatizar, y es algo inescapable al análisis, que el estado nacional metropolitano o hegemónico regional no parece tender a debilitarse. Todo lo contrario, mas bien parece estar agregando poder a su constitución hegemónica regional, al asumir o tomar aspectos de la soberanía de los otros estados. Por ejemplo México y América Latina en su conjunto, están «cediendo» o «entregando» (nuevamente con gozo neoliberal) soberanía a USA. Un elemento indicativo de esto se puede observar al contrastar, el neoconservadurismo en USA, que es patrioterero y chauvinista nacionalista, con el neoliberalismo latinoamericano, que es mas bien malinchista, internacionalista y cosmopolitista. Mientras que conservadores desde Reagan y Bush hasta Dole, Gingrich o Buchanan, comparten con los neoliberales su rechazo al estado y su adoración por el mercado, al mismo tiempo estos políticos de USA son muy nacionalistas, contrario a lo que han sido los Salinas, los Pérez y los Menems. En el centro hegemónico, el globalismo es visto como la expansión de las instituciones democráticas, desde (y para) USA, capital de la democracia mundial.

Y esto tiene lugar en situación de post Guerra Fría, es decir, cuando los vencedores en esa contienda tienden, se ven impelidos a generalizar al conjunto sistémico, los mecanismos económicos y militares, y las corrientes sociopolíticas, que fueron utilizados contra el sistema soviético, para precipitar su descomposición y crisis final.

Uno de estos mecanismos fue la carrera armamentista, que debilitó la economía de USA frente a la competencia europea y del Pacífico asiático (no abrumada por aparatos económicos militares globales), pero que acabó consumiendo la economía civil de la URSS, incapaz de resistir el aislamiento impuesto por el capital. Las tesis de von Mises, sobre la imposibilidad de sobrevivencia del socialismo en un

entorno económico financiero capitalista, parecerían haber sido confirmadas, pero no por las razones que aduce el conocido economista austríaco (acción del mercado), sino por las actividades políticas militares (incluyendo la imposición de una agotadora economía de guerra) (Vease E. Saxe Fernández, 1983).

Otro mecanismo, al cual hemos hecho referencia, fue la organización de operativos por parte de las agencias de inteligencia de USA y la OTAN, dirigidos a lograr la cooptación y corrupción de la élite soviética, lo que se alcanzó brillantemente.

Para el caso latinoamericano, uno tiene que preguntarse ¿cuál sería el mecanismo equivalente a la carrera armamentista y la corrupción y cooptación de élites, utilizados contra la URSS? La comparación es difícil, porque la URSS era un retador sistémico, mientras que América Latina junto con el resto del anteriormente llamado Tercer Mundo era y es una zona subordinada. La región latinoamericana, sin embargo, con el conjunto del llamado Tercer Mundo había desarrollado algunas dimensiones de autonomía, recibidas o alcanzadas por la región como resultado de las dos grandes guerras mundiales del siglo XX (es ilustrativo cómo los términos de intercambio son sumamente favorables para América Latina durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo -véase la figura 1). La existencia de un retador al hegemonismo de USA, durante el período de la Guerra Fría, posibilitó un nivel de independencia del Tercer Mundo resultante, en primer término, en la reconstitución de China, pero donde también tenemos que incluir el «tercermundismo» «antimperialismo/ista» de los procesos de liberación nacional en África, Asia y América Latina. Pleegándose a uno de los dos bandos, países y movimientos políticos podían alcanzar algunos de sus objetivos, incluyendo el apoyo norteamericano a Israel y África del Sur, y el apoyo soviético a Corea del Norte y Rumania.

Para acabar con esa tendencia autonomista (nacionalista) notoria en América Latina durante la Guerra Fría, el apalancamiento financiero vino a demostrar ser muy eficiente. La deuda externa es a Latinoamérica, *ceteris paribus*, lo que la carrera armamentista fue a la URSS: un irresistible reflujo que estos países no pudieron contrarrestar, y que, más bien, las nuevas élites políticas en la región se comprometieron en apoyar -como quinta columna.

La caída del llamado Segundo Mundo se da paralelamente a la caída del llamado Tercer Mundo. Tanto la URSS como América Latina asisten al colapsamiento interno/externo de sus proyectos históricos, aunque, claro, la dimensión estratégica latinoamericana, aunque primordial para USA, a escala mundial es secundaria.

Retornando al problema de considerar los mecanismos utilizados por USA y el capital para dismantelar el nacionalismo latinoamericano, analogándolos con los utilizados para el dismantelamiento del sistema soviético, podemos hipotetizar que en los dos casos se utilizó fuertemente el mecanismo cooptativo corruptivo. Luego, mientras para el sistema soviético se usó como mecanismo de ataque económico el bloqueo y la imposición de una costosa carrera armamentista, en el caso latinoamericano se utilizaron, el manejo de la deuda externa, el aperturismo comercial externo indiscriminado, los programas de ajuste estructural neoliberales, y la corrupción.

Con la destrucción del sistema soviético se da una recomposición del sistema internacional que asombra por su rapidez, inestabilidad y fluidez, consistente en el reforzamiento de las posiciones de otros actores importantes, particularmente Alemania y Francia y el resto de Europa, Japón e, incluso, una emergente (eventual retadora) en China o el centro asiático en general. Por otra parte las periferias, sobre todo América Latina y Africa, donde los estados

nacionales son débiles y tienen bases estructurales establecidas por las potencias occidentales a partir del siglo XVI, se da la reemergencia de características coloniales y neocoloniales.

Se pasa así, en realidad, no a ese modelo globalista donde imperaría la ley de la más alta asimetría para alcanzar la estabilidad sistémica, y en el que USA sería la nueva Roma o el nuevo Londres, sino que la travesía es hacia un mundo descomponiéndose y recomponiéndose en grandes áreas geográficas; concentrándose en los centros metropolitanos y/o asociados a la vez que fragmentándose en las periferias locales y nacionales.

Para los neorrealistas, el principio organizativo del sistema internacional es la articulación del poder y de la riqueza. A la concentración acelerada de la riqueza que se observa a todo nivel, no puede corresponder la difusión o repartición del poder, que aparece explícita o implícitamente en la ideología del globalismo democrático neoliberal. Más bien, a esa concentración de la riqueza corresponde una paralela concentración del poder.

Esto es algo que los círculos del poder no quieren que la población sepa o piense -incluyendo a la academia, que en esto es tan o más ilusa que cualquier otro sector. Utilizan procedimientos de masificación y uniformización ideológica, muy fuertes aunque simples (telemédios en particular, incluyendo el conjunto de posibilidades que ofrece el paradigma tecnoeconómico informático). Insisten en obligarnos a creer en un modelo globalista ideal, y lo definen por contraposición a un caos.

Así por ejemplo, en un artículo escrito por el Secretario General de la ONU, Boutros Boutros-Ghali (1996), leemos que, «Conforme se aproxima el siglo XXI, el planeta está constreñido por dos fuerzas opuestas: la globalización y la fragmentación».

La globalización luego es convertida en sinónimo de integración internacional (económica sobre todo, pero eventualmente política y cultural también), y la fragmentación es vista como sinónimo de la desintegración. Finalmente, se afirma que la continuación del estado nacional fomenta la desintegración a todo nivel. El resultado es afirmar que «O nos globalizamos o nos desintegramos». El siguiente ideologema central es consumido ávida y dogmáticamente en América Latina: «muerte al estado nacional por medio de la democratización».

II.2.a. Democracia neoliberal:

«Si democracia es acudir a votar... a mí no me sirve. Democracia es derecho al trabajo, a la salud, a la vivienda. Eso sí que es democracia». Hebe Bonafini, Presidenta de las Madres de Plaza de Mayo. (Cf. R. Lobo 1996).

«La mano invisible de Adam Smith puede que sea más bien como las ropas nuevas del emperador: invisible porque no se encuentra ahí». (Stiglitz)

¿De dónde surgen los elementos de globalismo democrático y por qué? El final de la Guerra Fría se caracteriza por una nueva fase general de expansión geográfica del capitalismo y, en el caso de América Latina, por el desmantelamiento de los estados nacionales en cuanto tales, por el control foráneo directo de sus economías, y por la desmovilización y desarticulación de organizaciones y movimientos populares.

El impulso para **implantar** (voluntaristamente) sistemas políticos de democracia formal en la región, es articulado por las nuevas élites neoliberales, dirigidas y estimuladas directamente por el gobierno de USA, las CTNs y los

organismos internacionales asociados (FMI, BM, etc.). La democratización funciona, tanto como instrumento reconstitutivo y adaptativo ante los requerimientos del hegemonismo globalizante, como válvula de escape y escudo de contención política e ideológica frente a la crisis neoliberal concomitante.

El nuevo tipo de democracia que se instala es oligárquico. Se excluyen amplios sectores sociales de la participación política organizada, para dar márgenes de manobra al bloque hegemónico y a las élites políticas, que emprenden procesos económicos devastadores para esos sectores sociales excluidos -tanto como para la nación misma. El interés nacional de USA se articula directamente en América Latina mediante esas «reformas neoliberales democráticas», siendo México el ejemplo paradigmático.

Al través de su historia, USA ha utilizado la noción de democracia para promover internacionalmente sus intereses, independientemente del contenido democrático real que tenga lo que se promueva o implante -nuevamente, la «democracia» mexicana es ejemplar en esto. En consecuencia, prácticamente todos los gobiernos latinoamericanos que han recibido el apoyo de USA, cuando ese apoyo se hacía o hace efectivo, son considerados «democráticos» por el simple hecho de ser amigos del gobierno de Washington, o por lo menos enemigos de los enemigos de Washington. En Nicaragua, por ejemplo, los procesos electorales montados por el somozato siempre fueron avalados por el gobierno norteamericano. Al revés, procesos democráticos en países enemigos o distanciados de USA son tachados de dictatoriales por la administración norteamericana. Tal fue el caso cuando el candidato Sandinista resultó electo a la presidencia de Nicaragua a mediados de los años ochenta, o cuando Salinas, el PRI, la embajada de USA y la IBM le robaron la elección a Cuauhtémoc Cárdenas en 1988.

Chomsky plantea esto de la siguiente forma:

«Si por 'democracia estilo Americano' queremos significar un sistema político con elecciones realizadas regularmente, pero sin ningún reto significativo al gobierno de los negocios, entonces los políticos de USA sin duda ansían verla establecida por todo el mundo. Consecuentemente, la doctrina no se ve erosionada por el hecho que es consistentemente violada por otra interpretación del concepto de democracia, entendido como un sistema en el que los ciudadanos puedan jugar algún papel significativo en el manejo de los asuntos públicos» (Chomsky 1992, p.331).

«Lograr democratización y democracia» fueron elementos ideológicos claves, que la coalición dirigida por USA empleó durante la última fase de la Guerra Fría, particularmente contra los aliados europeos de la URSS; pero también en América Latina para que ese «gobierno de los negocios» que menciona Chomsky, pudiera enfrentar la crisis económica derivada de las políticas neoliberales. La combinación de movimientos «pro democracia» auspiciados por Occidente y/o USA, con la penetración desintegradora realizada por la comunidad de inteligencia norteamericana contra el Partido Comunista (en Polonia) o el Frente Sandinista en Nicaragua, desestabilizó la situación para los regímenes, socialista de Polonia y nacionalista de Nicaragua.

Ruy Mauro Marini (1993, p.12) nos amplía las perspectivas analíticas, cuando indica que,

«La redemocratización latinoamericana se enmarca en la ofensiva destada por Estados Unidos para, a la vez que enfrenta la crisis internacional por la que ha pasado el capitalismo, reestructurar la economía mundial en provecho propio» (Marini 1993, p.12).

En América Latina, históricamente los regímenes democráticos y la teoría sobre la democracia, hasta hace poco han tenido y han postulado una relación intrínseca con las ideas y las prácticas de la justicia social y de la soberanía nacional (Marini 1993). La presencia de estos dos aspectos ha sido crucial para evaluar el verdadero contenido democrático de los regímenes latinoamericanos.

El establecimiento de una vinculación directa y necesaria entre democracia y soberanía es el legado, por una parte, de la república oligárquica «clásica» que se desarrolla en la región a partir de las luchas por la independencia de las potencias coloniales ibéricas, durante el siglo XIX y parte del XX. Pero, por la otra parte, sobre todo, la relación democracia soberanía se desarrolló en la región por los gobiernos nacionalistas populistas, muchos de ellos muy anti imperialistas, del siglo XX. A su vez, la relación entre democracia y justicia social es el legado teórico y de lucha de los movimientos populares, populistas y revolucionarios de la región, notablemente a partir de la época del neocolonialismo y el neoimperialismo norteamericano.

Más recientemente, sin embargo, como mencionamos arriba, con el fin de la llamada Guerra Fría, ha surgido una nueva forma de concebir y de promocionar la democracia, voluntaristamente. El apoyo externo «globalista» resulta crítico para que esta estrategia política se sostenga, porque el nuevo bloque hegemónico local por sí solo no podría, ni derrumbar el sistema anterior, ni sostener el nuevo.

Por supuesto, lo que se entiende por democracia en uno y en otro caso no son lo mismo completamente, aunque existen continuidades entre lo que se postulaba en los 60 y 70 y lo que se postula ahora. Por una parte, como indicamos, la nueva teoría de la democracia no enfatiza, o bien simplemente descarta, la relación entre democracia y justicia social, y entre democracia y soberanía. Lo que queda,

por así decir, de democracia, es el aspecto formal procesual de la democracia, los procesos electorales y las estructuraciones puramente político institucionales del aparataje estatal democrático.

En estas nuevas teorías de la democracia, se piensa que, puesto que la nueva época mundial se caracteriza por la democracia globalizada, entonces este entorno democrático internacional es responsable («causa») de crear las condiciones políticas necesarias para generar democracia en todo y en cualquier lugar, independientemente de las condiciones económicas, sociales y/o ideológicas. El sistema internacional pasaría entonces a condicionar, si no determinar, los procesos internos de los países, de los estados nacionales. Las soberanías nacionales estarían en proceso de debilitamiento sostenido, y eventualmente terminarían por extinguirse, o por seguir presentes en forma ceremonial, mediante una bandera y una canción, y en el recuerdo borroso y sumamente distorsionado del pasado.

Este esquema típico de la ideología del globalismo democrático, presupone simetría generalizada en el sistema internacional, lo que es tanto teórica como efectivamente falso e incorrecto, respectivamente. Si la hipótesis es la de una «flexibilización» o «reducción» de lo nacional, particularmente de la soberanía nacional, entonces esa flexibilización necesariamente tiene que darse en diferentes puntos del sistema de diferente manera, dado que en el globalismo lo que debe tender a prevalecer es una asimetría extrema. Se trataría entonces de un incremento de lo «global», que con mayor importancia continuaría concentrando lo que los realistas y neorrealistas llaman «poder».

Las diferentes concentraciones de soberanía de cada estado del sistema serían reordenadas y redistribuidas entre otros agentes. En el esquema idealista de una democracia global participativa y efectiva, necesariamente se sigue

que, una parte de esas concentraciones iría a reconfigurar la soberanía de los individuos y grupos dentro de ese estado, y otra parte iría a reconfigurar la soberanía de todos los otros individuos en el conjunto global. Otra parte adicional, derivada de la primera o de la segunda de estas dos corrientes, tendría que ir a fortalecer el nuevo núcleo soberano, el centro hegemónico que posibilita, ejecuta y «hace cumplir» la globalización. Ese centro hegemónico se apoya en el conjunto de agentes, instituciones, organizaciones y regímenes internacionales «globalizantes». La empresa capitalista transnacional juega como siempre un papel central, en este caso de forma preeminente en su forma financiera. Pero también están el conjunto de instituciones financieras internacionales desde donde se procede a rearticular la economía mundial para propiciar el globalismo. Esto significa la elaboración y ejecución de un conjunto de políticas financieras internacionales que induzcan la mayor concentración económica, el bienestar y desarrollo lo más acelerado posible del centro hegemónico.

El principio general utilizado para justificar esto, se basa en sostener que la esencia de la vida política es similar a la esencia de la vida económica, de donde se sigue uno de los dogmas principales, a saber, «que solamente la empresa privada genera (o produce) libertad y por tanto bienestar y democracia». En un sistema asimétrico dominado por oligopolios y monopolios transnacionales (globales), la libertad y la soberanía se concentran («se precipitan», para usar otra metáfora química) en el sector más «globalizado» y globalizante, el financiero -que puede articularse especialmente bien con el paradigma tecnoeconómico comunicativo electrónico.

Dado que, de todas maneras, los regímenes políticos y la democracia en particular, tienen que ser considerados como construcciones desarrolladas sobre condiciones económicas y socio históricas (inmaduras) específicas, se siguen tres implicaciones que conviene destacar.

Primero, la participación política bajo el neoliberalismo concomitante con el globalismo democrático, ya no le permite a los individuos establecer las políticas económicas y sociales, lo que era la pretensión de la democracia centrada, en la polis, en la república renacentista o en el estado nacional moderno. Es difícil entonces pensar en la democracia sin incluir aspectos de soberanía, es decir, una democracia que no garantiza la capacidad de decisión de todos los individuos y grupos que la constituyen. A la mente necesariamente vienen comparaciones históricas de modelos universalistas jerárquicos, tales como los imperios helenísticos o el romano de la antigüedad. Entonces, en el conjunto imperial subsistían reinos pero también *poleis* y repúblicas, regidos por los principios generales del derecho romano y bajo la protección de las legiones romanas. No es posible afirmar que el conjunto imperial romano se caracterizase por ser fuertemente o fundamentalmente democrático, pero sí es posible determinarlo como «globalista» en el sentido de sistema universal jerárquico. Sin embargo, en esas entidades que subsistían dentro del imperio, las oligarquías aliadas de Roma proclamaban ser republicanas.

No existe en la historia ningún ejemplo de sistema universal jerárquico democrático, y la postulación de un modelo de este tipo de alcance global para nuestro tiempo, primeramente tiene que considerar sus dimensiones globales en tanto opuestas necesariamente a la democracia y la democratización.

Durante la década de los ochentas los proyectos neoliberales en Latinoamérica fueron montados calculadamente sobre los procesos de repudio a los regímenes militares burocráticos que, a su vez, habían sido utilizados sobre todo en América del Sur para terminar con los experimentos populistas y hasta socialistas como en Chile. El deseo de libertad y democracia de pueblos reprimidos brutalmente (donde reinaba la impunidad y el terror, donde el estado

era censura, asesinato y tortura), fue aprovechado y cooptado por los movimientos políticos e ideológicos neoliberales, que fundamentaban sus plataformas propagandísticas en la necesidad de universalizar la libertad económica y el consecuente dominio absoluto del mercado capitalista, incluso en el nivel de la política. Democracia era mercantilismo y viceversa.

Los neoliberales proclamaban tener la solución para los problemas creados en la región por el «intervencionismo antidemocrático del estado». Igualmente, los neoliberales desarrollaban grandiosas campañas políticas, por primera vez en Latinoamérica utilizando todas las nuevas técnicas de mercadotecnia, incluyendo los mejores asesores de imagen de Madison Avenue, que incluían un discurso con cuatro características:

1. populista;
2. patriotero;
3. «enérgico» (proponiendo «mano fuerte» contra la corrupción de los burócratas estatales, por ejemplo), y
4. «nuevo» o «no tradicional» (nuevas caras, nuevos partidos, nuevos tipos de actividades políticas).

Se trata de un «estilo político posmoderno» que ha sido popularmente denominado el «efecto fujicolor», para referirse a los casos de Fujimori y Collor de Mello, y a una marca de filme para hacer fotografías. Es un estilo deslumbrante en la imagen que, a la hora de llegada, no corresponde en la práctica con esas imágenes. Es decir, el populismo electoral de los neoliberales se transforma rápidamente en elitismo una vez que alcanzan el poder político.

Se proclama que el desmantelamiento del estado y la reducción de la soberanía van a fortalecer la sociedad civil. Así entonces, se completa el argumento neoliberal. El mercado produce democracia porque mercado produce fundamentalmente sociedad civil, conforme se desarrolla, y una sociedad civil desarrollada requiere de la democracia para poder ser tal. El supuesto es que el mercado es un sistema donde cada individuo tiene oportunidades similares para obtener ganancias (económicas o políticas). Se trata de un falso supuesto, al menos en las economías reales donde hay una creciente asimetría nacional e internacional, es decir, donde conforme aumenta la globalización también aumenta la concentración de la riqueza y por tanto del poder político.

En cuanto a la sociedad civil, lo que se observa es, por una parte, una lucha cerrada del bloque neoliberal (estado, sectores económicos exportadores o asociados con intereses extranjeros, instituciones financieras internacionales, CTNs, particularmente el sector financiero) contra las articulaciones de los sectores populares, de clases medias y de capitalismo nacionalista. Muchas instituciones y organizaciones del período cuando los sectores populares habían sido incorporados a la participación política, son destruidas (sindicatos, partidos políticos, asociaciones, etc.). Por otra parte se combate fieramente el surgimiento de nuevas organizaciones que no promuevan los intereses del estado y del bloque hegemónico neoliberales. Finalmente, el bloque hegemónico neoliberal apoya decididamente el surgimiento de las organizaciones de la sociedad civil, de los individuos, grupos y sectores pertenecientes primordialmente a ese bloque, y secundariamente a aquéllos pertenecientes a sectores aliados, asociados, cooptados, intervenidos o desmantelados. Lo que se produce entonces es el desarrollo de una sociedad civil oligárquica y «re neo imperial», llamada globalista por sus proponentes y defensores, y supuestamente piedra angular para el desarrollo de fuertes democracias.

Por eso el globalismo democrático neoliberal es formalista y muy eficiente para agravar a fondo los problemas sociales y económicos. No debe sorprender que en los sectores populares se produzca apatía y desencanto con la democracia, y que prontamente en los regímenes neoliberales se vea reducida la participación y la credibilidad del sistema político en su conjunto. Esto, por supuesto, no desagradará a las élites dirigentes, que se encontrarían en el mejor de los mundos posibles, porque se reduce la participación popular en los procesos electorales, lo cual beneficia a los candidatos de la nueva oligarquía y de los partidos conservadores.

La segunda implicación se refiere al papel de USA en la democratización global y latinoamericana; y la tercera tiene que ver con la crisis neoconservadora (i.e. «neoliberal») de América Latina y sus relaciones con la democracia.

Ya antes discutimos el papel de USA en la promoción internacional de la democracia, así como las nuevas teorías que justifican el intervencionismo norteamericano para la implantación de este tipo de regímenes.

Respecto al tercer y último aspecto, relativo a las relaciones entre el neoconservadurismo (neoliberalismo) y la democracia, es importante recordar cómo se plantea el problema. Existe una abundante literatura sobre las «transiciones a la democracia» y las «consolidaciones de la democracia», fundamentalmente centradas en el análisis de América Latina y Europa del Este.

El propósito explícito de las teorías de la transición y la consolidación de la democracia es evitar regresiones hacia regímenes autoritarios y, consecuentemente, busca fortalecer la democracia y hacerla un logro duradero. Esta pretensión es divulgada a todo trapo, pues ofrece la mejor justificación para el ejercicio especulativo y propositivo. No

tan explícitamente, estas teorías también buscan determinar cuáles son los aspectos y las formas de la democracia que resultan más compatibles con el neoconservadurismo prevaleciente en la ideología y las políticas económicas generales. Es decir, se trata de ver cómo es que la democracia puede apoyar el proyecto neoconservador; cómo es posible utilizar mecanismos y procesos democráticos para llevar adelante contrarreformas (denominadas «reformas») que tienden a implantar un régimen donde la democracia no tiene relación con la soberanía ni con la justicia social y que, en tanto oligárquica, no involucra al conjunto de la población sino que dispone de formas (institucionales, sociales, económicas, psicosociales) para inhibir la participación masiva en los procesos de la democracia neoliberal formalizada. Inclusive, se trata entonces de hacer que procesos democráticos (o al menos llamados democráticos), sirvan para establecer un régimen político que excluye a la inmensa mayoría de la población, porque otorga beneficios constitucional e institucionalmente sancionados a un pequeño grupo (oligarquía financiera). Por este motivo, una de las grandes invenciones y problemas del neoconservadurismo contemporáneo es: cómo utilizar aspectos de la democracia para establecer formas no participativas de vida política y económica.

Se trata de una tarea prácticamente imposible para estos sectores neoconservadores. Deben ampararse en las banderas de la nación misma para, desde posiciones donde tienen como función preservar y aumentar el interés nacional (presidente de la república, ministro, diputado, por ejemplo), proceder a despedazar las instituciones estatales y desmantelar el estado nación en cuanto tal.

El resultado tiende a ser abrir las puertas de par en par para que se instaure una corrupción ante la cual palidece la corrupción de los tiranos caribeños Rooseveltianos (recordemos el «Somoza es un hijo de puta, pero es nuestro

hijo de puta» de FDR), así como también de los sistemas políticos tradicionales, incluyendo aquí hasta los partidos social demócratas y los movimientos revolucionarios de la región:

«Una pequeña pero poderosa oligarquía se había formado alrededor del presidente, quien les había otorgado el derecho de enriquecerse. Este pequeño grupo poseía toda la riqueza del país; sus miembros daban preferencia a sus amigos en la distribución de la prosperidad. Cliques surgidas a la sombra de los bancos (...) monopolizaban todas las ganancias y hacían que el progreso social fuera otra leyenda nada más. Ciegos ante los problemas de su país, esas gentes sólo se preocupaban de sus propias ganancias».

Esta descripción del filósofo mexicano Leopoldo Zea (1943) se refiere al gobierno de Porfirio Díaz a finales del siglo XIX, pero es aplicable perfectamente también al gobierno de Carlos Salinas de Gortari, a finales del siglo XX.

Los neoconservadores de la región son grandes proponentes de una variedad de globalismo, según la cual el fin de la historia corresponde con el fin del estado nacional. Esto se aplicaría supuestamente para todos los estados del mundo, pero en el discurso se enfatiza la necesidad de deconstruir el estado nacional específico (México, Argentina, Venezuela, etc.) y llevarlo a un mínimo nozickiano. Erróneamente se afirma o se supone que procesos similares tienen lugar en los países miembros del Consejo de Seguridad de la ONU (al menos tal ha sido efectivamente el caso de la URSS), e incluso respecto a los miembros del llamado grupo de los siete.

A otro nivel, el discurso del globalismo democrático propone el desmantelamiento del sistema político internacional y su sustitución por una democracia universal (cuyo

modelo *in extremis* correspondería con las imágenes cristianas apocalípticas y paradisiacas: la última separación de buenos y malos realizada por Jesús en su Segunda encarnación o venida, la consecuente pervivencia de los que se salvan y la destrucción de los condenados, y después de esta purga cósmica universal entonces el alba, para los escogidos, del disfrute del renovado disfrute del paraíso). La forma terrenal de cumplir con este sueño ya fue prevista por las corrientes protestantes cristianas, pues pasa por la relación entre la alianza con Cristo y los frutos que Cristo otorga en resultados económicos. Los católicos y ortodoxos, por su parte, han desarrollado la relación, no entre Cristo y la riqueza, sino entre Cristo y el poder -magistralmente presentada por Dostoievsky en *Los hermanos Karamazov*. Todos/as en el reinado del neoliberalismo deben apresurarse y esforzarse para ser parte de los escogidos que podrán embarcarse en la nueva Arca, todos/as buscan ser elegidos, escogidos, salvados, aunque todos/as sepan que pocos/as lo pueden efectivamente llegar a ser, dentro de la lógica neoliberal tanto como en la consecuente lógica de precipitación de los peligros ontológicos. En palabras de un estudioso mexicano,

«Las verdades absolutas también dominan las percepciones que impone el neoliberalismo sobre lo que está sucediendo en la economía mundial, muy particularmente respecto al significado de los procesos de globalización. Desde la perspectiva del neoliberal, la globalización es percibida como un movimiento hacia el igualamiento «cerca de la cima», en lo que toca al desempeño de las economías nacionales individuales. Sobre la base de este razonamiento tan simplista, se procede a describir una ruta hacia el futuro, una senda única por la que cualquier «economía abierta», con sus mercados liberados de las interferencias estatales, tiene como destino natural (por medio de la globalización), logrando así un desempeño comparable

al del capitalismo desarrollado» (Estay Reyno 1995, p.322).

Durante algún tiempo en el caso de Salinas de Gortari, fue posible hacer creer a gran parte de la población mexicana, y de la opinión pública mundial, que efectivamente este país estaba moviéndose desde el Tercer hasta el Primer mundo. Este espejismo quedó hecho añicos cuando se hizo evidente, no ya el brutal ataque contra la vida misma del pueblo mexicano (por empobrecimiento o reducción de seguridad social, por ejemplo), sino también por el despilfarro de la nación, y por la criminalidad del presidente y del estado neoliberal mismo.

Por otra parte, la justicia social es desmantelada sistemáticamente. La ruptura de la solidaridad social como base de la convivencia política nacional, es uno de los instrumentos utilizados para reforzar los mecanismos y procesos de exclusión política, y una característica tenebrosa del globalismo democrático neoliberal, que augura por sí misma la renovación de las más graves tragedias a la humanidad.

El nuevo estado conservador u oligárquico es minimalista respecto a las necesidades e intereses de la mayoría de la población, pero al mismo tiempo es maximalista en lo que toca a los intereses y necesidades de los más ricos y otros miembros del bloque hegemónico, tanto a nivel nacional (local) como internacional (global).

El estado neoliberal no elimina el intervencionismo estatal. Lo que se hace es cambiar la orientación y los resultados de la intervención estatal. En lugar de dirigir (parte de) el apoyo estatal hacia la construcción nacional y, consecuentemente, a incorporar por este medio los sectores nacionales o populares, se le ha reorientado, económicamente para subsidiar y promover las actividades del conjunto

de sectores del capital -excluyendo capitalismo nacionalista-, principalmente el sector financiero; y **políticamente**, la acción del estado nacional es dirigida primordialmente contra el mismo estado nacional, para destruir en él aspectos centrales como la solidaridad socio política, para debilitarlo y reducirlo al «máximo mínimo», y para reutilizar esa «energía» política en favor de la corporación transnacional y la incorporación cultural universal de los individuos y comunidades a los centros capitalistas mundiales.

Esto incluye, no solamente la utilización de los recursos del estado para estos propósitos, sino la reconfiguración institucional misma de ese estado, para que sirva mejor esos intereses de forma permanente y legal. Por tanto, hay un estado intervencionista de bienestar para los ricos y para el capital extranjero. El resto de la población debe reducir su nivel de vida (calidad de vida social, económica, cultural), tanto como su inclusión y participación políticas (república neo oligárquica).

Para el/la ciudadano/a «común», se trata entonces de participar en una democracia diseñada para promover sistemática y permanentemente los intereses del bloque hegemónico, y que no tiene **efectividad** para resolver los problemas, o para promover los intereses, de ese/a ciudadano/a «común», «nacional».

A partir de la Segunda mitad de los años 80 de forma lenta y penosa, pero crecientemente sobre todo durante los años 90, el encanto del neoliberalismo finalmente ha empezado a disiparse, cuando la situación regional, nacional y personal empeora (solamente mejora para cada vez más pocos/as), y cuando los resultados son catastróficos no solamente en lo económico y lo social, sino sobre todo en lo político. Durante los años 90, el neoliberalismo se hace vergonzante pero también más prepotente. El resultado es la desvalorización de la democracia neoconservadora forma-

lista que se ha instaurado, y una mayor oposición con clamores crecientes por: o una democracia participativa donde los intereses de todos/as puedan ser articulados, o bien una dictadura que venga a poner coto al sistema de abusos generalizados que se ha adueñado de la vida latinoamericana como resultado del creciente caos neoliberal¹⁰.

Así, las teorías de la «transición» y de la «consolidación» democráticas, se refieren a cómo se pueden postular variantes en los sistemas políticos «democráticos» de la región, tales que se pueda proseguir sin tregua con las contrarreformas neoconservadoras, y tales que sean capaces de contener o controlar la creciente ira popular. Al mismo tiempo, la misma «consolidación» democrática erosiona la democracia. Tal como lo plantea Adam Przeworski:

«Enfrentando lo que a menudo son las crisis económicas más graves de su historia, se le dice a muchos países en todo el mundo que se zambullan y perseveren. Se les exhorta a zambullirse en reformas de las que solamente se puede saber una cosa a ciencia cierta: empeorarán la situación de la mayoría de las gentes por algún tiempo futuro. Se les urge a apresurar («short-circuit») el proceso democrático por medio de la adopción de reformas, tan rápidamente que los ciudadanos no tengan tiempo para movilizarse efectivamente contra ellas» (1992, p.45-46).

10 Con el final de la Guerra Fría, el neoliberalismo ha sido aceptado por la mayoría de las élites latinoamericanas como la solución de sus problemas y la forma para vincularse exitosamente con la economía internacional. Por otro lado, el comunismo/socialismo ha sido desacreditado como sistema económico, que por razones históricas, funcionaba como un contrapeso del capitalismo. En este sentido puede ser que en teoría el modelo neoliberal no sea «malo», pero con la desaparición de un «competidor» y su aceptación como parte de un proceso «mesiánico», ha resultado en un sistema con muchas contradicciones y problemas. Solamente desde el cinismo es posible afirmar que el neoliberalismo puede solucionar, tanto los problemas tradicionales heredados y reproducidos históricamente desde la conquista española, como los nuevos problemas (o la agudización de esos problemas tradicionales) que provoca el mismo neoliberalismo.

Esto conduce a lo que llamaremos la «democracia de medianoche» o la «democracia del ladrón en la oscuridad». Se introducen nuevas leyes, o se realizan cambios constitucionales en los parlamentos, de un día para el otro, algunas veces aprovechándose de un feriado nacional o de un fin de semana. En muchos casos los/as parlamentarios/as son tomados literalmente como rehenes por parte del ejecutivo o los OFIs, hasta que las nuevas legislaciones se hayan aprobado. Se trata de dar la menor publicidad posible a estos sucesos, y se los presenta como medidas inevitables que hay que adoptar so pena de no podemos encaramar en el tren que conduce a los paraísos primermundistas. Para cuando los lentos mecanismos que caracterizan los procesos democráticos se han puesto en movimiento y han calado en las conciencias (mediante la discusión de implicaciones de las legislaciones y sus supuestos) ya es demasiado tarde. Las movilizaciones populares son así frustradas. Si, de todas maneras existe fuerte oposición a las medidas, de todas maneras se adoptan, poniendo oídos sordos a la opinión pública, a los clamores populares y a las críticas¹¹.

En segundo lugar, los cambios que se imponen en

11 A. Przeworski ha captado perfectamente el sentido de esta «democracia-ladrón-de-medianoche». Dice que: «The policy style inherent in neoliberal economic reform programs contributes to this process in the following way. Since the neoliberal «cure» is a painful one, with significant social costs, reforms tend to be initiated from above and launched by surprise, independently of public opinion and without the participation of organized political forces. Reforms tend to be enacted by fiat, or railroaded through legislatures without any changes reflecting the divergence of interests and opinions. The political style of implementation tends toward rule by decree; governments seek to mobilize their supporters rather than accept the compromises that might result from public consultation. In the end the society is taught that it can vote but not choose; legislators are given the impression that they have no role to play in the elaboration of policy; nascent political parties, trade unions, and other organizations learn that their voices do not count. The autocratic character of such «Washington style» reforms helps to undermine representative institutions, personalize politics, and engender a climate in which politics becomes either reduced to fixes, or else inflated into a search for redemption. Thus even when neoliberal reforms make economic sense they weaken representative institutions» (Przeworski 1992, p.56).

América Latina (utilizando los procedimientos de la democracia formal de manera oligárquica), tienen consecuencias indeseables para la mayoría de la población, para los sectores nacionalistas de la economía, para la nación en cuanto tal, e incluso para todo lo que no sea capital financiero. Surge lo que hemos denominado la «democracia caja de Pandora»: de la caja de Pandora de las políticas neoconservadoras se escapan todos los males imaginables, que atacan la sociedad, los grupos y los individuos. Sin embargo, en el antiguo mito heleno sobre Pandora siempre quedaba, en el fondo de la caja, la esperanza como promesa de un futuro diferente y mejor. En el caso de la caja de Pandora neoconservadora (neoliberal), no queda nada en el fondo, es más, se trata de una caja sin fondo, de una trampa que conduce a la nada. Por tanto, no se trata tanto de un mercado libre sino de una caída libre («not so much a free market as a free fall»). Por eso hablamos de «Pandoro» y no de «Pandora», ya que este globalismo democrático neoliberal es la última eclosión del patriarcalismo.

En tercer lugar, la democracia neoconservadora tiene intrínsecamente la necesidad de una supervisión externa a sus constituyentes. El gobierno tiende a escaparse del control de los ciudadanos. En una distancia inalcanzable e intocada, en algunos edificios de Washington D.C. están alojados los organismos financieros internacionales (OFIs), comunicados misteriosamente con los centros políticos ubicados en otros edificios cercanos, conformando un poder que impone una serie de condiciones y de políticas, sobre cada país latinoamericano, y sobre el que ningún latinoamericano tiene control. Las democracias latinoamericanas son orientadas y dirigidas por estos actores no nacionales (globales supuestamente), que establecen en última instancia las principales decisiones estratégicas (y que no están sujetos a ningún mecanismo de control «democrático», todo lo contrario).

En toda la región, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, e incluso hasta la CEPAL (que por supuesto ahora sostiene teorías anticepalinas), abiertamente intervienen e indican a los países qué deben (y pueden) y qué no deben (y no pueden) hacer. En los casos de México, Venezuela, Argentina, los países centroamericanos, además, el gobierno de USA directamente interviene y establece políticas y metas, mientras que en otros casos también intervienen directamente otros miembros del Grupo de los Siete. E intervienen para poner en práctica políticas que beneficien directamente a esos centros metropolitanos y a los sectores latinoamericanos aliados y afines a ellos.

Los gobiernos latinoamericanos neoconservadores son electos utilizando plataformas populistas en las que se expresan compromisos para aliviar la cada vez más imposible situación popular. Sin embargo, una vez en el poder los gobiernos hacen lo que esos agentes internacionales les exigen, profundizando así la miseria y desesperación de la población en su conjunto. El expresidente de Costa Rica, Rodrigo Carazo Odio, muy adecuadamente llama a estos nuevos líderes políticos latinoamericanos «country managers» (administradores de países).

Podemos denominar los nuevos sistemas políticos latinoamericanos como «democracias re neo coloniales».

Estas tres características de la democracia neoconservadora (bandolerismo, pandorismo, re neo colonialismo), se combinan para generar un carácter específico de los regímenes políticos latinoamericanos. Es un régimen que se encuentra en una situación internacional marcadamente inferior a la que tuvo la región durante la Guerra Fría, y tiene rasgos similares (*ceteris paribus*) con las repúblicas oligárquicas que caracterizaron la región después de la independencia de España y Portugal y que perduraron hasta

el advenimiento de las repúblicas populistas, a partir de la gran crisis económica de los 30s y la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, a diferencia del conjunto del período republicano, la república neoliberal tiene relaciones internacionales de dependencia solamente comparables con las de la época colonial. Por tanto, si esa república oligárquica tradicional decimonónica sería la «Primera República», y si la república populista sería la «Segunda República», esta nueva versión neo oligárquica sería la «Tercera República».

II.2.b. La nueva república oligárquica.

Berman habla de una «democracia elitista», cuya conceptualización puede ser útil para tener una primera idea de nuestra noción correspondiente de «democracia neo oligárquica» latinoamericana. Este autor nos ayuda a descubrir el sentido elitista de esta democracia:

«Mientras proponentes de esta cambiante teoría (de la democracia elitista; S-B) sostenían que la teoría era no ideológica, en realidad se trataba de una teoría profundamente enraizada en una ideología... fundada sobre una profunda desconfianza hacia la mayoría de los hombres y las mujeres ordinarios/as, y en confiar en las élites establecidas, para mantener los valores civilistas y las reglas del juego de la democracia»(1983,p.27).

Las relaciones entre las élites y los sectores y grupos subordinados y/o excluidos son instrumentales, pues están centradas en utilizar el poder del estado para hacer cumplir las funciones económicas subordinadas. Lo cual implica dejar a los componentes de la fuerza de trabajo librados a sus recursos individuales, para competir en el mercado. Se impide la formación de asociaciones trabajadoras, se penalizan los incumplimientos ante los patronos, la ley protege y promueve a los propietarios y patronos sobre cualquier otro actor público o privado.

Esos actores que tienen ahora «privilegios», en particular los ejecutivos de las CTNs (los CEOs), componen una especie de «cuerpo baronial» constituido por los más altos políticos y los más grandes grupos económicos. Es la nueva oligarquía, reminiscente de similares estructuraciones latinoamericanas que estuvieran vigentes hasta bien avanzado el siglo XX.

Hoy al igual que antes, la república oligárquica es la forma política que adoptan los países de la región para integrarse fuertemente en un esquema imperial o neoimperial. La oligarquía latinoamericana clásica llegó al poder político durante el siglo XIX, cuando la región cae dentro de la esfera de los intereses económicos del imperio británico -y posteriormente, en formas más militarizadas, dentro de la de los intereses neoimperiales de USA. Ya Hernán Cortés recurrió al apoyo de grupos nacionales opuestos a Tenochtitlán para hacerse con el control de México. Algo similar practicaban los ingleses en la India o Africa, y algo parecido resulta de la mayor importancia para este tipo de relación o integración entre metrópolis y dependencia (o unidad subordinada). A menos que se proceda a un modelo universalista (otorgar ciudadanía romana a todos los ciudadanos libres del imperio), el control imperial de naciones (o estados) tiene que hacerse sobre la base de la integración y control de élites locales.

Así, por ejemplo, los gobiernos metropolitanos y las mencionadas fundaciones privadas internacionales, tienen esto muy claro y también tienen políticas al respecto (por caso con el Plan Kissinger para Centroamérica durante los años 80)(Véase Kissinger 1984). Un vice presidente de la Fundación Ford indicó que,

«...es vital que nuestras fundaciones jueguen un papel importante en el establecimiento de vínculos entre las élites modernizantes en el mundo» (Berman 1983, p.33).

El cambio significativo, comenta luego este autor, sólo debe y puede ir de arriba a abajo. La ideología neoconservadora de la república neo oligárquica predica: que el cambio debe ser orquestado por una élite con una preparación adecuada y correcta (afín políticamente a la de la élite de USA), una élite que mantenga la estructura social existente. El cambio debe ser intrasistémico, funcional y controlable.

La administración del cambio por las élites neoconservadoras redundaría en un proceso controlado *ad infinitum* y, por consecuencia, para todos los fines del pensamiento, se nos pide que lo consideremos como «natural» en sentido estricto.

Pero también podemos aproximarnos al problema de la democracia oligárquica neoconservadora desde otras perspectivas. Para ello hace falta que retrocedamos un poco en la argumentación, y volvamos a la literatura orgánica y oficial sobre las transiciones hacia la democracia desde gobiernos autoritarios, sean ya de la derecha (militares), ya de la izquierda (revolucionarios). Se trata de las transiciones «clásicas», llevadas a cabo en Brasil, Argentina, Chile, Nicaragua, por ejemplo.

En estos casos, las poblaciones se vieron enfrentadas a escoger, o bien dictadura con políticas económicas neoliberales (caso pinochetista), o bien democracia formal también con políticas económicas neoliberales. Abrumadoramente se escogió neoliberalismo con democracia, bajo el supuesto que las dificultades económicas pasarían rápidamente (así se prometía en el mundo perfecto que se auguraba una vez se dejara funcionar a los mercados de forma «libre»). Democracia política, se decía, ha de ir acompañada de «democracia económica», es decir, dominio irrestricto de las «fuerzas libres del mercado». Así fue como los pueblos de América Latina se vieron engañados de forma tan espectacular como aquellos aborígenes Americanos, a

quienes los conquistadores europeos convencieron de cambiar su oro y sus piedras preciosas por algunos pedazos de vidrio. Porque después de cierto plazo, el neoliberalismo probó, y sigue probando después de más de década y media de práctica (sin contar el período «formativo» u «original» del neoliberalismo pinochetiano), ser incapaz de resolver los grandes problemas económicos de la región; incluso ha sido incapaz de mantener tasas de crecimiento del PIB por lo menos parecidas a las que logró el modelo nacionalista de sustitución de importaciones durante los años sesenta y setenta.

Igualmente, el neoliberalismo ha fracasado en desarrollar democracias integrales y participativas, sobre la base de una amplia rearticulación creativa de la sociedad civil que sus ideólogos y voceros habían prometido.

Claro es que, sin embargo, en importantes sentidos es preferible tener un gobierno civil que un gobierno militar (caso chileno nuevamente). Pero el deterioro de la democracia neoliberal tiende a hacer oscilar el péndulo trágico de la política latinoamericana, nuevamente hacia regímenes violentos y de facto que quieren contener con sangre la imparable crisis y protesta derivadas del mismo modelo neoliberal.

Además, y por otro lado, en la región latinoamericana hemos tenido algunos países que durante el período del nacionalismo de sustitución de importaciones lograron importantes desarrollos democráticos. Es curioso que la literatura sobre transiciones democráticas no se haya ocupado de estos casos. Cabe entonces preguntarnos, ¿qué ha pasado en estos países con la aplicación de las políticas económicas neoliberales? ¿Han podido continuar desarrollando niveles superiores de democracia? La respuesta desafortunadamente tiene que ser negativa. En casos como los de Venezuela o Costa Rica, la implantación del neoliberalismo ha implicado una serie de retrocesos políticos importantes.

En otras palabras, para algunas de las naciones que transitan de la dictadura hacia la democracia neoliberal, hay algunas mejoras relativas en términos de los derechos políticos a cambio de un retroceso en términos de los derechos sociales y económicos. En cambio, para las naciones que transitan hacia el neoliberalismo desde la democracia populista nacionalista, hay una pérdida, no solamente de democracia formal sino también de democracia económica y social.

El deterioro democrático en Venezuela.

En el caso de Venezuela hay un creciente desencanto con la democracia. Esto, por la inmensa corrupción que ya se puso de manifiesto durante la putrefacta administración de Carlos Andrés Pérez, por las agudas crisis económicas que han seguido las rondas de «ajuste» y, en fin, también por la creciente represión política que ejerce el régimen para controlar la protesta social.

Así, a manera de ejemplo, tenemos que en una encuesta reciente llevada a cabo por un instituto demoscópico conservador, aparecen una serie de resultados que confirman lo dicho antes. Los autores del citado trabajo indican que, en Venezuela,

«Constatamos una sociedad en la que los individuos han venido perdiendo progresivamente entusiasmo vital, interés, vivacidad y motivación. Una sociedad poco emocionada. Presencia de emoción equivale a que algo está en movimiento (sentido etimológico de emoción). Su ausencia nos remite, mas bien, a falta de implicación. Si en un estudio preliminar efectuado en 1986 lo llamativo era la presencia de chispa, de vivacidad, lo que encontramos ahora es una significativa disminución de aquéllo: sujetos menos emocionados y entusiastas y, en consecuencia, con poquísima implicación colectiva» (R. Zapata 1995, p.9).

La siguiente es una lista de aspectos vitales y de la importancia otorgada a cada uno de ellos por quienes fueron encuestados:

| | |
|--------------|-----|
| Familia | 93% |
| Trabajo | 92% |
| Religión | 82% |
| Amistades | 78% |
| Tiempo libre | 72% |
| Política | 26% |

Hay un repliegue de las personas hacia los ámbitos inmediatos y un desapego y desilusión con lo público, lo político. El comentario que hacen los autores es que,

«...el poco interés por la política es sinónimo de poco interés por los partidos y, en muchos casos, dudas sobre el sistema mismo, la democracia, esta democracia» (Zapata 1995, p.18).

La crítica neoliberal del estado en cuanto tal, y el engaño que promueven los políticos neoliberales son las principales causas del descanto con la democracia.

Por otra parte, y de manera correlativa, los venezolanos manifiestan un interés por un régimen de fuerza, por líderes caudillescos que traigan soluciones a la caótica situación social y económica. Hay un expreso deseo por la dictadura. Los autores de la encuesta indican que:

«Se detectan grandes adhesiones y demandas de autoridad, disciplina, líder fuerte, mano dura:

‘Lo que este país necesita es autoridad y disciplina’ 93%

Venezuela necesita un gobierno de mano dura' 86%
'Unos pocos líderes fuertes le harían más bien
a este país que muchas leyes y discursos' 76%
(Zapata 1995, p.21).

La nueva república oligárquica en Costa Rica.

El caso costarricense nos permite ver la reconformación de una oligarquía político financiera.

Un aspecto importante es la retórica y la manipulación de la información que, en Costa Rica, ha tendido a jugar el papel que han jugado las fuerzas armadas en otros países latinoamericanos (y, en Costa Rica, los medios de comunicación operan con un autoritarismo comparable al de los ejércitos latinoamericanos). En el país tienen gran impacto las campañas anti estado que dominan en la gran prensa y el discurso político ideológico, a las que se les agrega una orientación «reformista» (hay que «reformar» todo).

El público (incluyendo actores de oposición o crítico analíticos como en las comunidades universitarias), adopta la terminología neoliberal, y se lanza a callejones ideológicos sin salida, buscando escapar a las amarras, por ejemplo, que establece la noción de «reforma», y son incapaces de realizar el más elemental ejercicio crítico, para considerar que se trata mas bien de una «contrarreforma», es decir, de eliminar las reformas llevadas a cabo en Costa Rica entre aproximadamente 1940 y 1990 (incluyendo la abolición del ejército y la implementación de la seguridad social -tanto salud como nutrición y desarrollo comunal-, nacionalización bancaria, nacionalización de energía y comunicaciones, sistema universitario estatal, y otros), y sustituirlas por «contrareformas» que establecen un estado de bienestar para los ricos y los intereses extranjeros.

El estado ha sido tomado por los sectores más pode-

rosos y más conservadores, directamente para repartírselo y emplearlo en su beneficio personal y grupal. La tendencia a la mafiización es muy fuerte. El sonado caso de la quiebra del Banco Anglo, con fuerte participación de políticos, ejemplariza para la población «tica» la creciente corrupción político financiera.

Se han conformado subgrupos que, sobre la base de poder político y económico (así como, subrepticamente, también militar), buscan imponer a como haya lugar su hegemonía. Aparece así el rasgo fundamental de estas neo oligarquías: las políticas implantadas mediante el globalismo democrático neoliberal generan la descomposición política de los regímenes estatales públicos, y propician la rearticulación del estado sobre la base de una alianza entre las cúpulas de algunos sectores políticos y los principales actores financieros.

La corrupción y/o cooptación de élites y burocracias es muy efectiva cuando la emplea un poder imperial, pero tiene el problema de generar una descomposición política, social y económica, generalizada. Incluso es posible considerar que esta mafiización es un elemento que tiende a acelerar esa tendencia a la interminable centralización del poder y por tanto al globalismo democrático neoliberal mismo. Mafiización, neoliberalismo y democracia van también de la mano, al menos en los casos de Europa del Este, de Rusia y de toda la América Latina.

Se trata de privatizar el patrimonio nacional para beneficio de pequeños grupos que se enfrentan unos a otros en una lucha a muerte (asesinatos políticos), como tan ejemplarmente ha quedado de manifiesto en el caso mexicano.

El traslado de «lo público» a «lo privado» tiene graves consecuencias, no solamente para la estructura institucional, sino para la institucionalidad y constitucionalidad

mismas, es decir, para la moralidad pública. Se trata de transferir propiedad de todos (y cada uno), a manos de un pequeño grupo o de individuos específicos. Incluso cuando esta transferencia se haga utilizando los mismos mecanismos institucionales, tiende a producirse un «efecto de demostración» que permea al conjunto de la población. Porque, al igual que los nuevos privilegiados que se apropian los (grandes) bienes públicos, el resto de la sociedad también desarrolla una «urgencia» por, y una tendencia a, apropiarse y utilizar para beneficio personal o grupal, todo lo que vaya quedando del ámbito público. La población comprende que hay una rebatiña de los bienes públicos, y también quiere participar. Se pasa imperceptiblemente a considerar que la vida política o pública consiste en apropiarse lo público para beneficio privado, para lo cual cualquier medio que se emplee es válido.

Esto aumenta por la presencia necesaria de intermediaciones en los procesos de privatización y desmantelamiento del estado nacional. El conjunto político económico se llena de tráficos de influencias, y de actividades secretas para, mediante sonados golpes, en un momento arrebatarse pedazos a la nación y ponerlos a buen recaudo en alguna guarida bien protegida por los ejércitos mafiosos. Bandolerismo y descomposición de lo político.

En las empresas tanto como en las instituciones públicas, cada persona participante busca formas metalegales o cuasilegales, para obtener beneficios individuales o grupales adicionales, los cuales solamente pueden obtenerse robándolos o imponiéndolos a/desde la empresa, a la institución, al cliente o a los otros empleados. Justo como hacen los grandes, también tienden a hacer los pequeños. Todos robando o tratando de robar algo de lo poco que va quedando, todos en una frenética lucha que, necesariamente, adquiere mayores y mayores niveles de violencia.

A su vez, esta violencia por la «redistribución» del patrimonio nacional, se propaga al resto de actividades económicas y sociales, potenciada por la violencia propagada por ese «superministerio de educación y cultura» que es la televisión. De manera que, si bien en Costa Rica los niveles de violencia política crecen lentamente, en cambio los niveles de violencia social y psicosocial son elevadísimos.

La república neo oligárquica costarricense consiste, en primer lugar, en el dominio político y económico de un pequeño grupo, sobre el conjunto de la economía y del cuerpo político. Este grupo está conformado por una élite, al frente de la que aparecen dos caudillos, los dos hijos de dos de los grandes reformadores de los años cuarenta (populistas nacionalistas) Figueres Ferrer y Calderón Guardia. El llamado «Pacto Figueres (Olsen) Calderón (Fournier)» se ha hecho fundamentalmente contra la opinión pública así como contra los dos partidos políticos tradicionales involucrados que supuestamente ellos representan (el Partido Liberación Nacional -socialdemócrata- y el Partido Unidad Social Cristiana, respectivamente). Junto a Figueres y Calderón están los representantes del sector financiero, algunos de ellos ocupando también altos cargos políticos.

Con el pacto Figueres Calderón se ha eliminado el sistema tradicional costarricense (desarrollado sobre todo a partir de 1948), de tomar decisiones por consenso, consultando a todos los sectores y siguiendo procedimientos institucionales a través de la Asamblea Legislativa y la Presidencia. Todos los sectores y grupos políticos del país participaban y eventualmente se beneficiaban, incluyendo sectores de oposición, la iglesia católica, organizaciones populares e incluso hasta el Partido Comunista de Manuel Mora Valverde.

Ahora, en cambio, el pequeño grupo toma decisiones a nombre de todos, a partir de directrices enviadas por las

Embajadas o los OFIs y consultadas con algunas pocas personas importantes del llamado «sector productivo» (empresarios), especialmente los banqueros. Se siguen políticas que perjudican estratégicamente a los grupos opositores a la nueva oligarquía, así como a los sectores populares y público. Esto refuerza el poder del ejecutivo, en un estilo cada vez más similar al mexicano.

En segundo término, es una Costa Rica de creciente segregación social, por el efecto combinado del desmantelamiento de las instituciones sociales y estatales, la rápida y grande concentración de la riqueza, y los procesos de exclusión política mediante la destrucción de las organizaciones políticas y/o sociales populares o alternativas. Se elimina al estado como equilibrador socio-económico, quitándole a la población derechos adquiridos -que ahora pasan a ser satanizados como «privilegios».

Esto conduce a crear crecientes abismos entre quienes tienen riqueza y poder, y quienes tienen mucha pobreza y ningún poder. Entre quienes tienen hospitales, escuelas, trabajos y casas parecidos lo más posible a los de USA y el primer mundo, y quienes no tienen nada de eso, o lo tienen pero a un nivel similar o inferior al que disfrutaban los animales domésticos de las gentes ricas y poderosas «primermundistas». Los elegidos, los ricos, los poderosos, se sienten predestinados y muy superiores al conjunto del resto de la población del país. Esas gentes de la nueva oligarquía ya no se identifican humana y socialmente con el resto de la población del país, sino que desarrollan crecientes identificaciones con las gentes, costumbres, formas, incluso idioma, de los centro metropolitanos globales. Sus hijos/as asisten a escuelas privadas donde no aprenden historia costarricense sino de USA, de Francia, de Inglaterra u otra potencia.

Los políticos de la nueva oligarquía, necesariamente

desarrollan lo que se ha llamado el «síndrome de Luis XVI»: no logran comprender por qué la gente no los apoya fervorosamente. Ellos sienten que están haciendo todo lo que el país necesita, porque los OFIs saben muy bien lo que es mejor para Costa Rica. En su opinión, la situación está muy bien («boyante»), por lo menos todos los allegados políticos y económicos así lo manifiestan. Lo que pasa, piensan, es que el pueblo es incomprensivo y hasta malagradecido, y debe tener paciencia.

Durante la primera república oligárquica en Costa Rica (1850s-1940), los «conchos» (campesinos) trabajaban para los «barones» cafetaleros (grandes terratenientes), tanto en el campo como en las mansiones aristocráticas, bajo un régimen de servilismo patriarcal que hoy nuevamente asoma su odiosa, nobiliaria y «filantrópica» cabeza.

En tercer lugar, esta nueva república oligárquica, al igual que la Costa Rica de antes de la Guerra Civil de 1948, y al igual que los otros países centroamericanos, tiene una fuerte tendencia hacia la militarización. La violencia social de gran y creciente magnitud y perversidad, induce un clima de inseguridad ciudadana y colectiva que ha hecho proliferar los cuerpos privados de policías, y esto, sumado al narcotráfico, hace crecer también las policías privadas y estatales y los aparatos de inteligencia y seguridad. Al mismo tiempo, aparecen grupos armados violentos, «guerrilleros» con poco trasfondo ideológico y un amplio anhelo de riquezas, que complementan folklórica y tenebrosamente el creciente número de bandas de ladrones y asesinos.

Aunque no ha habido un golpe de estado oficial, sí hemos tenido «golpecitos» por debajo de la mesa, que han alterado a fondo la vida constitucional del país. Políticamente, durante la Administración Monge (1982-1986), el país fue base de operaciones para la guerra clandestina de USA contra los sandinistas, con el beneplácito secreto del gobier-

no costarricense. También en ese período se obligó al Congreso a adoptar políticas financieras que exigía la administración norteamericana y que venían a perjudicar el sistema bancario nacional. Posteriormente, durante la administración Calderón Fournier un grupo «comando» asaltó y tomó en rehenes al conjunto de Magistrados de la Corte Suprema de Justicia. Después el mismo Ministro de Seguridad Pública también fue secuestrado (!). El costo político y legal de estos sucesos todavía no queda claro a los costarricenses,¹² pero fue un acto de alteración del sistema constitucional. Recientemente, a partir del Pacto Figueres Calderón, el conjunto del estado costarricense se ve sometido a prácticas similares a las descritas arriba como «democracia ladrón de media noche», y, en medio de la más absoluta desinformación pública (a diferencia de México, donde hay mucha información sobre la situación), se procede a terminar de dismantelar rápidamente al estado y a la nación costarricenses, para convertir al país en un baluarte conservador oligárquico.

12 Y en la academia costarricense no se los estudia todavía.

BIBLIOGRAFIA CITADA

1. G.ALMOND & S.VERBA (1963) **The Civic Culture**. Princeton, Princeton University Press.
2. G.ANDERS (1975) «Tesis para la Era Atómica», **Prometeo**, N.2, Diciembre, Departamento de Filosofía-UNA, pp.89-107.
3. BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO (1988) **Economic and Social Progress in Latin America. 1988 Report**. Washington, D.C.
4. J.BARQUERO (1996) «Pobreza Carcome al Istmo». **La Nación**, Lunes 18 de marzo de 1996, San José, Costa Rica, p. 34A.
5. B.BERMAN (1983) **The Influence of the Carnegie, Ford and Rockefeller Foundations on American Foreign Policy: The Ideology of Philanthropy**, New York, State University of New York Press.
6. **The Bulletin of the Atomic Scientists**, June 1991.
7. B.BOUTROS-GHALI (1996) «Global Leadership After the Cold War.» **Foreign Affairs**, March/April, pp 86-98.
8. J. BRECHER (1993) "Global Village or Global Pillage?" **The Nation**, December 6, 1993, pp. 685-88.

9. J. BRECHER & T. COSTELLO (1994) **Global Village or Global Pillage: Economic Reconstructions from the Bottom Up**. South End Press. Boston, Massachusetts.
10. R.BROAD & J.CAVANAGH (1993) «No more NICs». En G.EPSTEIN et al (Ed.), **Creating a New World Economy**, Philadelphia Temple University Press, pp.376-390.
11. L.BROWN et. al. (1995) **Vital Signs 1995. The Trends That Are Shaping Our Future**. New York/London. W.W.Norton & Company, World Watch Institute.
12. CEPAL (1995) **Estudio económico de América Latina y el Caribe 1994-1995**. ONU, Santiago de Chile.
13. N.CHOMSKY (1992) **Deterring Democracy**. New York, Hill & Wang.
14. R.DAHL (1989) **Democracy and its Critics**. New Haven, Yale University Press.
15. G.DI PALMA (1990) **To Craft Democracies**. Berkeley, University of California Press.
16. V.M.DURAND (1994) «Los nuevos líderes, la cultura y el sistema político de Brasil». En S.DUTRENT & L.VALDES (Comp.) **El fin de siglo y los partidos políticos en América Latina**. México, UAM-Iztapalapa, pp.341-360.
17. M.ESTAY-REYNO (1994) «Latin America Faces a World in Change». **International Journal of Politics, Culture and Society**. Vol 8 No. 2, Winter pp.313-323.
18. EXCELSIOR (1996) «Retrasar el gasto público reducirá la creación de empleos». Martes 9 de abril, pp.1 y 10A.
19. F.FAJNZYLBER (1985) **La industrialización trunca de América Latina**. Caracas, Editorial Nueva Imagen.
20. F.FUKUYAMA (1989) «The End of History?». **The National Interest**, N.16 (Summer), pp.3-18.

21. F.FUKUYAMA (1992) *The End of History and the Last Man*. New York, The Free Press.
22. F.FUKUYAMA (1992) «Capitalism and Democracy: The Missing Link.» *The Journal of Democracy*. July, Special Issue, pp.100-111.
23. E.GAZCON (1996) «Disminuirá PIB 1% en trimestre». *Reforma*, Sección A, Lunes 13 de mayo, p.1.
24. M.GUTIERREZ S.(Ed.)(1994) *Estado de la Nación. El desarrollo humano sostenible*. San José, PNUD.
25. I.GRABEL (1993) «Crossing Borders: A Case for Cooperation in International Financial Markets». En G.EPSTEIN et al, Eds. *Creating a New World Economy. Forces of Change and Plans for Action*. Philadelphia, Temple University Press, pp.64-83.
26. G.HARDIN (1968) «Tragedy of the Commons». *Science*. N.162, pp. 1243-1248.
27. G.HARDIN (1974) «Living on a Lifeboat», *BioScience*. N.14, p.10.
28. J.HERZ (1981) «Political Realism Revisited», *International Studies Quarterly*, V.25, N.2, June, pp.182-197.
29. F.HINKELAMMERT (1990) *La deuda externa de América Latina. El automatismo de la deuda*. San José, DEI (3ra Ed.).
30. F.HINKELAMMERT (1994) «La integración económica en el desarrollo económico latinoamericano posterior a la Segunda Guerra Mundial». En J.DELGADO & O.M.SANCHEZ (Eds.) *Integración Regional*. Heredia, Facultad de Ciencias Sociales, pp. 423-440.
31. S.HOFFMAN (1995) «The Crisis of Liberal Internationalism.» *Foreign Policy*, Spring, pp.159-177.

32. O.R.HOLSTI, P.RICHARD & A.GEORGE (1980) **Change in the International System**. Boulder, Colorado, Westview Press.
33. B.B.HUGHES (1991) **Continuity and Change in World Politics. The Clash of Perspectives**. New Jersey, Prentice Hall.
34. S.HUNTINGTON (1992) **The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century**. Norman, Oklahoma; Oklahoma University Press.
35. O.IANNI (1995) «Estado-Nación y globalización». *El Cotidiano. Revista de la Realidad Mexicana Actual*. N.71, Setiembre, pp.92-97.
36. IDB (1988) **Economic and Social Progress in Latin America. 1988 Report**. Washington, D.C. (Inter-American Development Bank).
37. M.ITOH (1990) **The World Economic Crisis and Japanese Capitalism**. New York, St. Martin's Press.
38. R.JACKSON (1993) **Quasi-states: Sovereignty, International Relations and the Third World**. New York, Cambridge University Press.
39. I.L.JANIS (1972) **Victims of Groupthink**. Boston, Houghton- Mifflin.
40. J.KAPLAN (1957) **System and Process in International Politics**. New York, John Wiley & Sons.
41. P.KENNEDY (1983) **Strategy and Diplomacy: 1870-1945: Eight Studies**. London, Allen & Unwin.
42. H.KISSINGER (Coord.)(1984) **Selections from the Commission Report**. Washington D.C., GPO January 11.
43. S.KRASNER (1978) **Defending the National Interest**. Princeton, Princeton University Press.

44. M.LARUDEE (1993) «Trade Policy: Who Wins, Who Loses?». En G.EPSTEIN et al (Ed.), *Creating a New World Economy*, Philadelphia, Temple University Press, pp. 47-63.
45. LATIN TRADE (1996) «My Trading Partners are your Trading Partners», Vol.4, N.4, April, p.16.
46. S.M.LIPSET (1959) «Some Social Requisites of Democracy.» *American Political Science Review*, Vol53, March.
47. S.M.LIPSET (1994) «The Social Requisites of Democracy Revisited». *American Sociological Review*, Vol. 59, February.
48. R.LOBO (1996) «Hay dos Argentinas, la de Menem y la que sufrimos todos». *El País*, Madrid, martes 2 de abril, p.7.
49. A.FLOWENTHAL (1991) *Exporting Democracy: The United States and Latin America*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
50. L.LOZANO (1994) «Adjustment and Democracy in Latin América». En S. JONAS & E.J.McCAUGHAN (Eds.) *Latin America Faces the Twenty-First Century*. Boulder, Westview Press, pp.51-62.
51. A.W.McCOY (1991) *The Politics of Heroin: CIA Complicity in the Global Drug Trade*. New York, Lawrence Hill.
52. S.MAINWARING, G.O'DONNELL & J.S.VALENZUELA Eds.(1992) *Issues in Democratic Consolidation*. Notre Dame University Press.
53. R.M.MARINI (1993) *América Latina: Democracia e Integración*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas.
54. G.MODELSKI (1978) «The Long-Cycle of Global Politics and the Nation-State», *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 20, N.2 (April), pp.214-235.

55. G.MODELSKI (1987) *Exploring Long Cycles*. Boulder, L.Rienner.
56. B.MOORE Jr. (1966) *Social Origins of Democracy and Dictatorship: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston, Beacon Press.
57. J.MO SUNG (1993) *Neoliberalismo y pobreza: una economía sin corazón*. San José, DEL.
58. L.MUNIZ (1996) «Hombre al agua, la estrategia de Zedillo: A. Córdoba». *Boletín Mexicano de la Crisis*. Semanario Político. 6 de abril, pp.5-6.
59. J.NELSON (1992) *Encouraging Democracy: What Role for Conditional Aid*. Washington D.C., Overseas Development Council.
60. C.G.NOQUERA & C.E. LERICHE GUZMAN (1995) «Soberanía monetaria y cooperación financiera internacional.» *El Cotidiano. Revista de la Realidad Mexicana Actual*. N.71, Setiembre, pp.15-21.
61. G.O'DONNELL (1979) *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism*. Berkeley, The University of California Institute of International Studies.
62. G.O'DONNELL & P.C.SCHMITTER (1986) *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
63. G.O'DONNELL, P.C.SCHMITTER & L.WHITEHEAD (Comp.) (1988) *Transiciones desde un gobierno autoritario*. América Latina. Trad. O.Oszlak. Buenos Aires, Paidós.
64. A.ORTIZ-WADGYMAR (1994) «Neoliberal Capitalism in the New World Economy.» *International Journal of Politics, Culture and Society*. Vol.8, N.2, Winter pp. 295-312.
65. PNUD (1992) *Desarrollo humano: informe 1992*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.

66. A.PREZWORSKI (1992) «The Neoliberal Fallacy.» *Journal of Democracy*. Special Issue, July pp. 45-59.
67. J.RODDICK (1988) *The Dance of the Millions. Latin America and the Debt Crisis*. London, Latin American Bureau.
68. G.ROSENTHAL (1989) «Balance preliminar de la economía latinoamericana en 1988». *Comercio Exterior*, Vol.39, N.2, febrero, pp.129-143.
69. G.ROSENTHAL (1990) «Balance preliminar de la economía latinoamericana en 1989». *Comercio Exterior*, Vol.40, N.2, febrero, pp. 119-142.
70. E. SAXE-FERNANDEZ (1983) "Notas sobre Ludwig Von Mises y el problema del cálculo económico en el socialismo". *Praxis* No. 26, Abril-Junio, pp. 39-49.
71. E.SAXE-FERNANDEZ (1994a) *Democracia y tolerancia social*. Heredia, Departamento de Filosofía, Universidad Nacional de Costa Rica (UNA), 6 pp.
72. E.SAXE-FERNANDEZ (1994b) *La ingeniería genética y el peligro ontológico eco-social: una discusión con Fernando Savater*. San José, Universidad Nacional/Embajada de España. Junio, 8pp.
73. E.SAXE-FERNANDEZ (1994c) «Tecnologías del futuro cercano». En *Seminario-Taller Nacional de Reflexión sobre política en informática educativa*. MEP-UNED, San José, Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, pp.99-104.
74. E.SAXE-FERNANDEZ (1995a) "Fundamentos teóricos de la integración". En Varios. *Hacia una teoría de la integración regional*. Heredia, EFUNA. pp. 69-142.
75. E.SAXE-FERNANDEZ (1995b) «Demostración filosófica de la necesidad de regular el uso de los sistemas de bosques tropicales», *Praxis*, N. 49 (Febrero), pp.135-147.
76. E.SAXE-FERNANDEZ (1995c) «Democracy, Corruption

- and the Neoliberal Crisis in Latin America.» Ponencia presentada a la Fourth Conference on Democracy and Democratization. Graduate School of International Studies, University of Denver, Denver, Colorado, April 10-12, 27pp.
77. E.SAXE-FERNANDEZ (1995d) **El constructivismo racional en la educación costarricense durante la crisis neoliberal**. San José, Ministerio de Educación Pública, 57pp.
78. E.SAXE-FERNANDEZ (1995e) «La nueva república oligárquica». *Semanario Esta Semana*, 3a de noviembre, p.10. (También apareció en *UNA-Inforna*, periódico mensual de la Universidad Nacional, N.10 Octubre, p.9).
79. J.SAXE-FERNANDEZ (1994a) «Globalization: Process of Integration and Disintegration.» *Politics, Culture and Society*, Vol. 8, N.2, pp.203- 224.
80. J.SAXE-FERNANDEZ (1994b) «After the Cold War: New Strategies in Latin American-United States Relations. *Politics, Culture and Society*. Vol. 8, N.2, Winter, pp.225-255.
81. J.SAXE-FERNANDEZ (1996) «Logros neoliberales». *Excelsior*, viernes 5 de abril, p.7A.
82. L.I.SHELLEY (1995) «Transnational Organized Crime: An Imminent Threat to the Nation-State?» *Journal of International Affairs*, Vol. 48, N.2 (Winter), pp.463-489.
83. THE SOUTH COMMISSION (1990) **The Challenge to the South**. Oxford/New York/Toronto, Oxford University Press.
84. S.STRANGE (1986) **Casino Capitalism** , Oxford, Basil Blackwell.
85. O.SUNKEL (1995) «Un enfoque neo estructuralista de la reforma económica, la crisis social y la viabilidad democrática en América Latina». En C.PERELLI et al (Eds.) **Partidos y Clase Política en América Latina en los 90**. San José, IDH-CAPEL, pp.555-592.

86. C.M.VILAS (1994a) «Latin America in the 'New World Order': Prospects for Democracy.» *Politics, Culture and Society*, Vol 8, N. 2, Winter, pp.257-282.
87. C.M.VILAS (1994b) «Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la posmodernidad». En S.DUTRENT & L.VALDES (Comp.) *El fin de siglo y los partidos políticos en América Latina*. México, UAM- Iztapalapa, pp.323-340.
88. UNIDO (1986) *Industry and Development. Global Report 1986*. Vienna, UN.
89. F.C.WEFFORT (1993) *¿Cuál democracia?* San José, FLACSO.
90. R.ZAPATA (1995) *Los valores de los venezolanos*. Caracas, Centro Internacional de Formación Aristides Galvani/Fundación Konrad Adenauer, 42pp.
91. L.ZEA (1944) *El positivismo en México*. México D.F.

EDUARDO SAXE FERNANDEZ. Nació en Cartago, Costa Rica. Realizó estudios de filosofía en la Universidad de Costa Rica y la Universidad de Ottawa (Canadá), y de política internacional en la Universidad de Denver (USA). Catedrático de la Universidad Nacional, donde enseña teoría de la política internacional y teoría de la integración regional para el nivel de posgrado. En la Universidad de Denver enseña política de América Latina y en la Universidad Internacional de Andalucía teorías críticas de la democracia en América Latina. Ha sido director del Programa Centroamericano de Ciencia y Tecnología del CSUCA y tres veces director del Departamento de Filosofía de la UNA.

CHRISTIAN BRÜGGER BOURGEOIS. Nació en Nueva York. Realizó estudios en administración de negocios internacionales en la Universidad de Hofstra (Nueva York). Actualmente es egresado de la Maestría en Relaciones Internacionales de la UNA. Trabaja en el Programa de Ética y Medio Ambiente del Departamento de Filosofía de la misma universidad, y tiene en preparación algunos trabajos de crítica de las teorías de la globalización.